

Libros de **Cátedra**

Momentos claves del devenir Movimientos de auto-organización psíquica

Gabriela R. Bravetti (coordinadora)

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales

 **EduLP**
Editorial
de la Universidad
de La Plata



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

MOMENTOS CLAVES DEL DEVENIR

MOVIMIENTOS DE AUTO-ORGANIZACIÓN PSÍQUICA

Gabriela R. Bravetti
(coordinadora)

Facultad de Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA



*“El sujeto complejo ha producido un giro "recursivo" fundamental e irreversible. La transformación de nuestra mirada, que estamos viviendo, implica pasar de la búsqueda de certezas a la aceptación de la incertidumbre, del destino fijado a la responsabilidad de la elección, de las leyes de la historia a la función historizante, de una única perspectiva privilegiada al sesgo de la mirada. En el camino nos encontramos con nosotros mismos profundamente unidos al mundo en una interacción compleja y multidimensional. Ese re-encuentro del sujeto con su mirada ha dejado al descubierto nuestras limitaciones y nuestras posibilidades, ha eliminado las garantías tranquilizadoras y nos ha abierto las puertas al vértigo de la creación
¿Sabremos aceptar el desafío?”*

DENISE NAJMANOVICH, PENSAR LA SUBJETIVIDAD

Agradecimientos

Expresamos aquí nuestro agradecimiento a todos los que forman parte del equipo de la Cátedra de Psicología Evolutiva II, a los que han participado de este proyecto de libro de Cátedra, y a todos los integrantes del equipo docente y de investigación con los que venimos trabajando, sosteniéndonos en una historia y un origen compartido, y un proyecto siempre abierto a nuevos encuentros.

Agradecemos a los auxiliares alumnos, a los adscriptos alumnos y graduados que año a año alimentan y enriquecen el proceso de formación conjunta, pensando y ejerciendo la docencia en la universidad.

A los alumnos de la Facultad de Psicología, con los que nos embarcamos en la placentera y compleja tarea del aprendizaje formación en un proceso grupal, motivados por el desafío de pensar y ser con otros.

Y a los tres profesores fundadores de la Cátedra, en la reapertura de la Carrera de Psicología en 1984, que pensaron un recorrido teórico y formativo original y valioso, con el que nos seguimos identificando y mantenemos vivo en nuevas discusiones y producciones. A Norma Delucca, Graciela Petriz y Juan Pavlovsky nuestro reconocimiento.

Los autores

Índice

Introducción	6
PRIMERA PARTE	9
Fundamentos epistemológicos y puntos de partida	
Capítulo 1	10
Desarrollo, temporalidad y psiquismo: la estructura psíquica como sistema abierto y complejo	
<i>Gabriela Bravetti, Norma Giorno, Estefanía Garizoain, Ana Laguens</i>	
ANEXO / Notas sobre el concepto de acontecimiento y sus aportes	21
<i>Josefina Ayciriex, José Martín Beltramone, Sofía Fernández Tombessi, Valentina Reitovich</i>	
Capítulo 2	25
Cuerpo y subjetividad: lo intra, lo inter y lo transubjetivo	
<i>Ariel Martínez, Alejandro Amiconi, Guillermo Suzzi, Marcela Costantino</i>	
SEGUNDA PARTE	38
Autoorganización psíquica y procesos elaborativos	
Capítulo 3	39
Vínculo amoroso como ocasión para la reorganización psíquica y el hacer con el otro	
<i>Carolina Longás, Mariana Muñoz Castiñeira, Paula Cangrán, Lucía Tack</i>	
Capítulo 4	51
Pubertad, pulsión y discurso	
<i>Gabriela Bravetti, Aluminé Del Gioglio, María Florencia León</i>	
Capítulo 5	61
Resolución de la adolescencia: Transformaciones en el proyecto identificadorio	
<i>Gonzalo Barrera, Ana Laguens, Javiera Paini</i>	
Capítulo 6	71
Proceso y metapsicología en la vejez	
<i>Marina Canal, Gonzalo Barrera, Estefanía Garizoain</i>	
Los autores	83

Introducción

Con el objetivo de producir un material teórico de apoyo para el desarrollo de las actividades de formación en la asignatura Psicología Evolutiva II, para las carreras de Licenciatura y Profesorado en Psicología, de la UNLP, hemos elegido presentar este contenido para que forme parte de la colección Libros de Cátedra de la Editorial de la UNLP.

El abordaje de las temáticas dentro del campo de la Psicología del Desarrollo en el ámbito académico requiere de una revisión en tanto los paradigmas clásicos que han sustentado los principales aportes en el marco de la denominada Psicología Evolutiva se han modificado. La inclusión de otras perspectivas, principalmente desde el Psicoanálisis y con una revisión desde el paradigma de las ciencias de la complejidad, viene siendo la apuesta desde nuestro marco teórico para introducir a los alumnos en el conocimiento de las transformaciones en la constitución y construcción psíquica, y así reconocer los procesos que corresponden al desarrollo, dar cuenta de momentos claves en la constitución del sujeto, estableciendo las relaciones entre lo novedoso, lo que cambia y lo que permanece, dilucidando los procesos psíquicos en juego.

La asignatura PSICOLOGÍA EVOLUTIVA II, compone el conjunto de líneas teóricas de formación, apuntando a ampliar, profundizar y complejizar, contenidos esenciales a la formación psicológica del alumno, en tanto brinda conocimientos relativos a los procesos psíquicos que se ponen en juego en momentos clave del devenir subjetivo.

La propuesta teórica de la Cátedra se inscribe en una perspectiva conceptual que propone pensar la producción de subjetividad y la constitución psíquica como procesos abiertos en el devenir. La idea de un sujeto como producción, emergente, y productor de interjuegos complejos y recíprocos con diferentes aspectos de lo que podemos llamar su realidad, es solidaria de una transformación de las premisas organizadas en torno a la lógica dualista sujeto/objeto, cuerpo/mente propias de la modernidad.

Las transformaciones conceptuales de los modelos teóricos de la modernidad vienen de la mano de nuevas metáforas para explicar la realidad. El giro epistemológico hacia la complejidad abre a una multidimensionalidad al pasar de metáforas mecánicas al pensamiento complejo, que toma en cuenta las transformaciones mediante interacciones dinámicas y fluctuantes. En este marco, los aportes del psicoanálisis se articulan con las nociones de desarrollo, constitución psíquica y producción de subjetividad, para dar cuenta de los procesos de composición y recomposición del psiquismo a lo largo del devenir subjetivo.

Esta propuesta de producción bibliográfica, a modo de libro de cátedra, reúne y hace énfasis en la perspectiva de nuestro encuadre específico, tomando los aportes teóricos más significativos y actualizados, en los temas centrales, para favorecer articulaciones de

contenidos y ejes teóricos, propiciando un aprovechamiento transversal en la bibliografía fuente.

La posibilidad de construir un instrumento didáctico tal como un libro de cátedra, se convierte entonces en una producción novedosa para nuestra asignatura, que posibilita no sólo una oportunidad de revisión y elaboración conceptual, tomando diferentes autores y materiales bibliográficos, sino también cubrir áreas de vacancias en la formación específica, en lo atinente a una perspectiva vincular, intersubjetiva y transubjetiva.

Así como constituye una herramienta para el lector al permitir contextualizar y/o profundizar los ejes teóricos centrales, estableciendo relaciones conceptuales, guiando no sólo su lectura sino brindando puntos de relación con conocimientos previos.

Con el objetivo de consolidar el enfoque teórico de la constitución subjetiva desde paradigmas actuales y con un enfoque vincular, el desarrollo de los capítulos permite establecer nexos y articulaciones desde los ejes teóricos centrales en cada momento del devenir. Los capítulos del libro están en estrecha relación con las temáticas de la asignatura (las transformaciones en la constitución y construcción psíquica, los momentos claves en la constitución del sujeto, y las relaciones que se establecen entre lo novedoso, lo que cambia y lo que permanece, los fundamentos de los procesos psicológicos del adolescente, la dimensión vincular y el efecto en el encuentro con el otro, y el proceso de envejecer y sus particularidades).

Su estructura está organizada en dos partes: **Fundamentos epistemológicos y puntos de partida**, a modo de presentación y desarrollo del enfoque particular de psiquismo como un sistema complejo, desde los aportes de las Ciencias de la Complejidad y el Psicoanálisis. Se plantean las reformulaciones desde la psicología del desarrollo de un trayecto vital donde se rescata la heterogeneidad y la idea de discontinuidad, en donde la dinámica de avances y retrocesos, implica pensar para cada momento del desarrollo, adquisiciones y pérdidas. El acento es puesto en el cambio, la interacción dinámica, entre las distintas dimensiones psíquicas, y la ausencia de un determinismo completo y de una finalidad madurativa. Se explicitan los procesos de constitución subjetiva en términos de condiciones necesarias y suficientes la vida psíquica. En este contexto conceptual, el devenir continuo del sujeto, y su correlato: el cuerpo como incesante inscripción psíquica, efecto de un encuentro vincular, en la tensión de tres dimensiones lo intrapsíquico, lo intersubjetivo y lo transubjetivo. (Cap. 1 Desarrollo, temporalidad y psiquismo: la estructura psíquica como sistema abierto y complejo, Anexo Cap.1 Notas sobre el concepto de acontecimiento y sus aportes, Cap. 2 Cuerpo y subjetividad: lo intra, lo inter y lo transubjetivo)

Y una segunda parte, **Autoorganización psíquica y procesos elaborativos**, donde se despliegan conceptualizaciones que entienden los diferentes procesos psíquicos, en momentos privilegiados del devenir, de crisis y desorden, que desafían a la estructura en cuanto a la simbolización de las transformaciones (en las dimensiones de lo intrapsíquico, lo intersubjetivo y lo transubjetivo): El vínculo amoroso y sus avatares en el momento sociohistórico actual, desde una articulación metapsicológica, los conceptos teóricos que aluden a la estructura del amor, del deseo y las representaciones sociales o significaciones imaginarias epocales; las metamorfosis de la pubertad y el desafío de reorganización psíquica, en torno a un nuevo

panorama pulsional y discursivo; la reformulación del proyecto identificatorio en la adolescencia y su momento de sacar conclusiones reorganizando el tríptico de la temporalidad (pasado, presente y futuro); y los trabajos psíquicos del proceso de envejecer en su especificidad metapsicológica, como una nueva ocasión de conflicto psíquico, elaboración, efecto de suplementación y reorganización subjetiva. (Cap.3 Vínculo amoroso como ocasión para la reorganización psíquica y el hacer con el otro, Cap. 4 Pubertad, pulsión y discurso, Cap. 5 Resolución de la adolescencia: Transformaciones en el proyecto identificatorio, Cap.6 Proceso y metapsicología en la vejez)

Con esta presentación, invitamos a la lectura que esperamos que pueda transferir a quien se adentre en ella los efectos enriquecedores de una producción y discusión grupal que guió cada uno de los capítulos, en el quehacer mismo del equipo docente en su práctica.

LIC. GABRIELA BRAVETTI

PRIMERA PARTE

FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS Y PUNTOS DE PARTIDA

CAPÍTULO 1

Desarrollo, temporalidad y psiquismo: la estructura psíquica como sistema abierto y complejo

*Gabriela Bravetti, Norma Giorno, Estefanía Garizoain
y Ana Laguens*

*“El sujeto no es lo dado biológicamente, ni un átomo social, ni una psiquis pura, sino que adviene y deviene en el intercambio, en el entre, de un medio social humano en un mundo complejo”
Denise Najmanovich, El juego de los vínculos*

Introducción

Este trabajo se inscribe en una perspectiva conceptual que propone pensar la producción de subjetividad y la constitución psíquica como procesos abiertos en el devenir. La idea de un sujeto como producción, emergente, y productor de interjuegos complejos y recíprocos con diferentes aspectos de lo que podemos llamar su realidad, es solidaria de una transformación de las premisas organizadas en torno a la lógica dualista sujeto/objeto, cuerpo/mente, propias de la modernidad.

Las transformaciones conceptuales de los modelos teóricos de la modernidad vienen de la mano de nuevas metáforas para explicar la realidad. El giro epistemológico hacia la complejidad abre a una multidimensionalidad al pasar de *metáforas mecánicas* al *pensamiento complejo*, que toma en cuenta las transformaciones mediante interacciones dinámicas y fluctuantes. El paradigma de la complejidad propone una visión que pone el acento en el entretejido del conjunto, donde movimientos y fluctuaciones se imponen a las permanencias y linealidades, y permite acceder a la lógica de los fenómenos caóticos.

Pensar el psiquismo desde estos aportes, pensarlo como un sistema alejado del equilibrio, implica reconsiderar los procesos de producción subjetiva abiertos al azar y lo indeterminado, en una historia que se construye como un trayecto nunca concluido, a lo largo del devenir.

Complejidad, psiquismo, desarrollo y temporalidad: se apuntará a rescatar la variable del tiempo, para destacar la especificidad de ciertas operaciones en la constitución del sujeto. Donde procesos de autoorganización al modo de un bucle, reemplazan la linealidad causa-efecto por la recursividad creadora. (Hornstein, 2007: 66)

Noción de desarrollo: nuevos modelos y perspectivas

Si bien el paradigma positivista ha perdido hegemonía en sus alcances dentro de los fundamentos epistemológicos de la psicología, aún persiste la necesidad del contrapunto, y por lo tanto la explicitación de los modelos actuales para pensar la psicología del desarrollo.

El criterio evolutivo ha estado impregnado del paradigma positivista, sustentado en ejes causalistas (causalidad lineal, finalista y teleológica: unidad de la persona, “perfiles de madurez”) asociados al criterio cronológico, y por ende, atravesado por una significación valorativa y normativa. El esquema nacimiento-crecimiento-maduración-declinación-muerte era la forma tradicional de representar el curso de la vida, donde los primeros años de vida se relacionaban con la adquisición y la complejización de funciones psíquicas, mientras que las últimas eran pensadas en el marco del deterioro, la pérdida y la regresión.

Al establecer normas evolutivas para cada período de la vida se estableció un parámetro de lo esperable en la lógica de la universalidad de variables de un conjunto de individuos. Así, normalidad y normatividad se pensaban como categorías que ordenaban los hechos en el rango de lo descriptivo, pero también de lo causalista: poder anticipar los fenómenos del desarrollo, o dar cuenta de sus vicisitudes como alteración o déficit.

La búsqueda de uniformidades empíricas aparentes, empero, pudo conferir un primer nivel de análisis, la observación y la descripción, que ha sido significativa influencia sin duda en las disciplinas ligadas a la psicología evolutiva, aunque no postulaban la explicación de los fenómenos.

A partir de las profundas transformaciones socio históricas y en los esquemas epistemológicos de las últimas décadas del siglo XX, y con los aportes de otros autores (como Riegel, Baltes, Reese, Overton) los principios de la psicología evolutiva clásica quedan cuestionados, y se proponen otros modelos para pensar el desarrollo, introduciendo aspectos de mayor complejidad. Estas nuevas formulaciones plantean que en la ciencia del desarrollo, pensar cómo emerge la novedad psíquica en un tiempo irreversible implica centrarse en la transformación estructural de los sistemas psicológicos en el curso de la vida humana. Lo cual necesariamente involucra una comparación entre lo nuevo que emerge y lo previo ya establecido. Por tanto, esa irreversibilidad temporal conduce a establecer los sucesivos cambios psíquicos que ocurren en el desarrollo.

Modelos, cosmovisiones y enfoques (como el mecanicista, organicista, y el contextual dialéctico) brindan otras herramientas para pensar el desarrollo. Brevemente, recordaremos que el mecanicismo positivista postula un mundo estable, fijo, uniforme, y utiliza una explicación de los fenómenos que responde a un modelo causal simple y lineal (un antecedente causa produce un efecto derivado). El organicismo supone que una variedad de elementos específicos se integran en una totalidad, y que esa totalidad no puede ser reducida a sus partes constituyentes. El contextualismo, por su parte, considera que todo acto es un proceso particular que sucede en un escenario o contexto, existiendo así tantas realidades a conocer como contextos posibles (Yuni y Urbano, 2005).

El modelo contextual dialéctico específicamente se aleja de la perspectiva cronológica y la estandarización en etapas de logros y perfiles de madurez. Términos como "life course", "life span" y "life cycle" proponen la metáfora de un movimiento constitutivo y vital que comprende desde el nacimiento a la muerte (cabe señalar que fueron, entre otros aspectos, los estudios sobre el envejecimiento humano, uno de los propulsores de este cambio en los enfoques del desarrollo signado anteriormente por lo madurativo-deficitario). Desde este marco, el desarrollo psicológico se piensa en relación y como producto de la interrelación de un organismo inserto en un contexto social particular. De tal modo, los niveles biológico, psicológico y social, se incluyen en un sistema integrado que abarca esos diversos niveles o subsistemas, los que mantienen interacciones indisociables entre sí al mismo tiempo que poseen propiedades específicas (Riegel, 1976, citado en Yuni y Urbano, op.cit).

Entre las perspectivas teóricas derivadas del modelo contextual dialéctico encontramos el enfoque del Curso Vital (Baltes, 1983, citado en Yuni y Urbano, op.cit). El cual considera fundamentalmente al desarrollo humano como un conjunto de procesos que transcurren a lo largo de toda la existencia.

Se plantea al desarrollo como un *curso multidireccional, variable, intra e interindividual, donde se rescata la heterogeneidad de dimensiones y la idea de discontinuidad, en donde la dinámica de avances y retrocesos en el trayecto vital, implica pensar para cada momento del desarrollo, adquisiciones y pérdidas. El acento es puesto en el cambio, la interacción dinámica, no sólo del sujeto y su entorno, sino entre las distintas dimensiones psíquicas, y la ausencia de un determinismo completo y de una finalidad madurativa. Estos son los aspectos que rescatamos.*

Podemos resumir en sus premisas básicas los principales aportes a la psicología del desarrollo:

1. Los cambios en el desarrollo forman un proceso continuo, no limitado a alguna edad en particular. El desarrollo es un proceso a lo largo de la vida. Cualquier edad dada no puede entenderse totalmente aislada de las edades anteriores. Supone también que los cambios son posibles en cualquier edad y que el cambio puede ser cuantitativo o cualitativo
2. Los cambios ocurren en varios dominios: social, psicológico y biológico. El desarrollo es multidimensional.
3. Los cambios tienen lugar según diferentes ritmos y procesos. El desarrollo es multidireccional.

La idea implícita en las premisas de multidimensionalidad y multidireccionalidad es que los cambios son el producto de las mutuas transformaciones entre el sujeto y su mundo, en donde nada está fijado de antemano, y pueden ocurrir en diferentes ritmos y con diferentes trayectorias para varios dominios en distintos sujetos.

4. Los cambios reflejan complejas interacciones de procesos sociales, psicológicos y biológicos en el curso de una vida, en un tiempo histórico. La relación entre esas dimensiones y lo que podría llamarse contexto es de causación múltiple y retroalimentación dialéctica.

Si bien no puede exigírsele a un modelo o enfoque la precisión ni la explicación de una teoría, subrayamos su aporte en las consideraciones sobre los procesos de constitución y

reconstrucción subjetiva a lo largo del devenir, y no sólo en los tiempos de la infancia y la adolescencia. Se trataría de un proceso ligado al paso del tiempo y que concluye invariablemente con la muerte.

Devenir sujeto: temporalidad y sistemas complejos

Pensar la constitución psíquica como un proceso abierto, a lo largo del trayecto vital implica reconocer los niveles de complejidad en esa emergencia subjetiva que no cesa de producirse, o en su lugar, las condiciones de su producción. Pero no podemos sostener que dicha emergencia sea el resultado directo de una causa, sino producto de múltiples interacciones que constituyen su condición de posibilidad pero no la determinan linealmente.

Lo específicamente humano justamente radica en la insuficiencia de insumos naturales, como carga de la especie para construirnos sujetos. La prematurez humana, como condición de partida, nos arroja a la verdad irreductible de un punto de comienzo, que sólo podrá inscribirse como tal bajo el signo y la marca de otro humano atravesado por la complejidad de un universo simbólico del cual es co-creador. Y esas condiciones de inicio, de posibilidad, las que el soma regula desde la biología, luego resuenan como límite y condicionamiento de lo humano, al confrontarnos con la finitud. La vida *biológica* o vida nuda (Berenstein, 2008) pasa a vida *humana* en el vínculo con el otro y los otros:

La modalidad mediante la cual al darle forma a la vida biológica la aleja de ella, esa modalidad de vivir propia de un sujeto al estar vinculado con otros y pertenecer a un conjunto de sujetos es lo que compone su modo de vida (bios) [lo propio de cada cual]. Para ella tenemos actualmente el concepto de subjetividad, y se llama subjetivación al proceso y el camino que se recorre en su constitución, el cual siempre se recorre con otros. (Berenstein: 2008: 116)

La significación de ese recorrido, y sus vicisitudes, hacer con ese tramo un historia singular va más allá de toda realidad madurativa. En lo humano, en tanto sujeto de lenguaje, no se trata de simple maduración, y no es que no haya maduración orgánica, pues la hay, pero el proceso incluye un Sujeto, en sentido que subjetiva, un hecho apela a un sujeto en tanto en sí mismo el dato nada significa, sino es por un Sujeto que significa, que da sentido a lo ocurrido. Lewkowicz (1999) plantea que lo biológico exige una significación, sin postular ninguna, es más, absorbe y excede cualquier significación que se le ofrezca. Y aunque esas marcas biológicas queden socialmente instituidas por prácticas y discursos que recortan y acompañan las mutaciones del cuerpo, se requiere un *plus*, condición suficiente más allá de lo necesario, que pueda armar con ello una biología y una ideología en un trayecto temporal, es decir, una vida.¹

La **temporalidad** remitida a la subjetividad, en un proceso de constitución y recomposición de los procesos psíquicos, brinda un escenario donde la finitud marca su posibilidad de ser:

¹ I know I was born and I know that I'll die. The in between is mine. I am mine. (Se que nació, y que sé que moriré. El entre medio es mío. Yo soy mío) Letra de una canción de Pearl Jam.

“Cada vida marcha a un punto de no retorno” (Bleichmar, 1994). Por tal motivo, la condición de lo vivo es ser perecedero y estar sujeto a cambios. “Tiempo y experiencia humana son conceptos indisociables, se trata del *significado del tiempo*” (Prigogine, 1994). La paradoja del tiempo, para Prigogine, remite justamente a la **flecha del tiempo** para los sistemas complejos, en tanto constructivos de distintos órdenes, alejados del equilibrio, promoviendo complejidad.

El autor plantea que desde ese punto, la vivencia del tiempo cobra dimensión humana y de consecuencias subjetivas.

En este sentido, se enfatiza que la irreversibilidad del tiempo es una propiedad fundamental de la naturaleza, entonces nos encontramos con la pregunta sobre si ésta es algo que el hombre pone en la naturaleza, pero ajeno a ella, o lo contrario, la irreversibilidad es una propiedad fundamental de la naturaleza que el hombre tan sólo comparte con ella. Así, Prigogine postula que el tiempo aparece sólo al alcanzarse cierto nivel de complejidad. En los sistemas simples no se puede distinguir entre el pasado y el futuro, es por eso que se piensa la posibilidad de descubrirlo a través de los sistemas complejos, de la complejidad:

En los estados equilibrados no hay cambio y por tanto, parece como si el tiempo no transcurriera: el sistema es reversible ya que el pasado y el futuro no pueden distinguirse. Lejos del equilibrio, por el contrario, la situación es radicalmente distinta: el sistema se hace inestable, y al cambiar, va adoptando diferentes configuraciones, aparece la temporalidad marcando una dirección en el transcurso del tiempo (la flecha del tiempo), que hace que ese proceso sea irreversible. (Najmanovich, 1992:49)

Nos encontramos frente a la necesidad de privilegiar los conceptos del cambio y las transformaciones, de objetos no periódicos, inestables, a través de una nueva forma de descripción de la realidad que nos convoca.

En relación a los aportes de este autor, señalamos la importancia de pensar el azar como fuente de la creación, como principio explicativo del cambio y la transformación, que nos permite alejarnos de lo rígidamente determinado:

(...) El tiempo histórico del devenir, el tiempo de la evolución y no el mecánico de los relojes, aparece junto con el azar como dos de las categorías conceptuales más fértiles para avanzar en el reencantamiento del mundo (...). El azar no es error, lo distinto aquello que está fuera de la ley, no tiene que ser despreciado, evitado, eliminado, sino comprendido y valorado como un principio impulsor del cambio (Prigogine, op. cit).

Estructura abierta: el caos creador y a posteriori

Las hipótesis del paradigma de la complejidad (Prigogine, 2004 y en entrevista Najmanovich, 1994) y los planteos de los estudios sobre la Historia de la subjetividad (Castoriadis, 1997), cuestionan la inalterabilidad de las matrices simbólicas en el marco de estructuras permanentes.

En relación al concepto en sí de estructura, queda reformulado actualmente de manera diferente y novedosa.

Prigogine propone el término estructuras disipativas, para referirse a aquellas estructuras abiertas, complejas, en las cuales los sucesivos intercambios con lo exterior a sí a través del tiempo, darán lugar al encuentro con lo azaroso y podrán imprimir a su recorrido diferentes vías de desarrollo, que no se pueden predecir en el punto de partida. El camino que tomará cada estructura en un determinado momento desde ciertas condiciones de posibilidad, sólo podrá conocerse a posteriori. Estas transformaciones posibles, también pueden generar un cambio de la estructura misma y de las propias reglas que la organizaban de una manera dada. Concepción que se aleja del determinismo, para abrirse al azar, la novedad, lo imprevisto e inesperado de las construcciones por venir. Y hacen que esta estructura, nunca comporte una totalidad; y que siempre se presente “descompletada”.

La metáfora de las estructuras disipativas traslada lo inerte a lo viviente, lo social y lo psíquico. Desde esta postura epistemológica, comprendemos un devenir subjetivo que permite pensar un proceso de constitución psíquica abierto a cambios constantes en los que tienen lugar tanto el azar como ciertos determinantes previos. Visto así “es posible transformar lo aleatorio en organización, engendrando nuevas formas, desarrollando potencialidades, como expresión de su complejidad”. (Hornstein, 1994).

El enfoque particular que se plantea del aparato psíquico como un sistema abierto y complejo, en relación constante con lo exterior a sí (no sólo la realidad externa sino también cada uno de los sistemas psíquicos heterogéneos entre sí (Hornstein, op.cit.) nos remite a una conceptualización de los procesos psicológicos alejados de nociones como equilibrio o entropía, o linealidad. El caos, lo nuevo que irrumpe, las bifurcaciones, lo no previsto y el conflicto son solidarios con un sistema de múltiples inscripciones, legalidades y principios.

Haciendo referencia a lo expuesto por Freud en la Carta 52 a Fliess, ponemos en concordancia la noción de temporalidad retroactiva con la noción de sistema abierto:

tú sabes que trabajo con el supuesto que el mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, transcripciones que se siguen unas otras, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas (inscripciones) experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción (Freud, 1896).

Una temporalidad que si bien contempla la sucesividad del desarrollo (“de tiempo en tiempo” alude a un tiempo cronológico, irreversibilidad de lo biológico, “flecha del tiempo” a decir de Prigogine) va a incluir la novedad que aporta el concepto de retroacción.

La complejidad de las temporalidades comprende por un lado, *los procesos madurativos, irreversibles, los tiempos del desarrollo biológicos*, que a modo de condición de posibilidad marcan los ritmos del ser viviente como parte de la especie. La temporalidad de los procesos del Yo consciente o bajo el proceso secundario, temporalidad desplegada en un tríptico presente-pasado-futuro una vez que el Yo accede a la lógica del lenguaje y las posibilidades del *tiempo historizado*. La *irreversibilidad de este tiempo* está ligada a la inscripción simbólica como regulación del Yo por la pertenencia a un conjunto humano que organiza la realidad, posibilitando otorgar un sentido a lo vivido, trazando un trayecto temporal. Y la *temporalidad retroactiva de los procesos psíquicos inconscientes*, bajo el proceso primario, por la cual inscripciones actuales pueden actuar sobre otras inscriptas previas, generando nuevos nexos y enlaces, promoviendo una nueva significación y efecto psíquico. Sólo a posteriori se puede entonces dar cuenta de la causalidad psíquica, y del efecto del presente sobre lo ya inscripto en la múltiple memoria psíquica, abierta entonces a transformaciones y no posible de determinar por anticipado.

El concepto de Posterioridad (efecto retroactivo, la donación de sentido con posterioridad) un hecho podrá ser resignificado a partir de una segunda marca posterior en el tiempo, adquiriendo eficacia psíquica. Nuevas marcas que se inscriben en la psique no vienen ni a repetir ni a eliminar sino que alteran las primeras, donde lo nuevo incluye lo anterior modificado, otorgándole nuevo sentido. Lo que Lewkowicz llama efecto de suplementación (1997).

Procesos en juego: momentos de autoorganización

El tiempo transformador desafía a cambios y el psiquismo podrá organizarse sosteniendo premisas de permanencia y cambio en una historia singular. Desde un nivel de análisis explicativo, podremos pensar los mecanismos psíquicos en juego en los procesos de autoorganización, a modo de invariantes a la hora de dilucidar la labor del aparato psíquico, para “transformar lo aleatorio en organización, engendrando nuevas formas, desarrollando potencialidades, como expresión de su complejidad” (Hornstein, 1994).

La tópic y la dinámica freudiana, el conflicto económico de las investiduras, la complejidad de la memoria inconsciente, la heterogeneidad de los sistemas psíquicos, el trabajo elaborativo y el trabajo del duelo, el desfase de la sexualidad humana, son conceptos en los que nos apoyaremos para pensar los reordenamientos, desequilibrios, el desorden al decir de Prigogine, en la estructura psíquica que requerirán de procesos de metabolización y elaboración para aumentar la complejidad.

Estructura abierta a una serie de bifurcaciones, pero entre ellas prevalece una meseta donde predominan las leyes deterministas, es decir, donde se sostiene la regularidad del funcionamiento de ciertas determinaciones de efecto estructurante (por ejemplo, la consolidación del proceso secundario y sus leyes en la latencia). Las bifurcaciones representan el momento donde lo nuevo (azar) irrumpe (un encuentro significativo, crisis vitales, crisis accidentales), que interpelan lo dado y por tal motivo la estructura puede virar al orden o al

desorden. Los efectos sólo se conocen a posteriori. *Un bucle autoorganizador reemplaza la linealidad causa y efecto por la recursividad mediante la cual los productos son productores de aquello que los produce* (Hornstein, 2004). El caos determinista refiere a la capacidad del psiquismo de articular determinismo y azar. Freud refleja esta puesta en relación cuando postuló las series complementarias, dirá entonces: “Disposición y azar determinan el destino de un ser humano; rara vez quizá nunca, lo hace uno sólo de estos poderes”. La determinación existe, pero no en términos de predictibilidad, no puede reducirse el ser a ésta. El pasado sigue vivo y es retomado por el presente, es lo que Freud llamó eficacia retroactiva. Pensar el psiquismo desde esta perspectiva nos lleva a concebir una alianza entre permanencia y cambio, un núcleo estable de identificaciones y los inevitables encuentros con lo fuera de sí. El Yo está “condenado a investir” a otros sujetos, a otras realidades (Aulagnier, 1984), el Yo está condenado a ligar y desligar, autoorganizándose.

Señalamos entonces maneras de entender estos momentos privilegiados de crisis y desorden, que desafían a la estructura en cuanto a la simbolización de las transformaciones (en las dimensiones de lo intrapsíquico, lo intersubjetivo y lo transubjetivo):

- Momentos del desarrollo, que pueden convertirse en verdadero “acontecimiento” (Badiou, 1988) introduciendo al sujeto en el trabajo de simbolizar, significar los cambios que el paso del tiempo le impone a su cuerpo como escenario y a la vez como motor de las transformaciones.
- Momentos de metamorfosis en la esfera del Yo y su representación, que propicia la reformulación subjetiva en relación al registro y significación que como agente activo, pueda hacer del paso del tiempo y su propio devenir (cambios, adquisiciones y pérdidas).
- Momentos en términos de corte, novedad, hiancia o crisis, que presentan discontinuidad: el sujeto halla marcas que lo detienen, le interrogan y destotalizan los recursos construidos previamente. Desde la complejidad de la escena psíquica, se plantea a la vez el registro de lo que cambia, su inscripción y su procesamiento, y la posibilidad de significar - resignificar lo que permanece para dar continuidad al trabajo del Yo.

Un sujeto producto y productor de determinaciones múltiples y recíprocas, que adviene y deviene por lo vincular, que en cada encuentro significativo, no solamente en los primeros años de vida, ni en función de la presencia de un otro primordial, sino a lo largo de su devenir, irá construyendo su historia singular: “historia-historizada-historizante” (Delucca, 2000)

La actividad representacional nunca logra procesar toda la información, traducir toda la excitación en sistemas de nexos asociativos: no todo lo vivido en relación a lo real externo, a las experiencias vividas en los encuentros con los objetos primordiales y con el propio cuerpo, podrán ser representados, elaborados, simbolizados y articulados, en esas líneas de descomposición y recomposición propias de los procesos psíquicos del sujeto. Lo no articulado, no “traducido”, seguirá “insistiendo, pulsando, re-petitionando su inscripción simbolizante, no siempre posible” (Delucca, 2002).

El aparato psíquico como abierto a lo real (real libidinal) y en constante interacción con lo exterior a sí es el psiquismo de estratificación sucesiva que Freud trataba en sus hipótesis a fines del siglo XIX, donde la información a tramitar es constante, aunque no toda esta información estará en igualdad de condiciones a la hora de movilizar una reorganización de la estructura conforme su metabolización. Parafraseando a Foucault, no tendrá ni el mismo alcance, ni la misma amplitud cronológica, ni la misma capacidad de producir efectos. Precisamente, la idea de neogénesis es solidaria a la concepción de “un aparato abierto a lo real y sometido al traumatismo” (Bleichmar, 2001).

Aparato psíquico que siempre recibirá elementos de lo real libidinal, y en el marco del cual la neogénesis, en tanto proceso psíquico, posibilitará que algo que no había existido antes, que no había tenido inscripción en ese aparato, se organice.

Devenir y trayecto identificador

La psique, en su devenir, realiza una alianza entre permanencia y cambio, mediante la transformación del azar en organización, el psiquismo engendra nuevas formas y desarrolla potencialidades por incremento de su complejidad. Así, el azar interviene en la constitución subjetiva y el devenir histórico. En una estructura totalmente determinada no hay lugar para la novedad, pero tampoco el puro azar permite organización e imposibilitaría la historicidad.

Las condiciones de partida pueden pensarse como indeterminadas y abiertas, pero condicionada a un encuentro subjetivante.

El psiquismo puede definirse como autoorganizador porque ante la posibilidad de perturbaciones aleatorias el sistema puede reaccionar con un aumento de complejidad: complejización es crear ligaduras, ya que la meta de Eros es producir unidades cada vez más grande, y así conservarlas. Las inscripciones como huellas mnémicas son ya un modo de organizar la excitación proveniente del cuerpo biológico, el cuerpo erógeno, el otro humanizante y la realidad representacional transmitida por el lenguaje. Podemos decir entonces que la transformación de lo azaroso, como ruido, en organización y complejidad es efecto de lo intersubjetivo, de un encuentro con lo subjetivo del otro y su articulación con lo corporal (Hornstein, 2008).

La subjetivación como proceso en el devenir es efecto de relaciones de determinación múltiples y recíprocas con los otros. Pensar el psiquismo como un sistema abierto, no sólo en su funcionamiento sino en su génesis, permite reflexionar acerca de la trama relacional constituida por los otros primordiales y sus realidades psíquicas singulares, pero teniendo en cuenta que lo infantil no es el único origen del sujeto, sino que en cada vínculo significativo se genera sujeto y éste suplementa al sujeto constituido en la infancia. Diríamos que hay múltiples puntos de partida (Berenstein, 2001).

Hornstein (op.cit) subraya que pensar al psiquismo como abierto estructuralmente es solidario con poder pensarlo también como cerrado organizativamente: es decir, el intercambio de energía con lo exterior es continuo, y sus interacciones lo someten a un trabajo incesante de

representación, pero la psique es autónoma y mantiene una forma estable que le permite sostener reglas y legalidades para contar con mecanismos de funcionamiento específicos (la especificidad de los procesos psíquicos, la diferenciación de yo y el otro, etc).

El proceso identificatorio, el trabajo del duelo, la resignificación de la estructura edípica y narcisista, dan cuenta de diferentes momentos de reorganización subjetiva. Será un proceso de autoorganización realizado por el Yo.

Concebir la constitución psíquica en un proceso atravesado por la temporalidad y el devenir significa por lo tanto, reconocer los procesos psíquicos como no estáticos, el psiquismo se encuentra en un estado permanente de organización y desorganización. La identificación no es una experiencia cerrada, algo que ocurra de una vez y para siempre, se pone en juego en todo encuentro significativo para el Yo. Sólo a posteriori se podrán reconocer momentos claves en dicho trayecto. En el comienzo de la vida, cuando los trayectos están por hacerse, el Yo tiene la tendencia a ligar, a vincularse y también a desligarse de aquello vivenciado como doloroso. Este trayecto pondrá en tensión el sostenimiento de un punto de anclaje (los lazos con los otros primordiales, puntos de certeza, lo que permanece), y aquello nuevo desconocido que se impone (la cualidad azarosa del encuentro). La estructura psíquica se complejiza en la particular combinatoria de estos dos aspectos.

El Yo está constituido por un conjunto de identificaciones, dichos enunciados son formulados por los otros significativos. Sombra hablada dirá Aulagnier aludiendo a la función de la madre como proveedora de los primeros enunciados identificatorios en relación al infans dando lugar al primer contexto identificatorio del Yo. En su devenir, las preguntas sobre quién es el Yo y qué deberá llegar a ser no serán respondidas por un único otro sino que tendrán que responderse como único enunciante. Será desde esos puntos de certeza desde donde saldrá a buscar. Todo lo que quede por fuera será objeto de incertidumbre. Pero el Yo requiere de nuevos espacios y de nuevos destinatarios a los cuales demanda placer y reconocimiento, y la realidad como un magma de significaciones imaginarias sociales es productora de esos circuitos (prescripciones, prohibiciones, modalidades, sistemas de ideales, coherencia de sentidos, contradicciones de lógicas...) y a la vez producida y sostenida en la reproducción y transmisión a la que la incesante metabolización subjetiva la somete.

Conclusiones

El enfoque particular que se plantea del aparato psíquico como un sistema abierto y complejo, en relación constante con lo exterior a sí remite a una temporalidad que si bien contempla la sucesividad del desarrollo (tiempo cronológico, irreversibilidad de lo biológico) supone el efecto de retroacción y del a posteriori para posibilitar nuevos enlaces y transcripciones del material psíquico. Esta conceptualización permitirá la articulación entre un eje diacrónico, como la historia, y lo sincrónico, haciendo alusión al concepto de estructura disipativa donde el azar tiene efecto complejizante y creador. Avatares y matriz simbólica. Lo que permanece y lo que cambia. Dando lugar a la idea de historia como construcción de un

sujeto que otorga un sentido. El devenir subjetivo es una trayectoria que como todo proceso psíquico, articula lo sucesivo y lo simultáneo. Lo nuevo y las marcas ya constituidas.

La construcción de la subjetividad en sus vertientes intra, inter y transubjetiva será el resultado entonces de la particular metabolización que el Yo realice en su trabajo de historización, re escritura de la propia historia como historia historizada. Complejizando la estructura psíquica, generando nuevos enlaces y posibilidades simbólicas. Preguntarnos por los modos y los avatares de ese devenir, los procesos psíquicos en juego en los momentos privilegiados de autoorganización, será atender a un sujeto singular y parte de un entramado vincular atravesado por significaciones de un conjunto, que hará de su tiempo de vida un proyecto subjetivo, del cual será escribiente e historiador hasta su fin.

Bibliografía

- Aulagnier, P. (2007). El espacio al que el Yo puede advenir. En *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berenstein, I. (2007). Palabras y conceptos vinculares usados en nuestros distintos períodos, Consideración de la familia y Cap. 5. En *Del ser al hacer. Curso sobre vincularidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (1994). Repetición y temporalidad: una historia bifronte. En *Temporalidad, determinación, azar. Lo reversible y lo irreversible*. Buenos Aires: Paidós.
- (2000). Intervención analítica y neogénesis, Transformación, traumatismo y metábola y Traumatismo y fundación. En *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Delucca, N. (2006). Hacia una reformulación crítica del criterio evolutivo en Psicología. Publicación de circulación interna. La Plata.
- Freud, S. (1986). Carta 52. Fragmentos de la correspondencia a Fliess. En *Obras Completas*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hornstein, L. (1994). Determinismo, temporalidad y devenir. En *Temporalidad, determinación, azar. Lo reversible y lo irreversible*. Buenos Aires: Paidós.
- (2008). La subjetividad y lo histórico social: hoy y ayer, Piera Aulagnier. En L. Hornstein (Comp.). *Proyecto Terapéutico. De Piera Aulagnier al psicoanálisis actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. B. (1987). "Posterioridad", "Trauma". En *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Lewkowicz, I. (1997). Historización en la adolescencia. *Cuadernos APdeBA N°1*: pp. 109-126.
- Miller, J. A. (1993). Desarrollo y estructura. En *Desarrollo y estructura en la dirección de la cura*. Buenos Aires: Atuel.
- Najmanovich, D. (1992). Entrevista a Illia Prigogine ¿Nuevos paradigmas?. *Revista Zona Erógena N° 10*: pp. 21-23.
- Urbano, C. y Yuni, J. (2005). La Psicología del desarrollo, El enfoque del curso vital. En *Psicología del desarrollo: enfoques y perspectivas del curso vital*. Córdoba: Brujas.

ANEXO / Notas sobre el concepto de acontecimiento y sus aportes

*Josefina Ayciriex, José Martín Beltramone,
Sofía Fernández Tombessi, Valentina Reitovich*

En este anexo expondremos el resultado de un rastreo y revisión bibliográfica del concepto de *acontecimiento*, realizado a lo largo de las producciones de diversos autores. Creemos que dicha noción, en la medida en que nos permite aprehender la lógica temporal inherente a los procesos inconscientes que se ponen en juego a lo largo del desarrollo de un sujeto, se constituye como un insumo clave a la hora de construir una conceptualización del aparato psíquico como una estructura compleja, abierta y cambiante, en las antípodas de un pensamiento sesgado por sus atributos finalistas, lineales y/o deterministas (ya sea anclado en lo biológico o en lo social).

Partiendo de la perspectiva que propone la teoría de las *estructuras disipativas*, pensamos al psiquismo “en relación de intercambio constante con lo exterior a sí” (Hornstein, 1994:100), intercambio que, lejos de destruir la estructura o suprimir sus elementos, conduce a una complejización superadora; es decir que el caos, la inestabilidad, lejos de llevar a la destrucción del sistema, lleva a una reorganización de sus elementos bajo una nueva lógica. Esta externidad a la que hacemos referencia, jamás devendría interna si no es por medio de un trabajo de elaboración sobre lo que ella presenta de novedoso, y por ende, incomprensible al momento de su emergencia. Giberti (1994) denomina *suceso* a este elemento del orden de lo anecdótico que irrumpe en la vida de un sujeto, el cual, en la medida en que lograra ser metabolizado, inscripto en el aparato psíquico, dará lugar al *acontecimiento*. En este sentido, la noción de *acontecimiento* refiere a aquello “que viene a faltar de los hechos y remite a los efectos de algunos sucesos para los cuales se carece de explicación y nominación” (Giberti, 1994:32), es decir, refiere a aquella dimensión del suceso que no le era consustancial, sino que resulta ser efecto de un trabajo psíquico de simbolización. Entre tanto, esta instancia, que no fue *captada* en el momento original de su emergencia, pero sí *registrada* por el sujeto, permanece entonces esperando a ser elaborada, será capaz de despertar afectos con carácter inligable; es decir, constituirá una instancia productora de efectos traumáticos (Bleichmar, 2006).

Se deduce de todo lo anteriormente expuesto que la esencia de lo acontecimental se sitúa en los efectos de significación de carácter retroactivo que, impulsados por la emergencia de un suceso en lo real, se despliegan sobre el entramado identificatorio que constituye al yo. De esta manera, se constata que el futuro confiere al pasado un estatuto causal "(...) que no le era consustancial en el momento de su inscripción, sino que adviene en el tiempo ulterior de su asociación con una segunda escena". Continúa el autor: "Las peripecias biográficas de todo ser humano, entonces, no cotizan en la economía psíquica como 'hechos en bruto': lo hacen como un efecto de significación (...) que se desprende de los juegos asociativos siempre abiertos en los que sus respectivas inscripciones quedan atrapadas" (Cabral, 2006:127).

Es en este punto, que resulta interesante poder retomar el aporte que nos ha brindado Silvia Bleichmar en relación a la noción de Temporalidad. Ésta entendida como fundamental para poder pensar en los movimientos de constitución, como así también aquellos de recomposición y transformación del aparato. Es así, que la autora concibe al Tiempo y la Temporalidad como dos categorías diferentes. La primera, entiende el tiempo tal como es comprendido por la física, mientras que la temporalidad se remitirá más bien a la subjetividad, resultando entonces inseparable tanto de la noción de sujeto como de la de Historización.

Esta forma particular de conceptualizar las cualidades del aparato psíquico se fundamenta en los principios de la perspectiva del "caos determinista", inscripta en la teoría del caos, desarrollada ampliamente en los campos de la física y la química a mediados del siglo XX. Sin embargo, el origen de este punto de vista no es patrimonio exclusivo de estas comunidades científicas. De hecho, sin alejarnos demasiado de nuestro propio campo disciplinar, corroboramos que Freud formuló, ya para fines del siglo XIX, una lógica causal idéntica para fundamentar la metapsicología del síntoma en el primer momento de su teoría psicopatológica, el famoso *nachträglich* (que luego Lacan re-bautizaría *après-coup*). A partir de ese momento, el padre del psicoanálisis se encontró, quizás sin sospecharlo, subvirtiendo la razón positivista, hegemónica en el pensamiento científico de aquel entonces, a pesar de sus empeños explícitos por moldear sus desarrollos a imagen y semejanza de la ciencia de su época.

La singularidad del recorrido de cada individuo es el resultado de la reconstrucción, en el marco de un análisis, de lo que Cabral va a denominar, retomando los aportes de Lacan y Foucault, la *historia*. La *historia* es aquello que emerge en los momentos de desidentificación, cuando el bagaje de pertenencias simbólicas portado hasta un determinado momento por el individuo, vacila a causa de tornarse insuficiente para atribuir sentido a la novedad que plantea el suceso que emerge inesperadamente. Ello guarda íntima relación con el propio deseo, flujo inagotable, motor de la vida psíquica, el cual, en su deslizamiento a lo largo de la cadena simbólica, consolida distintos posicionamientos que el sujeto irá ocupando a lo largo de su vida. El deseo constituye "esa partícula de autonomía y de originalidad" (Freud, 1921:122) que pone en entredicho lo que se esperaba del individuo como una evolución dada en función de los enunciados identificatorios del grupo del cual él mismo forma parte. Éstos fueron introyectados por él a los fines de forjarse un lugar en el entramado vincular en el cual le toca advenir, y en este sentido, forjarse también una identidad, punto de anclaje indispensable que permite el acceso a la historización (movimiento descrito por Aulagnier en el marco del *proceso identificatorio*).

En otro orden de fenómenos, estos enunciados también sirven al yo como insumos para construir una coherencia imaginaria, que une pasado y futuro en una lógica de causalidad lineal y necesidad, confiriendo a la vida la imagen de un curso uniforme de fenómenos de la misma naturaleza (Bleichmar, 2006). A esta otra cara de la historia, Cabral la va a denominar *Historia*. La *Historia, detestada* por Lacan, es aquella que, en tanto sirvienta de la filosofía, corrobora en sus relatos las *pretendidas leyes* que aquella le suministra, y que intenta ligar la sucesión de acontecimientos mediante una coherencia imaginaria, que sería subyacente al devenir de los hechos. Esta gran usina simbólica, generadora y proveedora de significados supuestamente universales, consolida una *historia apologética* (Cabral, 2006), una ilusión determinista a los fines de *proteger* al viviente de la indefensión a la cual el azar de la experiencia vital lo condena (traigamos del recuerdo, por un momento, la imagen del lactante de la vivencia de satisfacción descrita por Freud para situar un punto de origen de la sexualidad y del deseo en el ser humano).

En conclusión, concebimos un aparato psíquico funcionando como sistema abierto, que como tal podría capturar contenidos novedosos provenientes de la realidad, realizando un intento de engarzar los mismos a un entramado primario que se verá transformado. En esta instancia estaría a prueba la capacidad metabólica, es decir simbolizante, con que cuenta el sujeto para lograr ligar, engarzar aquellos elementos que rompen el modo de funcionamiento habitual con que contaba hasta aquí (el *umbral* al que refiere Bleichmar). En este sentido, el concepto de *acontecimiento* resultaría un concepto clave para aproximarnos a conceptualizar algo de esta dinámica. Conferimos, *acontecimiento* el carácter de un movimiento complejo, en el cual se imbrican dialécticamente determinación y azar, permanencia y cambio, dando una forma y alcance singular al curso de desarrollo de la vida psíquica en cada individuo. Así, si bien resulta evidente que este último no se encuentra plenamente determinado por sus antecedentes en la historia previa, ello no debería llevarnos a la conclusión de que el encuentro con lo azaroso podrá desencadenar cualquier tipo de transformación sobre él. En efecto, las pertenencias simbólicas que sostienen la identidad de un sujeto en determinado momento y lugar de su vida determinan un recorte en el abanico infinito de sus futuros cursos posibles.

Bibliografía

- Bleichmar, S. (1994). Repetición y temporalidad: una historia bifronte. En *Temporalidad, determinación, azar. Lo reversible y lo irreversible*. Buenos Aires: Paidós.
- (2006). La deconstrucción del acontecimiento. En L. Glocer Fiorini (Comp.) *Tiempo, Historia y Estructura. Su impacto en el Psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Lugar.
- Cabral, A. C. (2006). En la cura analítica, proteger a la historia de la Historia. En L. Glocer Fiorini (Comp.) *Tiempo Historia y Estructura. Su impacto en el psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Lugar.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

- Giberti, E. (1994). Acontecimiento y après-coup. *Revista Diarios clínicos. El niño y la historia*, N° 7: pp. 29-36. Buenos Aires: Lugar.
- Hornstein, L. (1994). Determinismo, temporalidad y devenir. En *Temporalidad, determinación, Azar. Lo reversible e irreversible*. Buenos Aires: Paidós.

CAPÍTULO 2

Cuerpo y subjetividad: lo intra, lo inter y lo transubjetivo

*Ariel Martínez, Alejandro Amiconi, Guillermo Suzzi,
Marcela Costantino*

El yo no puede habitar un cuerpo desposeído de su historia. Una primera versión acoge a este cuerpo. Ese 'yo anticipado' al que se dirige el discurso materno inscribe al niño en un orden temporal y simbólico.

LUIS HORNSTEIN, PROYECTO
TERAPEÚTICO

Introducción

Actualmente el cuerpo es objeto de numerosas reflexiones. Los debates contemporáneos al respecto aproximan sus propuestas conceptuales desde múltiples disciplinas y desde variados enfoques. El psicoanálisis, en este contexto, aporta a la escena académica una mirada específica, puesto que sus teorizaciones, al menos en la versión freudiana, trascienden la dicotomía canónica de las discusiones que encierran el debate o bien en el ámbito de la naturaleza, o bien en la esfera de lo social.

Ahora bien, ¿por qué tematizar el cuerpo al interior de una asignatura que se propone abordar las transformaciones del sujeto en su devenir? Sabemos que lo biológico es condición necesaria pero no suficiente para la constitución psíquica (Delucca, 2006). Esto localiza al organismo, en tanto existente biológico, como una infraestructura fundamental a la hora de pensar la especificidad de lo psíquico. Por otra parte, como nos enseña el psicoanálisis, la dimensión de la sexualidad humana, una vez que atraviesa tal organismo, instala una nueva dimensión que trastoca el modo en que lo biológico se despliega. Ya señaló Freud (1905) la idea de pulsión como concepto que cabalga entre lo somático y lo anímico. Es decir que el cuerpo, constituido en las redes de lo simbólico, se impone como una categoría privilegiada e ineludible a la hora de tematizar la historia libidinal e identificatoria de la subjetividad en proceso (Aulagnier, 1986, 1991a).

El recorrido propuesto parte de la siguiente premisa: no es posible pensar la constitución psíquica sin la inscripción del cuerpo en ese otro ámbito que la propia operación de inscripción

inaugura como espacialidad psíquica. Al mismo tiempo, tal operación que otorga existencia al sujeto psíquico da origen a espacios topológicos que se irán complejizando a lo largo del tiempo, así como entablando vinculaciones específicas entre sí. “Este cuerpo no es ajeno al proceso de complejización que se va produciendo como efecto del desarrollo, en el que en diferentes momentos de encrucijada, se impone la sexualidad como paradigma” (Delucca & Petriz, 1997:96). Así, tales consideraciones *intrasubjetivas* deben ser sopesadas a partir del lugar ineludible que tiene la presencia del *Otro* en el ámbito de lo humano. A esta dimensión referimos como lo *intersubjetivo*, donde se destaca que la constitución del sujeto no es sino al interior de un vínculo donde circulan dones libidinales –en el contacto cuerpo-a-cuerpo–, por un lado, y enunciados identificatorios, por otro. Asimismo, la subjetividad emerge en y por el discurso del conjunto. La significaciones imaginarias sociales que allí se deslizan, bajo la lógica de los magmas (Castoriadis, 1997), no constituye un marco para el sujeto, sino que participa en su constitución misma (Lewkowicz, 1997). No es posible, entonces, eludir esta dimensión *transubjetiva* a la hora de pensar el cuerpo. Dimensión que incluirá la “prehistoria de su llegada, un lugar en la estructura del parentesco y del conjunto que él viene a ocupar. Lugar del que se apropiará de acuerdo con las posibilidades de su singularidad y de su historia” (Delucca & Petriz, 1997:92). El anudamiento inextricable entre lo intra, lo inter y lo transubjetivo nos ofrece una comprensión de la subjetividad, y por tanto respecto al estudio del cuerpo.

Señalamos las consideraciones que Isidoro Berenstein y Janine Puget (1997) realizan respecto del aparato psíquico. Los autores parten de las tópicas delineadas por Freud, entendidas como zonas diferenciadas denominadas espacios psíquicos, “metáfora de un tipo de representación mental y vincular que el yo establece con su propio cuerpo, con cada uno o varios otros y con el mundo circundante” (Berenstein & Puget, 1997:21). Esta idea de espacio supone determinados bordes y límites sin los cuales no podrían articularse zonas diferenciales y organizadas. Más aún, los autores sugieren la idea de zonas intersticias. En este plano complejo es que se nos invita a pensar la posibilidad de una presencia del sujeto en diferentes mundos que, simultáneamente, integran la escena de aquello que llamamos realidad. En el mundo interno “está el sujeto con sus representaciones, imágenes, sueños, fantasías. Allí se alojan las representaciones de su cuerpo, así como del propio funcionamiento mental” (Berenstein & Puget, 1997:22). En el mundo interpersonal el Yo se enlaza con otros en una relación de privilegiada intimidad intercambiando amor, ternura, agresión, odio y sentimientos ambivalentes. En estos intercambios el sujeto adviene en la trama de un árbol genealógico. El mundo sociocultural, marcado por los referentes que circulan en el conjunto social, reúne aspectos históricos e ideológicos. “Cada uno de estos espacios tiene vida propia y todos constituyen los pilares del sentimiento de pertenencia” (Berenstein & Puget, 1997:22) que entran el *ser* del sujeto.

En este contexto conceptual, el devenir continuo del sujeto, y su correlato: el cuerpo como incesante inscripción psíquica, exige una reflexión que no puede desconocer la escisión del sujeto. No sólo en el sentido del clivaje que instala *lo Inconsciente*, sino también en los múltiples niveles que la perspectiva vincular inaugura. Por un lado, nos encontramos con el nivel de las relaciones intrapsíquicas, donde el yo mantiene su soberana autonomía labrando arreglos con mociones de deseo, flujos libidinales, imperativos morales y exigencias de la

realidad. Por otro lado, el nivel interpersonal, donde se hacen presente lugares y relaciones de parentescos (Levi Strauss, 1991), así como diversas tramas vinculares, que contienen la presencia del *Otro*. El nivel del mundo circundante, por su parte, constituye el sitio de principios comunes y representaciones de un conjunto. Es en la tensión de estas tres dimensiones donde se instala la subjetividad/corporeidad, y se reinscribe la diferenciación entre consciente/nconsciente como aspecto que puede leerse en cada una de aquellas.

Las aproximaciones conceptuales al cuerpo en las tres dimensiones señaladas sólo son posibles a partir de la convergencia de producciones teóricas pertenecientes al psicoanálisis clásico visitado a la luz de los aportes contemporáneos que en este campo que se han mostrado pregnantes a la categoría de *vínculo* y al impacto del pensamiento social.

El cuerpo en las tramas del *Otro*: presentación y representación

Partimos de la idea de ajenidad como aspecto inherente a la intersubjetividad. Como señala Isidoro Berenstein (2008), lo ajeno nos enfrenta con la dimensión del *Otro* en su presentación y, por otra parte, se juega la representación del *Otro*. El proceso que revela la constitución del sujeto supone la representación de aquellos aspectos de alteridad para hacerlos coincidir con un registro previo. Lo ajeno, en cambio, no es pasible de representación, tampoco de identificación. Sin embargo, su carácter de ajenidad no mengua el impacto de aquellos aspectos en el campo de las transformaciones subjetivas. El *Otro* se impone y a partir de allí el encuentro con lo real del *Otro* transcurre en un registro diferente al de la identificación. Lo no representable logra sus inscripciones en el campo de lo psíquico.

Esto nos traslada a una perspectiva de la subjetividad que, de manera ineludible, incluye la presencia del *Otro* en la constitución subjetiva, a lo largo de todo el devenir del sujeto. ¿Cómo vincular esta idea de presentación del *Otro* con la constitución del cuerpo?

Si partimos de pensar –como sugiere Freud (1895)– que la *experiencia de satisfacción* anuda la constitución psíquica con la emergencia del cuerpo erógeno; y tenemos en cuenta – como nos enseña la perspectiva vincular– las dos posibilidades y registros con los que el sujeto cuenta frente al *Otro*, esto es: el impacto de la presentación del *Otro*, por un lado, y la posibilidad de inscripción en el registro representacional, por otro; surgen dos afluentes de materialidad psíquica que participan en la composición del cuerpo. La presencia propiamente dicha del *Otro* que, como tal, no se conecta con ninguna inscripción previa, impacta en términos de imposición. Como decurso posible de esta presencia que aquí interesa señalar, tal imposición decanta en inscripciones inconscientes que constituyen aquello que Nasio ha denominado *cuerpo vivido* (Nasio, 2008). En la misma línea Piera Aulagnier (1975) nos permite pensar capturas de la presencia del *Otro* bajo el registro originario, modeladas psíquicamente mediante la inscripción de la presencia del *Otro* en representaciones pictográficas. Estas inscripciones psíquicas del cuerpo que escapan a la representación palabra (Freud, 1915) ubican una dimensión pulsional del cuerpo –no consciente, aunque no por ello por fuera de los

dominios de la psique— que alimenta la idea de cuerpo erógeno cuya constitución cuenta con múltiples puntos de origen a lo largo, justamente, de todo el devenir del sujeto. No sólo la instancia *yoica* se encuentra en continuo devenir mediante el proceso identificatorio que sostiene su existencia (Aulagnier, 1991a), sino que la psique en sus territorios inconscientes es abierta, en continua constitución. Entonces, el carácter abierto y complejo no sólo está garantizado por la posibilidad de resignificar lo ya inscripto, sino por la cualidad de un espacio que se funda por la inscripción e inauguración de nuevas marcas.

La sistematización que ofrece David Nasio (2008) nos permite diferenciar el *cuerpo vivido* del *cuerpo visto*. Este último se articula a partir de las representaciones e identificaciones que inauguran y establecen los límites del *Yo*. El proceso identificatorio que imprime a esta instancia una reformulación continua, cuyo juego se libra entre permanencia y cambio (Aulagnier, 1991a), enlaza al sujeto a la presencia inexorable del *Otro*. Tal proceso requiere de modelos identificatorios: otros sujetos que advienen como significativos en el interior de un vínculo. Si cuerpo e instancia *yoica*, al menos en el plano de la identificación y de la representación del *Otro*, se constituyen en el mismo proceso, entonces lo representable del *Otro* participa en las posibilidades que el *Yo* tiene de hacer inteligible el cuerpo bajo la forma de una nueva inscripción psíquica inédita hasta el momento.

La constitución psíquica nos enfrenta con el advenimiento del cuerpo en ambos planos, sólo separables para su análisis. Piera Aulagnier (1975) destaca el modo en que la *sombra hablada* participa en la constitución psíquica de dos modos: por un lado como proyección de un conjunto de enunciados identificatorios sobre el *cuerpo* del *infans*, cuya materialidad será metabolizada por las posibilidades representacionales de la psique de aquel. Aun así, nos dice la autora, algo del proceso secundario de la madre se filtra constituyendo los primeros rudimentos del espacio psíquico al que advendrá el *Yo*. Interesa destacar que el proceso secundario que participa en la estructuración de la *sombra hablada* opera como parapeto de la sexualidad y del deseo. El sello de la represión opera como tamiz que permite la implantación de la erogeneidad y de la pulsión librada de excesos. Entonces, en la teorización de Piera Aulagnier (1975), el *Otro* expone su faz de presencia, por un lado, y en sus aspectos representables, por otro lado. Ambas vertientes participan de manera conjunta en la emergencia de lo psíquico y, por lo tanto, en la conformación del cuerpo —que como venimos señalando adquiere existencia psíquica a partir del vínculo complejo entre su dimensión de inscripción representacional y su dimensión erógena: dos caras de la misma moneda. En suma, la construcción del cuerpo, en tanto inscripción psíquica, supone un proceso de metabolización de información que proviene del *Otro*, tanto de su erogeneidad como de sus enunciados identificatorios. Cabe señalar que si el *Otro* ha encarnado las operatorias necesarias para la constitución psíquica, su “huella (...), si han sido eficaces en este nivel, quedará muda. Imposible de ser recordada, pero sí articulada en las representaciones fantasmáticas del niño y sus elaboraciones simbólicas” (Delucca & Petriz, 1997:94).

Registros del cuerpo en devenir: transformación puberal y reorganización adolescente¹

“El yo es ante todo... la proyección de una superficie” (Freud, 1923:27). Bajo este enunciado Freud nos permite pensar el carácter inextricable entre lo psíquico y aquel cuerpo que, como tal, es arrebatado del campo de la naturaleza por el encuentro con el *Otro*. No se trata de una psique que habita un cuerpo que opera de envase. Se trata de lazos complejos. El cuerpo es psique y la psique es cuerpo. La pubertad constituye un escenario que atestigua este complejo ensamblaje.

La pubertad es clave en tanto hito ineludible de la constitución psíquica puesto que supone una reorganización de la sexualidad infantil: entramado pulsional que produce la dilución de lo biológico en tanto conjunto absoluto de determinaciones. Como ha señalado Freud (1905) el plano de la sexualidad instala una nueva dimensión que hace del organismo un soporte infraestructural, aunque no determinante, de aquella compleja construcción psíquica denominada cuerpo. Tomando las categorías de David Nasio (2008), consideramos a la pubertad una ocasión para la transformación del cuerpo vivido. La irrupción de las transformaciones de la morfología orgánica, junto a las nuevas demandas pulsionales, configuran un cuerpo-otro que se presenta, justamente, más allá de la representación. Sin posibilidad de un enlace con marcas previas que den sentido al carácter inédito, la novedad que desgarró la inscripción previa del cuerpo irrumpe abruptamente desde la imagen reflejada en el espejo, lo vivenciado en la carne y las nuevas demandas contenida en la mirada transformada de los otros.

El cuerpo de la pubertad nos enfrenta, entonces, con un nuevo trazado del mapa erógeno. Nuevos relieves se imponen y la segunda oleada de la sexualidad instala nuevos canales de corrientes libidinales. La pubertad no debe ser entendida como una colección de aspectos biológicos, sino como aquella presencia que se impone a pesar del sujeto. Lo ajeno brota en los escenarios de lo más próximo y familiar, es decir: aquella superficie erógena que tomada como referente identificadorio, como imagen, era sostén sólido y consistente del Yo. Repetimos el aporte de Freud, “El yo es ante todo... la proyección de una superficie” (Freud, 1923:27). Tal cimbronazo exigirá un trabajo por parte del Yo en crisis. Donde el nuevo mapa erógeno, aquel cuerpo de la pubertad, deberá ser capturado y sostenido por la historia del sujeto. El cuerpo que se recompondrá como trabajo de elaboración simbólica, depende de la puesta en marcha del *proceso identificadorio* (Aulagnier, 1991a). El cuerpo de la adolescencia, por llamarlo de algún modo que refleje la inscripción del cuerpo producto del trabajo yoico de elaboración simbólica, responde al entramado representacional donde el Yo se transforma en función de la novedad. Esta diferenciación entre cuerpo de la pubertad y cuerpo de la adolescencia, correlativa a las categorías de *cuerpo vivido* y *cuerpo visto*, así como a las categorías propuestas por la teoría vincular de *presentación* y *representación*, son sólo válidas para la comprensión de la complejidad del fenómeno en cuestión. Ambos registros del cuerpo se

¹ El presente apartado se propone exponer las ideas fundamentales del presente capítulo en un momento específico del devenir.

imbrican en aquella construcción compleja del cuerpo en tanto *historia libidinal e identificatoria* (Aulagnier, 1986).

Si la constitución del psiquismo no puede ser pensada por fuera de un vínculo, entonces el *Otro* humano participa, en su dimensión deseante, en la alteración pulsional del organismo biológico que da origen al cuerpo. Las satisfacciones del cuerpo libidinal se experimentan apuntaladas sobre funciones orgánicas que, en el ámbito de lo humano, permanecen con su legalidad como requerimiento para la conservación de la vida, pero que, sin embargo, son capturadas por los circuitos pulsionales. Las metamorfosis de la pubertad conllevan una transformación del cuerpo de la adolescencia cuando los nuevos circuitos del placer se vuelven perceptibles al *Yo* infantil, impactan en la estructura y convocan nuevos sentidos para significar la propia experiencia. ¿Cómo integrar la sexualidad reorganizada a una imagen corporal en transformación debido al proceso de historización adolescente? Sin dudas se trata de un complejo proceso cuyo despliegue debe ligar los montantes libidinales propios de lo puberal con nuevas representaciones vinculadas a la construcción de una imagen que se vuelva soporte del *Yo*. Después de todo –como no nos referimos a los órganos anatómicos sino al cuerpo erógeno, sexuado, capaz de goce– el cuerpo al que nos referimos sólo se constituye en las redes de una historia (Aulagnier, 1991a; Hornstein, 2008).

Lo intersubjetivo y lo intrasubjetivo: el lugar del *Otro* en la inscripción del cuerpo

Los procesos, profundamente implicados, de representación del cuerpo, por un lado, y la constitución del cuerpo como superficie erótica, por otro, suponen una localización que, en el plano de lo intrapsíquico, compromete varios territorios de la tópica. Sin embargo el *Otro*, erogenizante y referente identificatorio que opera a modo de prótesis psíquica, hace del cuerpo un espacio que hunde sus raíces en el encuentro con el cuerpo del otro². El cuerpo encuentra su afluente, en última instancia, en el espacio de lo vincular.

Philippe Gutton (1993) plantea el concepto de *seducción generalizada* para dar cuenta de los lazos libidinales recíprocos entre *Otro* e *infans*. A partir de las elaboraciones de Piera Aulagnier (1975), el autor introduce en aquella dimensión erógena las consecuencias identificatorias en el advenimiento del *Yo* del *infans*. Tanto los enunciados identificatorios como los dones libidinales que provienen del *Otro* constituyen el complejo basamento que sostiene la inscripción psíquica del cuerpo y la vida psíquica misma. Piera Aulagnier (1975) enfatiza la vinculación indisoluble entre afecto y representación, y así subraya el modo en que la actividad de representación permanece ligada al afecto y a la posibilidad de investidura; pero también a la presencia del *Otro*, quien, según Aulagnier, cobra existencia psíquica por su poder de modificar la respuesta sensorial y, de este modo, generar experiencia psíquica. El cuerpo, en el

² Aprovechamos la confusión del enunciado respecto a una clara localización del cuerpo del *Otro* y el cuerpo del *Infans* para dar cuenta de la construcción vincular tanto del cuerpo del *Otro* como del cuerpo del *Infans*.

pensamiento de Piera Aulagnier, adquiere relevancia por su carácter de mediador (Aulagnier, 1991b). El cuerpo pone en contacto dos psiques³, por un lado, y la psique y el mundo, por otro.

Como fuere, es preciso destacar, una vez más, la presencia constitutiva del *Otro* en la escena psíquica. Si el *Yo* adviene mediante la imposición de un fragmento de discurso que proviene del *Yo* del *Otro*, y si entendemos que tal fragmento de discurso no es otra cosa que un conjunto de enunciados identificatorios, entonces el *Yo* se enlaza a múltiples *otros* a lo largo de su devenir como requerimiento para su reformulación continua. El plano erógeno nos muestra lo mismo. El *infans* experimenta placer en su cuerpo aún indiferenciado –en términos de una representación unificante que instituya los límites del yo– del cuerpo del *Otro*; sin embargo el autoerotismo, señala Gutton (1993), contiene el signo del objeto que otorgó ese placer. En esta línea la perspectiva de Jessica Benjamin (1997) permite pensar cómo la pulsión cobra cabal existencia en el espacio intersubjetivo. En suma, es posible pensar la marca de la presencia del *Otro*, aún tras aquellos modos de funcionamiento más acéfalos de la sexualidad humana: la pulsión.

El nuevo acto psíquico (Freud, 1915) que captura al autoerotismo e inaugura al narcisismo, también corresponde a la función libidinal del *Yo* parental. Es este entrecruzamiento de miradas con el *Otro* –*verse mirado por el Otro*–, lo que garantiza el reconocerse en la imagen especular con la posibilidad de desviar la mirada de la propia imagen (Lacan, 1936) para dirigirla hacia los objetos del mundo circundante, con la concomitante emergencia del *Yo*. Lo paradójico es que el cuerpo, soporte y referente identificatorio para la constitución del *Yo*, se eleva, a la vez, al rango de primer objeto investido por el *Yo*, al mismo tiempo que tal instancia emerge con tal investidura. Por tanto no es posible ordenar al *Yo* y al cuerpo, en tanto imagen unificante, bajo una secuencia causal, ambos se articulan en el mismo proceso. El *Yo* busca señales durante la mirada de su propio cuerpo que le aseguren qué lugar ocupa para el *Otro*, y así aparece una doble vía de investidura del cuerpo por parte del *Yo* emergente: por un lado, la del placer en la experiencia del cuerpo-a-cuerpo con el *Yo* parental, por otro, la del discurso que el *Yo* parental mantiene sobre el cuerpo del *infans*; de allí que las inscripciones corporales erógenas del *infans* se ligan al encuentro sensorial con la imagen del cuerpo sostenido por la mirada del *Otro*. Así el cuerpo como objeto erótico, vinculado al cuerpo como imagen unificante, no es ajeno al vínculo que instituye tal proceso.

Insistimos en la diferencia entre *organismo biológico* y *cuerpo erógeno*. Este último alude a un más allá de la naturaleza, cuerpo investido, sentido y visto. Las inscripciones de las experiencias erógenas sostienen una vivencia corporal. Luego del advenimiento del *Yo*, la identificación con la imagen especular reorganiza aquellas experiencias, aunque jamás

³ En este punto vale la pena hacer mención a lo que podríamos denominar efectos recíprocos del cuerpo como presencia. Enfatizando el polo de vínculo menos tematizado a la hora de pensar la constitución subjetiva como efecto de la presencia del otro, hacemos alusión a que

antes de devenir el yo, ya el *infans* propone al investimento de la madre su cuerpo, prestándose a ser conformado por sus enunciados identificatorios. Su realidad corporal (anatómica, fisiológica y morfológica) marcan un límite a la omnipotencia materna y la hacen dudar acerca de su convicción de conocer las necesidades del *infans*, de adivinar las respuestas que él espera. Convicción que habrá sido esa ilusión necesaria, sin embargo, para que ella pueda anticipar al yo que habitará ese cuerpo (Hornstein, 2008:37).

devengan conscientes –después de todo, aquellas inscripciones producto del cuerpo vivido, conforman la *imagen inconsciente del cuerpo*. Señala Françoise Dolto (2005):

La imagen del cuerpo (...) es propia de cada uno: está ligada al sujeto y a su historia. (...) La imagen del cuerpo es eminentemente inconsciente.

La imagen [inconsciente] del cuerpo es la síntesis viva de nuestras experiencias emocionales: interhumanas, repetitivamente vividas a través de las sensaciones eróticas electivas, arcaicas o actuales. Se la puede considerar como la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante y ello, antes inclusive de que el individuo en cuestión sea capaz de designarse por el pronombre personal Yo (...). La imagen [inconsciente] del cuerpo es a cada momento memoria inconsciente de toda la vivencia relacional, y al mismo tiempo es actual, viva, se halla en situación dinámica, a la vez narcisística e interrelacional ... (Dolto, 2005:21).

Si la imagen del cuerpo conforma el *Yo*, instancia que enuncia *tener* un cuerpo; la erogeneidad propia del cuerpo vivido otorga la sensación vitalizada de *ser*. Por su parte, Piera Aulagnier permite deslindar el modo en que, una vez advenido, el *Yo* se encontrará con el cuerpo-placer y con el cuerpo-sufrimiento como su *propiedad*. Incluso, y más importante aún, devendrán experiencias del cuerpo vivido que instituyen la matriz inconsciente que sostiene la vida psíquica misma. Aunque permanecen inconscientes, aquellas marcas se reorganizan en función de la representación del cuerpo unificado correlativa al advenimiento del *Yo*. Como no puede ser de otro modo, el cuerpo resulta ser primera posesión del *Yo*, pues tomado como objeto investido constituye un referente identificatorio y narcisista inicial abierto al juego de la reformulación continua.

Los aportes del psicoanálisis demuestran que la representación del cuerpo responde a una construcción cuya complejidad queda eclipsada por el reconocimiento que el *Yo* es capaz de realizar, pues su captura consciente elide –no puede ser de otro modo– parte del proceso de su constitución. Aun así somos capaces de iluminar teóricamente el proceso y deslindar cómo tal representación resulta del compuesto de dos imágenes indisociables: aquella que proviene de las experiencias corporales y la imagen especular. Sentir/vivir los ritmos del cuerpo y verlo/verse mover descentrado del lugar del *Otro*.

Lo transubjetivo: discurso del conjunto social y función ordenadora

¿Cómo participa el conjunto social en la construcción del cuerpo como inscripción psíquica?

Piera Aulagnier (1975) señala que el sujeto se constituye al interior de un microambiente, espacio en el cual el *Yo* puede advenir. Para la constitución subjetiva no sólo cuenta la propia actividad de representación inaugurada por el encuentro con la historia libidinal e identificatoria de la pareja parental (dimensiones intra e intersubjetivas), sino también lo que transcurre en el

ámbito social y cultural. El discurso parental debe tomar en cuenta la ley a la cual ellos mismos están sujetos. Al participar en la constitución subjetiva el registro socio cultural adquiere una función metapsicológica. Para dar densidad teórica a esta idea, Piera Aulagnier refiere al concepto de contrato narcisista. Nos dice,

El contrato narcisista tiene como signatarios al niño y al grupo. La catectización del niño por parte del grupo anticipa la del grupo por parte del niño. En efecto, hemos visto que, desde su llegada al mundo, el grupo catectiza al *infans* como voz futura a la que solicitará que repita los enunciados de una voz muerta y que garantice así la permanencia cualitativa y cuantitativa de un cuerpo que se autorregenerará en forma continua. En cuanto al niño, y como contrapartida de su catectización del grupo y de sus modelos, demandará que se le asegure el derecho a ocupar un lugar independiente del exclusivo veredicto parental, que se le ofrezca un modelo ideal que los otros no pueden rechazar sin rechazar al mismo tiempo las leyes del conjunto, que se le permita conservar la ilusión de una persistencia atemporal proyectada sobre el conjunto y, en primer lugar, en un proyecto del conjunto que, según se supone, sus sucesores retomarán y preservarán (Aulagnier, 1975:164).

El contrato narcisista, entonces, tiene como signatarios al *infans* y al grupo. El niño demandará que se le asegure el derecho a ocupar un lugar por fuera de las redes del exclusivo veredicto parental. La relación de las instancias parentales con el *infans* encuentra los ecos de la relación de la pareja parental con el medio social al que pertenecen. Si la sombra hablada refiere al discurso de la pareja parental que anticipa y precatectiza, incluso antes del nacimiento del *infans*, la propuesta identificatoria que participará en la constitución del Yo, dichas identificaciones conforman enunciados que, teniendo en cuenta el doble sentido de porta voz de quien los enuncia, producen un anudamiento constitutivo entre *infans* y el conjunto social (Aulagnier, 1975). El discurso parental también anticipa, entonces, el sitio que el *infans* ocupará en el discurso social. Los enunciados identificatorios ofrecidos al *infans* entrañan ideales sociales que suponen, implícitamente, la esperanza de que el *infans* reproduzca el modelo socio cultural vigente. El *infans* requiere para su constitución subjetiva hallar en el discurso social aquellas referencias identificatorias que le permitan proyectarse a futuro, para que al alejarse del soporte que le proporciona la pareja parental no pierda el soporte identificatorio del discurso social requerido.

La lógica del conjunto opera como un marco referencial más amplio que el microambiente del discurso parental. Esta dimensión permite pensar al nuevo ser como un eslabón más en una cadena generacional. Esta prehistoria marca su llegada a un lugar preexistente al interior de la estructura del parentesco. La articulación subjetiva y el despliegue identificatorio que entreteje su historia transcurre en un espacio que anuda un orden simbólico, cuya legalidad excede al sujeto, y la historia que cada sujeto construye, cuya trama revela la apropiación singular, el propio sello, cuyos márgenes de movilidad deben permanecer dentro del espectro habilitado por la legalidad y la lógica del conjunto.

Por grupo social Piera Aulagnier entiende al conjunto de las voces presentes. Sin embargo, en la línea de Castoriadis (1997), la autora no entiende que se trate de una sumatoria de sujetos, de un cara a cara indefinido. Se trata de un conjunto integrado por enunciados (místicos, sagrados o científicos) que dependen de cada cultura, cuya contenido debe dar cuenta de los fundamentos del grupo social, esto es: la realidad del mundo, la razón de ser del grupo social y el origen de sus modelos. Los *enunciados del fundamento* transmitidos y recibidos operan en la constitución del sujeto como *palabras de certeza*. Esto produce anudamientos constitutivos entre campo social y espacio psíquico, y así el modelo social es catectizado mediante los ideales que cada uno de sus miembros asume para poder proyectar su devenir identificatorio a futuro.

El contrato narcisista, entonces, constituye un pacto de intercambio entre el sujeto y el grupo social. El grupo espera y exige que el sujeto repita aquello que enunciaba la voz de sus predecesores para asegurar la permanencia y la inmutabilidad del conjunto. El grupo garantiza al sujeto reconocimiento y pertenencia. Si el sujeto asume el compromiso de repetir el discurso social es porque allí reside el soporte para su libido narcisista que el conjunto le ofrece. El propio funcionamiento psíquico necesita de tal soporte, pues el despliegue de un proceso identificatorio que abrace la posibilidad de autonomía de pensamiento requiere la investidura de ideales enmarcados en el discurso del conjunto.

Diremos, entonces, que aquello que Piera Aulagnier (1975) denomina sombra hablada no pertenece, en todos sus sentidos, a la construcción de un sujeto singular. Y es así que, su valor estructurante respecto a la psique del *infans* radica en su inclusión en las leyes del conjunto. El conjunto social participa, de este modo, en la regulación de la libidinización que circula en aquellos primeros vínculos constitutivos. La represión que organiza el discurso del *Otro*, y que opera como tamiz para evitar excesos en la implantación de la pulsión en el organismo, instala los precursores de la diferenciación respecto a un *Otro*. El lugar de terceridad propio de la Ley simbólica que regula al conjunto social, instala, en la escena psíquica, los límites del cuerpo con respecto al cuerpo del *Otro*, como representación diferenciada, cuyas raíces se encuentran en la regulación de la sexualidad. El cuerpo emerge por la regulación propia de la ley de prohibición del incesto. El cuerpo aparece, entonces, como representación diferenciada con un inevitable malestar que genera la cultura (Freud, 1930).

El conjunto social participa en la construcción del cuerpo en las dos vertientes o registros ya señalados. Por un lado, la ley que organiza lo prohibido y lo permitido en el campo simbólico regula la circulación de la sexualidad en la erogoneización que se produce en el contacto libidinal con el *Otro*. Es decir, el modo en que la inscripción de la ley simbólica se entrama de manera compleja en el amparo y sostén que brinda el *Otro* permite pensar la presencia de lo cultural y su relación simbólica en el proceso mismo de constitución del cuerpo, en tanto vivencia librada de exceso. Después de todo,

Como efecto de la acción protésica de la madre que ofrece su pecho al *infans*, de los encuentros y desencuentros, de las experiencias de placer y sufrimiento, se inscribirán esas primeras marcas fundantes (BEHAJUNG) que ya suponen la incidencia de lo simbólico en un doble sentido: porque el

universo simbólico, significativo, precede a este sujeto que llegará a ser, y porque aquello que se inscribe es desde el comienzo efecto de una ausencia, de lo que no encontró en la satisfacción de la necesidad, de lo inasimilable de la “cosa madre”. De allí en más se irán diferenciando sus circuitos específicos: el del cuerpo-organismo y el del cuerpo pulsional (Delucca & Petriz, 1997:90-91)

Por otro lado, las representaciones y las identificaciones que las instancias parentales ofrecen en los primeros tiempos de la vida psíquica, no sólo participan en la conformación del Yo/cuerpo sino que, en tanto enunciados identificatorios, pertenecen al discurso del conjunto, es decir circulan dentro del espectro de las significaciones imaginarias sociales.

El concepto de contrato narcisista permite pensar los componentes libidinales que vinculan al sujeto con el entorno social. El mismo Freud (1914) menciona que la libido se deposita sobre partes del cuerpo, y ese mismo movimiento de investidura da origen psíquico a la parte corporal catectizada. Al mismo tiempo, como ya se ha enfatizado, Freud (1923) entiende el surgimiento del Yo como la proyección de una superficie, de modo que el cuerpo mismo representa la superficie del Yo. Por otra parte, Lacan (1949) propone una concepción del cuerpo en relación con la idealización e identificación con la imagen especular como totalidad. Los enunciados identificatorios, en tanto pertenecientes al discurso del conjunto, preceden al Yo. Entonces la imagen externalizada que confiere y produce los contornos corporales adquiere significación sólo cuando es sostenida por significaciones imaginarias sociales, pues sólo así adquiere carácter ideal y se torna referente identificatorio. Después de todo, la mirada del Otro significa la percepción del *infans* frente al espejo, representa una mirada que contiene la lógica del conjunto. Si lo social es constitutivo de la subjetividad, la mirada del Otro, incluso la propia mirada, da cuenta de la lógica del conjunto. Es preciso recordar que, posteriormente a su propuesta inicial del Estadio del Espejo, Lacan reformula sus ideas al respecto para agregar una variable no menor. El Yo no está solo en el espejo. El recorrido identificatorio se dirige a la imagen como referente debido a que se encuentra presente la mirada y el reconocimiento de Otro. La mirada y el deseo del Otro adquieren el poder para confirmar la identificación fundante del Yo. El carácter social de la subjetividad, y la participación de su mirada en el circuito identificatorio que participa en la instauración del Yo/cuerpo del *infans*, anuda el funcionamiento de la identificación con el campo social, en donde la mirada del Otro también opera como un espejo –aunque esta vez en el registro simbólico– en el que el sujeto busca el espectro provisto de reconocimiento en donde dirigir sus identificaciones.

La imagen especular que ve el *infans* es una representación imaginaria que confiere integridad y coherencia a su propio cuerpo. El espejo no refleja un Yo preexistente, sino que suministra el marco, la frontera, delineación espacial para que pueda elaborarse proyectivamente el Yo. Tal marco, frontera y delineación espacial no son tales por fuera de las significaciones imaginarias del conjunto social.

Reflexiones finales

A modo de reflexión final, nos interesa realizar algunas consideraciones. El *cuerpo* como inscripción psíquica –y no como puro organismo biológico– implica una construcción: complejo proceso que involucra mecanismos, modos de funcionamiento, actividad representacional en diferentes registros, aspectos dinámicos, económicos y conflicto psíquico. También involucra al *Otro* humano, no como objeto de la fantasmática interna, sino como sujeto igual, como centro autónomo de experiencia (Benjamin, 1997), cuya presentación despliega una imposición de sentidos –afluente de nuevas inscripciones– que sólo encuentran su lugar en el espacio de lo vincular. Asimismo cualquier inscripción del cuerpo no puede pensarse por fuera de la legalidad simbólica de la cultura y del discurso que instituye lo social como marco de subjetivación.

Debemos realizar un intento de abordar la categoría de cuerpo en un espacio en donde se entrecrucen la posibilidad de pensarlo como un contenido psíquico en continua transformación, también como un espacio que nos diferencia del *Otro* y, al mismo, tiempo tiende puentes hacia otros sujetos instalando un *nosotros* –más allá del uno+uno–, en tanto dimensión que resulta constitutiva de los sujetos que lo integran, y en tanto sustrato que cobra inteligibilidad a partir de arreglos sociales y hace de cada sujeto un decantado de la cultura bajo el sello de la singularidad.

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1986). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1991a). Los dos principios del funcionamiento identificatorio, permanencia y cambio. En L. Hornstein y otros (comp.). *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- (1991b). Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En L. Hornstein (comp.). *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- (1994). *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós.
- (1997). *Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. (2008). *Devenir otro con otro(s). Ajenidad, presencia, interferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- & Puget, J. (1997). *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia. Encrucijadas del laberinto IV*. Buenos Aires: Eudeba.
- Delucca, N. (2006). Hacia una reformulación crítica del criterio evolutivo. En *Psicología*. Publicación de circulación interna. La Plata.

- & Petriz, G. (1997). *Cuerpo y devenir, recorrido de su significación*. En *Acto y cuerpo*. Buenos Aires: J.V.E. Psiqué.
- Dolto, F. (2005). *La imagen inconsciente de cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1895/1979). Proyecto de una psicología para neurólogos. En *Obras Completas*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1905/1979). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1914/1979). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1915/1979). Lo Inconsciente. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1921/1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1923/1979). El yo y el ello. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1930/1979). El malestar en la cultura. En *Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.
- Hornstein, L. (2008). La subjetividad y lo histórico social: hoy y ayer, Piera Aulagnier. En L. Hornstein (comp.). *Proyecto Terapéutico. De Piera Aulagnier al psicoanálisis actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966/1988). El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, en *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Levi Strauss, C. (1991). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Lewkowicz, I. (1997). Historización en la adolescencia. *Cuadernos APdeBA N°1*: 109-126.
- Nasio, D. (2008). *Mi Cuerpo y sus Imágenes*. Buenos Aires: Paidós.

SEGUNDA PARTE

AUTOORGANIZACIÓN PSÍQUICA Y PROCESOS ELABORATIVOS

CAPÍTULO 3

Vínculo amoroso como ocasión para la reorganización psíquica y el hacer con el otro

*Carolina Longás, Mariana Muñoz Castiñeira,
Paula Cangrán, Lucía Tack*

Según el Diccionario de Autoridades la llama es 'la parte más sutil del fuego, que se eleva y levanta a lo alto en figura piramidal'. El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor. Erotismo y amor: la llama doble de la vida.

OCTAVIO PAZ, LA LLAMA DOBLE.

Presentación

Nos proponemos pensar en el vínculo amoroso y sus avatares en el momento sociohistórico actual. Esto nos lleva a establecer una articulación entre la metapsicología, los conceptos teóricos que aluden a la estructura del amor, del deseo y las representaciones sociales o significaciones imaginarias epocales. Tomaremos los ejes teóricos que aluden a lo que permanece vigente para abordar la temática y aquello que se presenta en este tiempo, interrogando y poniendo en cuestión los desarrollos tradicionales. Las representaciones de la pareja se han ido transformando en el devenir histórico y cada cultura se propone un ideal de pareja.

Para tal fin pondremos a conversar a los autores clásicos con fuentes bibliográficas y viñetas actuales que dan cuenta de la complejidad y novedad de las presentaciones amorosas.

¿Qué se juega en la pareja? Esta pregunta nos remite a conceptualizaciones tales como amor, deseo, pulsión, narcisismo, ideales, entre otros términos.

La dimensión cultural la tomaremos en cuenta a modo de marcas de lo transubjetivo que constituyen los vínculos. Lo sociohistórico propone una organización de la pareja y la regla. También lo jurídico forma parte de este ordenamiento, abarca cuestiones como: las uniones de hecho y los matrimonios igualitarios.

El sujeto enamorado: conceptualizaciones freudianas

El maestro vienés se ha interrogado respecto a los motivos que hacen que un sujeto traspase los límites del narcisismo y ponga la libido sobre los objetos (Freud, 1914). Pregunta que podemos sostener y a su vez complejizar en los devenires subjetivos y encuentros actuales.

La respuesta que dimana de nuestra ilación de pensamiento diría, de nuevo, que esa necesidad sobreviene cuando la investidura *{Besetzung}* del yo con libido ha sobrepasado cierta medida. Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar (Freud, 1914:82).

Sostenemos este argumento que enfatiza el factor económico en la constitución psíquica. Todo encuentro con el otro es ocasión para la complejización de la estructura. Ocasión para, no garantiza que eso ocurra. Dependerá del trabajo psíquico y vincular que el sujeto y los sujetos vinculados puedan llevar a cabo.

Definiremos el primero de los términos, *trabajo psíquico*, para luego en el desarrollo de este capítulo dar cuenta de lo que entendemos por *trabajo vincular*.

Entendemos que el concepto de trabajo, siguiendo a Rodolfo (2005) es un concepto nuclear en psicoanálisis. *Exigencia de trabajo*, como Freud dice de lo pulsional, para el psiquismo; que si bien lo remite a la cuestión puberal lo podemos pensar en esta temática. Podemos recordar el *trabajo* del sueño, el *trabajo* del duelo, para pensar el *trabajo del amor*.

El concepto de trabajo le restituye al sujeto algo que le pertenece, su propia actividad. Y esto cobra relevancia al pensar en las vicisitudes que se juegan en los vínculos amorosos. El sujeto recobra algo entonces de su singularidad, de su subjetividad con el trabajo psíquico, al mismo tiempo que su estructura se complejiza en el encuentro, con ese lazo particular. Trabajo de ligar, ligazón libidinal, todo el trabajo de la representación al que aludiremos al abordar la conceptualización de Aulagnier. Religar, desligar y volver a ligar de un modo distinto (Rodolfo, 2005). Y también el trabajo de tolerar aquello que no se anuda, no se representa, quedando por fuera y a su vez interfiere y afecta. La ajenidad y la presencia del otro (Berenstein, 2004).

Uno de los trabajos psíquicos que cobra relevancia en el encuentro con el otro en la pareja es “el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar” (Rodolfo, 2005:156). Es decir si el sujeto pudo investir de un modo privilegiado a objetos - sujetos por fuera del ámbito familiar y realizar el trabajo de duelo inacabado y nunca terminado de la renuncia a los objetos primarios de deseo para dar lugar a los exogámicos. A lo que se articula también el asesinato simbólico de los padres (Winnicott, 1971).

La película irlandesa *Brooklyn* (2015) muestra magníficamente este pasaje. La protagonista realiza todo un proceso elaborativo y en una de las escenas finales, abrazando a su pareja enuncia: “es apartándome del pasado como puedo encontrarme en casa”. Frase que da cuenta

del trabajo de duelo. Sobreinvestidura de las escenas y representaciones pasadas y a su vez la catectización de las experiencias vinculares nuevas.

En *Tres ensayos de teoría sexual*, –apartado 5: *El hallazgo de objeto de Las metamorfosis de la pubertad*–, Freud (1905) nos explicita que al mismo tiempo que se llevan a cabo los procesos de la pubertad, la afirmación del primado de las zonas genitales, desde el lado psíquico, se consuma el hallazgo de objeto, preparado desde la más temprana infancia. Y nos advierte más adelante en su obra, al explicar el trabajo que el duelo opera, que “universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma” (Freud, 1917:242).

Puntos nodales de la obra freudiana que remiten a lo que entendemos por procesos psíquicos, temporalidad lógica que se entrama con la temporalidad madurativa y cronológica. Pasaje retroactivo por marcas pasadas y fundación de otras nuevas en el encuentro con el otro. Marcas que ingresan al aparato psíquico en uno o varios registros posibles tal como lo describe Freud en la correspondencia a Fliess, Carta 52 (1896). Esto se articula con la idea de una estructura psíquica abierta a los cambios, a lo por venir, donde se entrama lo determinado y lo azaroso y el acontecimiento adquiere relevancia.

En *Contribuciones a la Psicología del amor*, Freud (1910) realiza aproximaciones a las condiciones para el goce. Resalta que los objetos de amor pueden sustituirse unos a otros tan a menudo que se llegue a la *formación de una larga serie*; el rasgo arma la serie. Freud nunca habla de condiciones universales. No existe una condición erótica universal para el hombre y la mujer.

En el apartado *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*, Freud (1910) plantea las condiciones de elección de objeto y la conducta del amante hacia este. Establece que en el hombre la elección se puede realizar bajo determinados parámetros: el tercero perjudicado y la liviandad de la mujer, a la que se articulan los celos y el rescate de la amada. Explica el origen psíquico de dicha elección de objeto y del proceder del amante, remitiendo a la trama edípica infantil. Puntualiza las problemáticas que encuentra en el hombre para gozar. El hombre goza más con la mujer de otro:

- ✓ Hacerle sentir celos a otro hombre. Apuntan al peso del Edipo.
- ✓ Sentir celos: que la mujer no sea todo para él.

En ambas situaciones está presente un rival. Hay una rebaja de goce con la mujer que se ama. Disociación que plantea en: *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* (1912): la madre y la prostituta. Desarrolla en este escrito el síntoma de la impotencia psíquica. Puntualiza la dificultad de que las dos corrientes psíquicas se entremen en un mismo objeto: se ama a la madre (y su representación proyectada) y se desea a la prostituta.

En el amor entonces, se juega un valor. A mayor valor en el plano del goce, menor valor en el plano del amor. Se goza más con aquella que no se idealiza. Se ama a lo que se idealiza.

En *Enamoramiento e hipnosis*, Freud (2014) plantea las características del enamoramiento: la sobrestimación sexual y la idealización. La *sobreestimación sexual*: corriente sensual, valor del objeto como ideal sexual. El otro tiene una condición erótica que lo constituye en ideal sexual. Y la *idealización del objeto*: corriente tierna, idealización de la persona. El otro tiene un rasgo que sería de la mayor valorización para mí (ideal del yo).

En *El Tabú de la Virginidad* Freud (1918) da cuenta de la esencia de la monogamia. Alude a la exigencia de que la novia no traiga al matrimonio el recuerdo del comercio sexual con otro hombre. Aplicación consecuente del derecho de propiedad exclusiva sobre una mujer extendida hacia el pasado. El texto revé como culturas anteriores abordaban la virginidad y rastrea tres factores que hacen a este tabú. El primero es el horror a la sangre, el segundo es la angustia ante lo desconocido, y por último, que el tabú de la virginidad pertenece a una vasta trama en la que se incluye la vida sexual entera. Los rituales de desfloración de la mujer antes de la noche de bodas, reales o simbólicos, se hacían por el tabú de la sangre y el miedo del hombre a la retaliación y a la castración.

Freud concluye que la desfloración no tiene sólo la consecuencia cultural de atar duraderamente la mujer al hombre sino que desencadena también una reacción anárquica de hostilidad al varón, que puede cobrar formas patológicas, exteriorizarse con mucha frecuencia en fenómenos inhibitorios de la vida amorosa matrimonial, y a la que es lícito atribuirle el hecho de que unas segundas nupcias sean a menudo más felices que las primeras. El extraño tabú de la virginidad, el horror con que entre los primitivos el marido esquiva la desfloración, hallan su justificación plena en esta reacción hostil.

Lacan, en términos de Miller (1989), además de lo edípico toma la cuestión del símbolo fálico como significante. Aquello que se aspira como completud es igual para los dos sexos, que se buscan en el otro, vivencia de lo Uno. El otro va a completar. Poner al otro en el lugar del ideal del yo. En Freud la perspectiva del otro es como objeto. Predomina en su recorrido la representación, el plano imaginario del amor. El plano sexual del otro, el otro como objeto parcial, plano del goce pulsional, implica al cuerpo. Lo situamos teniendo en cuenta los registros, entre lo imaginario y lo real. El plano imaginario del amor supone que le adjudiquemos atributos desde el narcisismo. Predomina la representación idealizada de mi propia identidad, captada en otro. Amo la imagen de mí mismo en el otro. El plano simbólico implica asumir un sexo uno (incompletud, castración simbólica). Desde el pensamiento de la diversidad agregaríamos a estas reflexiones, asumir una posición sexuada como sujeto, ante otro también sujeto de deseo. En el plano imaginario el otro sigue siendo objeto, plano identificatorio (el otro como semejante). Lo simbólico me permite asumir al otro como diferente. Me permite intercambiar con el otro, le hablo. Lo Real, el goce: tiene que ver con lo ajeno. No lo puedo abarcar. Existen goces diferentes, hay algo de goce que puede decirse.

Freud plantea el placer en la satisfacción del orgasmo, goce no todo. El goce absoluto es imposible. Búsqueda de la fusión con el otro. El absoluto que no es, funciona para empujar al placer. Sitúa la pulsión como tensión constante, motor del deseo. La fantasía permite anudar lo pulsional con el goce. Se ha construido sobre el cuerpo del otro

Diferencia entre lo que buscamos y lo que encontramos. El otro no es sólo objeto. El otro se presenta, es una otredad, alteridad. El otro como sujeto: operatoria del amor. El otro me sorprende con lo nuevo y con la repetición.

De este modo, Freud aborda en sus trabajos la metapsicología del sujeto enamorado, otros autores a partir de poner el acento en el concepto de intersubjetividad, enfatizan lo que ocurre en el *entre dos* del vínculo (Aulagnier, 1994; Benjamin, 1997; Badiou, 2001; Berenstein, 2004, 2007).

Las conceptualizaciones tradicionales sobre lo que ocurre en el sujeto y en el vínculo, mantienen su relevancia, a su vez que invitan a su revisión, a su deconstrucción. Seguimos en este punto las enseñanzas de Derrida (2003) respecto al proceso de deconstrucción¹ de una teoría, que nos habilita a *dejar caer* unos sentidos, para inaugurar otros y no obstante, retener conceptualizaciones fecundas que siguen permitiendo pensar en nuevas combinatorias (Delucca, 2010).

La relación amorosa: Piera Aulagnier

En *Los destinos del placer* Piera Aulagnier (1979) reflexiona acerca de la relación del yo con la realidad, con el campo pulsional, con el cuerpo, con la búsqueda de la verdad, con el conflicto que implica la confrontación con el yo del otro; maniobras del yo, al servicio de la búsqueda de una prima de placer por sobre el sufrimiento. Alienación, amor y pasión son tres respuestas o destinos posibles.

Diferencia dos tipos de relaciones: las simétricas y las asimétricas. Nos detendremos en primer lugar en la relación amorosa o de simetría.

En el análisis de la relación amorosa (...) he intentado demostrar el compromiso que el amante está obligado a preservar entre placer y sufrimiento, entre catectizaciones privilegiadas y su posibilidad de cambiar de objeto, entre el yo pensado y el cuerpo que él habita, entre el placer de gozar de su pensamiento y el de gozar de su cuerpo: compromisos en los cuales no podría preservar su investimento de la realidad. (Aulagnier, 1976:17).

En el análisis que hace Aulagnier de las catectizaciones propias de la **relación amorosa** que vincula a los dos yoes, va desglosando una serie de conceptos. De este modo llama **representación ideica** *yo-yo del otro* al *encuentro pensado*, y a la relación vivida durante su cara a cara y su cuerpo a cuerpo en la realidad, *encuentro vivido*. Otorga dos funciones a esta representación ideica, por un lado asegurar un soporte a la libido en los momentos de ausencia del otro real. Y también proporcionar a la catectización una relativa estabilidad durante momentos conflictivos, a condición de que el conflicto no supere cierta intensidad o periodicidad. Plantea un carácter específico de la representación ideica: su *decibilidad*, su posibilidad de ser puesta en palabras, de ser comunicada. La representación ideica es una construcción psíquica que se pliega a las leyes del lenguaje y del proceso secundario.

Toma la metáfora freudiana de la ameba y sus pseudópodos, aplicada al narcisismo, en el registro del yo, diciendo que los hilos, los lazos que parten de un yo hacia el yo del otro son ante todo *lazos verbales*. Las emociones experimentadas en el encuentro vivido: una mirada,

¹ *Deconstrucción* es un término tomado de la Arquitectura, refiere a descomponer una estructura. Roudinesco aclara que "en la definición derridiana, supone deshacer, sin destruirlo jamás, un sistema de pensamiento hegemónico o dominante (...) con fines de reconstrucciones movibles" (Roudinesco, 2003:9)

una sonrisa, un razonamiento, crean la espera de una palabra deseada y de la que uno desea formular. Combinatoria de los procesos intrapsíquicos e intersubjetivos a partir de la exigencia de la comunicación.

El vínculo entre la relación pensada y el yo del otro da cuenta de una *distancia* necesaria e inevitable que obliga al yo a un trabajo psíquico. Es decir el yo, durante la presencia del otro, catectiza al yo real y coloca en segundo término al yo pensado. En términos freudianos, cómo pasar de la idealización que supone todo enamoramiento (relación del yo con su pensamiento catectizado) a dar lugar a la situación de encuentro que implica ir más allá de nuestro mundo representacional.

Esta distancia a la que aludimos se da a condición de que opere un *momento de confluencia*, durante el encuentro, por fugitivo que sea, es necesario que el yo pensado se refleje en el yo real. Confluencia entre el representante psíquico y el objeto que se presenta y lo representa en la escena de la realidad.

La *reciprocidad* y la *interdependencia* son dos características fundamentales de la relación amorosa para Aulagnier. Poder amar exige la *catectización privilegiada* del yo del otro. Es decir el yo debe poder diversificar y preservar cierto número de *destinatarios de sus demandas* de placer, no sexual. Libertad de desplazamiento, movilidad de las catectizaciones que le aseguran la posibilidad de recuperar placeres que le permitan soportar el sufrimiento ligado al conflicto que le opone al amado.

La autora analiza las condiciones que deben darse en el yo como instancia psíquica para que acceda al yo del otro en una relación de amor. Enfatiza los procesos de diferenciación y de repartición referente a los objetos que ha podido hacerse y preservarse. Establece que tres son las demandas que el yo debe satisfacer y dirigir al yo del otro en una relación de simetría: *placer identificador, placer del pensamiento y placer del cuerpo*.

La relación de simetría se define por el sitio privilegiado que cada uno ocupa para el otro en el registro del placer, y por el hecho de que cada uno atribuye al otro un mismo poder de placer y de sufrimiento (Aulagnier, 1994, p. 198).

Otras serán las escenas que constituyan a las relaciones asimétricas o pasionales. El otro se torna objeto exclusivo de la necesidad por sobre el deseo. Y el sufrimiento predomina por sobre el placer

Susana Sternbach (2006) a partir de esta conceptualización de Aulagnier realiza sus aportes en el terreno de los vínculos pasionales. Sitúa a la pasión como componente de todo vínculo y otorga a las posibilidades elaborativas, de ligadura, o de desligadura, lo que va a posibilitar el destino de lo pasional de los sujetos relacionados; enlazando los registros lacanianos de: real, simbólico e imaginario.

Reciprocidad, interdependencia nos llevan a pensar lo vincular y su trabajo. Donde ligar y crear con el otro es uno de los destinos posibles.

Reconocimiento y mutualidad: Los aportes de Jessica Benjamin

La autora desde una mirada post estructuralista, pone en tensión lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo. En la estructuración psíquica se trata de la relación con otros en tanto sujetos similares y diferentes a la vez. Ambos puntos de vista, lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo, son imprescindibles para conceptualizar sobre el vínculo. Analiza la relación de la madre con el hijo, proponiendo el reconocimiento de la madre como sujeto de deseo más allá de su función de cuidados, sostén y amparo. El hacerle un lugar al otro, como sujeto igual, permite la mutualidad, así como también pensar la diferencia entre los géneros. Derecho a ser otro en la pareja y enfrentar los desafíos de la vida vincular.

Benjamin (1997) postula la complementariedad entre el amor objetal y el amor narcisista: la identificación puede incluir el amor objetal. El concepto de sobreinclusividad supone renegociar las categorías opuestas. Tensión entre complementariedad y mutualidad. El vínculo implica el reconocimiento de la realidad del otro, para no cubrirla con la propia fantasía. La paradoja del reconocimiento no se resuelve de una vez, sino que se reactualiza con cada nueva confrontación con la diferencia. La renuncia a las fantasías supone un trabajo de duelo por la representación del otro.

Valoriza la dimensión del *entre*, desde la cual regularmente piensa. Esto le permite también forjar nuevos instrumentos conceptuales de gran interés clínico para el psicoanalista, como cuando abre la perspectiva del *separarse con* y *no de* (o *contra*), todo un nuevo enfoque para pensar una serie de situaciones intrasubjetivas e intersubjetivas.

El espacio intersubjetivo entre madre e hijo, (a modo de espacio potencial), permite diferenciar el símbolo de lo simbolizado, a la vez que permite contrarrestar la omnipotencia. Este espacio permite diferenciar a la madre real de la madre fantaseada. Se supone una posibilidad creciente de crear conciencia de sí mismo y del otro (y no a consecuencia de la inclusión de un tercer término: el padre).

Considerar que, en la relación materno-filial se trata de dos sujetos compartiendo, más que de un sujeto que introyecta, proyecta o se identifica con un objeto, tiene enormes consecuencias.

La autora postula que toda relación sexual recibe su forma de identificaciones múltiples, y que la elección objetal no es sencillamente lo inverso a la identificación. Propone analizar la subordinación de las mujeres a los hombres como expresión paradigmática de la escisión: el sujeto simultáneamente niega la subjetividad del otro y lo convierte en el objeto que encarna las partes escindidas del sí-mismo.

Si fracasa el reconocimiento hay dominación, refiere Benjamin, la constitución de la subjetividad y de la relación sí-mismo/otro es una base material necesaria para la intersubjetividad no coercitiva. El concepto de reconocimiento mutuo incluye la autonomía. El reconocimiento requiere la aceptación de la independencia e incognoscibilidad del otro, hablar de reconocimiento es encontrar un modo de mantenernos en equilibrio entre el deseo y los

límites. El reconocimiento entre personas es esencialmente mutuo. Con el goce mismo que nos suscita la respuesta confirmatoria del otro, a su vez lo estamos reconociendo.

Benjamin propone una concepción sobreinclusiva de la construcción de los géneros. La idea del desarrollo de los géneros debió necesariamente vincularse a la noción de conciliarse con la diferencia. El punto pasado por alto por otras teorías es que la dificultad reside en asimilar la diferencia sin repudiar la igualdad, es decir en tender un puente entre los opuestos. Lo difícil es llegar a una idea de la diferencia, de que se es distinto, sin renunciar a un sentido de comunalidad, de que se es un ser humano *igual*.

Para ir más allá de un discurso de opuestos se necesita concebir algo más plural, descentrado de lo implícito en el eje simple de la igualdad-diferencia, en la idea de *una Diferencia*.

En todo vínculo, algo pulsa, interfiere, insiste y perturba. Hacer con eso nos remite al *trabajo vincular*.

Trabajo vincular: Devenir y hacer con el otro

El vínculo constituye una situación de encuentro que como tal modifica, transforma a los sujetos involucrados. No se es el mismo sujeto a partir de estar vinculado, lo cual supone tanto una reorganización psíquica como un hacer con el otro.

Llamaremos vínculo, desde el punto de vista descriptivo, a una relación relativamente estable entre dos o más personas, estructurada en torno a intercambios variables (afectivos, comunicacionales). Del entrecruzamiento teórico de las conceptualizaciones psicoanalíticas sobre la estructura familiar, con el campo disciplinar histórico-social, acentuaremos su matriz inconsciente y su construcción histórica (intra, inter y transubjetiva) (Berenstein, 2004, 2007; Castoriadis, 1998).

Siguiendo los aportes de Berenstein (2004, 2007), definimos vínculo, como *la relación de un sujeto con otro* (sujeto), que requiere para su construcción, de una *relación de presencia*. Ese otro ofrece a cada sujeto del vínculo, un aspecto semejante, asimilable por identificación; un aspecto diferente, reconocible y aceptable desde una asunción de la alteridad y un sector ajeno, como aquello del otro que los sujetos no logran inscribir en una representación.

La imposición de la presencia real del otro en el vínculo y su ajenidad implican una exigencia de trabajo psíquico para cada sujeto, a los efectos de hacerle un lugar y tolerar, ese sector incompatible de toda relación intersubjetiva. A su vez, puede constituirse en motor de producciones novedosas.

En la pareja, se producen marcas inconscientes originarias propias de la pertenencia a esa relación. Ellas establecen una suplementación de su yo-sujeto constituido en la infancia e instituido nuevamente como sujeto de la relación de pareja: *es sujeto del vínculo*. El *deseo ser* (identificación) como el *deber pertenecer* (imposición), tanto el infantil como el actual, conllevan una fuerte marca socio-cultural. Se es inconsciente de las marcas de la cultura, de la época y del tipo de subjetividad que ésta determina.

En una relación significativa, *la ajenidad* es todo registro del otro que no logramos inscribir como propio, no obstante lo cual, creyendo que es posible, hemos de intentarlo hasta aceptar, nunca del todo y a regañadientes, esa imposibilidad. He aquí la paradoja propia y constitutiva del vínculo. Tampoco el otro puede hacerlo. Es la herida que el otro aporta al sujeto, y éste tiene por delante dos caminos posibles: se constituye en drenaje narcisístico, con lo cual, para restituir esa investidura, se volverá sobre sí rehusando la ajenidad, o inicia el camino de la desilusión y la posibilidad de establecer un lugar donde antes fue herida. Si en el primer caso el dolor es por la no coincidencia con la representación, en el segundo la novedad tiene lugar por el trabajo con la presentación del otro (Berenstein, 2004).

Desde el comienzo mismo de su vida el niño adquiere la noción de que aquello que no logra ser traído a su presencia tirando del hilo de su deseo, lleva a la alucinación, y no a la presencia del otro, el pecho y la madre. La presencia depende del otro, no coincide con el deseo del niño y no depende de la buena voluntad e intuición de su madre. A esa condición llamamos "ajenidad". No hay adiestramiento posible ni tampoco pulsión para evocar y atraer la presencia, se la puede desear, requerir, ordenar pero tiene vida propia, es inédita, súbita, sorpresiva, no es esperable. En un primer movimiento la pulsión tratará de revestirla y asociarla con lo ya representado, ante el fracaso pulsional sobreviene el juicio de presencia y la inscripción. Habría que distinguir dos presencias: la que se espera para resarcirse de la ausencia bajo el supuesto de hacerla coincidir, y esa otra que no remite a algo inscripto previamente. Es la ajenidad la que define lo que se podría llamar *presencia propiamente dicha* (Berenstein, 2004:37-38).

Notas y matices actuales

Nos interrogamos respecto a las representaciones sociales actuales acerca de la pareja y de los vínculos. Entendemos por *significaciones imaginarias sociales* a las construcciones colectivas, que a través de discursos e instituciones, son portadoras de normas, valores, modelos, herramientas y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas, en un momento histórico determinado. Forman un entramado que brinda coherencia, orienta, dirige y da sentido a la vida de una sociedad y a la de los individuos que las constituyen.

Asistimos a un momento donde coexisten significaciones sociales contradictorias, múltiples y diversas, respecto a los vínculos. Esta diversidad genera un conflicto ya que persisten antiguas representaciones y expectativas, junto a otras más novedosas, y con las que suelen entrar en contradicción. Surge reiteradamente de las investigaciones realizadas por la cátedra, que tanto en las mujeres como en los varones coexisten expectativas y modelos contradictorios junto a lo tradicional, lo innovador (Delucca, 2010).

¿Qué compases peculiares adquiere la pareja en nuestra época? Como tema de estudio, con su estatuto específico, se ha desprendido del estudio de la familia, aunque articulándose. Como lo ilustra Remi Hess (2004) en su investigación sobre el baile en los diferentes momentos históricos, el Vals como baile en pareja, se va desprendiendo del baile en conjunto. El vals aparece como el primer baile de pareja abrazada sumamente elaborado, que desemboca no sólo en una forma técnica de baile sino en un amplio repertorio musical y en representaciones culturales complejas. El vals no se limita a su estatuto de baile; permite visualizar también la afirmación de la pareja como modo de vida y entidad social, necesaria para un nuevo tipo de sociedad.

¿Cómo sostener al compañero o la compañera? Atendiendo a su talla, a su peso, los bailarines encuentran lentamente la manera de emparejarse. El vals, desde el punto de vista físico, es una pareja. Las dos partes desempeñan el mismo papel. En este sentido, es una danza autogestionada, una manifestación de la igualdad del hombre y la mujer. Desde el comienzo se evalúan técnicamente. La pareja habrá de convertirse en una masa cuya fuerza y potencia estarán asociadas a la velocidad de rotación, al peso de cada uno. Ya comenzado el baile, hay una “balanza” que permite a los bailarines sopesarse a fin de lograr un entendimiento mudo en un cuerpo a cuerpo contenido. En el vals, no es el hombre quien, a priori, tiene el poder. Aun cuando la dama intente hacerle creer a su compañero que él será quien la guíe, los bailarines buscan la gestión real de la dinámica de la pareja (Hess, 2004:48-49).

¿Qué estrategias novedosas van construyendo las parejas a modo de movimiento instituyente que les permitan sostener sus subjetividades y al mismo tiempo poder efectuar un armado en conjunto?

¿Cómo se articula el deseo en tanto rasgo singular de los sujetos en juego con el amor como construcción de dos?

Las presentaciones actuales revelan preguntas acerca del deseo que otrora quedaba subordinado a los ideales de la familia. La posibilidad de inclusión de terceros en una búsqueda por revisar y construir la identidad de género. La pregunta por los malestares que revelan los desencuentros, la agresión y la violencia en los vínculos. Nos interrogamos, qué cuestiones enfrentan las parejas del mismo sexo. Así como también, las inquietudes personales y acerca de la pareja en aquellas uniones que transitan la mediana edad y/o el proceso de envejecimiento. Y en las parejas más jóvenes, cómo aparece el semejante, la alteridad a través de las redes sociales.

El otro se nos presenta en la realidad y también a través de la virtualidad, conmoviendo los sistemas representacionales que otrora permitían metabolizar su existencia. *¿Cómo dar entrada en nuestro psiquismo a este modo de estar del otro?* ¿Estar y no estar? Lo virtual constituye un dispositivo de producción de subjetividad. No necesariamente sustituye los vínculos presenciales. Las conexiones en red ponen en juego sistemas no representacionales que ameritan ser indagados.

Pensamos en términos de Margulis que

lo característico de la configuración de las relaciones en la actualidad es 'el avance de la multiplicación de las opciones', o también: 'el pasaje del carril único a la ancha autopista de distintas manos'. La nueva gramática del individualismo, con la imposición del propio goce, torna vulnerables los vínculos y las situaciones donde la realización personal debe postergarse (Delucca, 2010:12).

Apostamos al pensar con otro, a la presencia del otro y al trabajo vincular, a lo que la relación pueda producir. Es decir que si bien las experiencias previas del sujeto tienen un lugar, no dependerá totalmente de lo que haga cada sujeto individualmente sino que, puestos en situación con él o los otros, se han de dar mecanismos de producción desde los dos y no sólo por acción de uno. Trabajo psíquico y vincular complejo, placentero, displacentero y creativo. Ilustrado con delicadeza por el personaje René de la novela: *La elegancia del erizo* de Muriel Barbery.

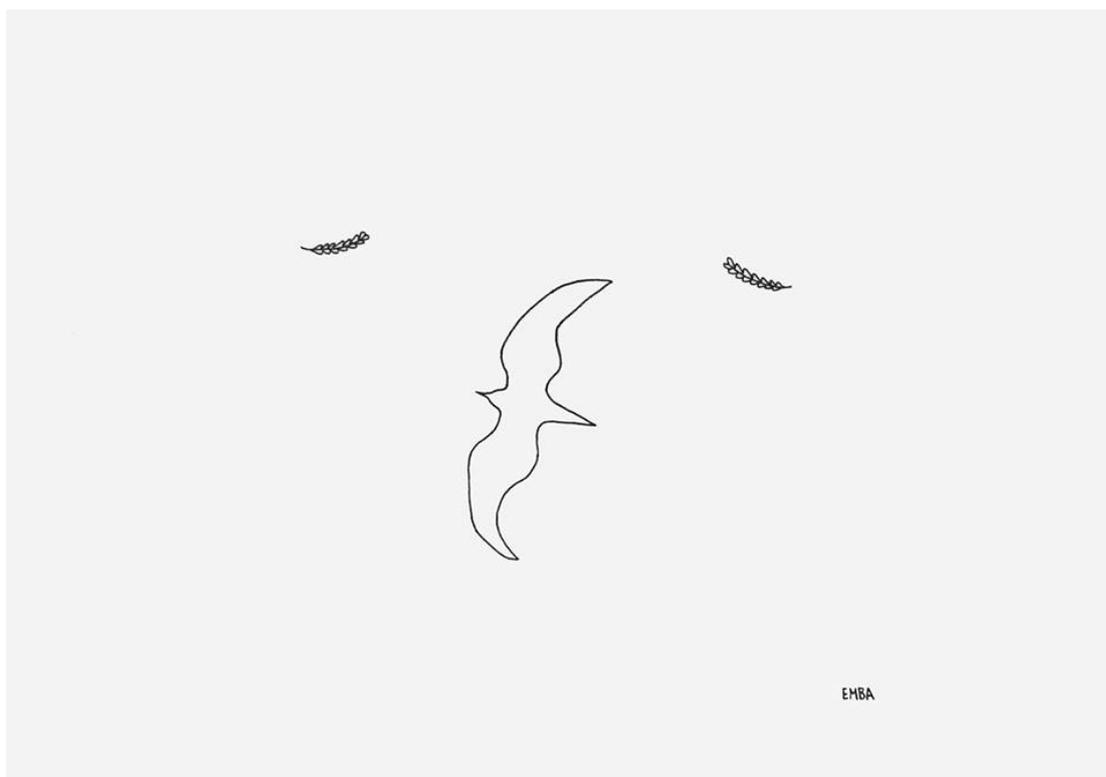
Es un espacio fuera del tiempo... ¿Cuándo he experimentado yo por primera vez este abandono exquisito que sólo es posible entre dos personas? La quietud que sentimos cuando estamos solos, esa certeza de nosotros mismos en la serenidad de la soledad no son nada comparadas con este dejarse llevar, este dejarse llegar y dejarse hablar que se vive con otro, en cómplice compañía...¿Cuándo he experimentado por primera vez esta relajación feliz en presencia de un hombre?
Hoy es la primera vez. (Barbery, 2011:310).

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1994). *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós.
- Barbery, M. (2007). *La elegancia del erizo*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. (2004). *Devenir otro con otros. Ajenidad, presencia, interferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *Del ser al Hacer. Curso sobre vincularidad*. Buenos Aires: Paidós
- Brooklyn (2015). *Brooklyn*. Film. Irlanda. John Crowley.
- Castoriadis, C. (1998). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Delucca, N. Modalidades de la diversidad en el ejercicio de la parentalidad y la pareja en familias de La Plata (y Gran La Plata). Marco teórico de los Proyectos de Investigación (2010-2013). (Publicación de circulación interna).

- Derrida, J. & Roudinesco, E. (2003). *Y mañana, qué...* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S (1896/1979). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 52. En *Obras Completas. Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1905/1979). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas. Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1910/1979). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la Psicología del amor, I). En *Obras Completas. Tomo XI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1912/1979). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la Psicología del amor, II). En *Obras Completas. Tomo XI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1918/1979). El Tabú de la virginidad (Contribuciones a la Psicología del amor, III). En *Obras Completas. Tomo XI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1914/1979). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1921/1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu.
- Hess, R. (2004). *El Vals. Un romanticismo revolucionario*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. A. (2009). *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Manantial.
- Rodulfo, R. (1992). *Estudios Clínicos. Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Sternbach, S. (2006). Destinos de pasión en la trama vincular. J. Puget (Comp.). *La pareja y sus anudamientos. Erotismo-pasión-poder-trauma*. Buenos aires: Lugar.
- Winnicott, D. (1991). *Realidad y Juego*. Buenos Aires: Gedisa.

Ilustración "Naturalmente se da", de Emba



CAPÍTULO 4

Pubertad, pulsión y discurso

Gabriela Bravetti, Aluminé Del Giogio, María Florencia León

“¡Qué extraño que es todo hoy! ¡Y ayer sucedía todo como siempre! ¿Habré cambiado durante la noche? Pero si no soy la misma, el asunto siguiente es ¿quién soy? ¡Ay, ése es el gran misterio!”

Lewis Carroll, Alicia en el país de las maravillas

Introducción

Momento de corte, encrucijada, en la historia subjetiva, la pubertad se *presenta* como ocasión que desafía al sistema psíquico a un trabajo de metabolización y transformación. Deviene hito singular si el impacto de los cambios inéditos del cuerpo, las exigencias socioculturales y la representación identificatoria del yo soportan la pregunta, que como en Alicia, desencadena en un asunto misterioso: la metamorfosis puberal anuda lo real del cuerpo con el estatuto de la subjetividad en torno a los tiempos de reedición y recomposición de una historia libidinal e identificatoria.

El enfoque particular que haremos del aparato psíquico como un sistema abierto y complejo, en relación constante con lo exterior a sí, la estructura psíquica que al decir de Bleichmar siempre tiene libres las vías de acceso, recibirá elementos de lo real a los que someterá bajo un proceso de elaboración. Lo que ingrese puede no tener lugar en un contexto previo de significación, puede causar contradicción con lo inscripto previamente, o suscitar nuevos ensamblajes promoviendo reorganizaciones, donde la novedad genera por efecto retroactivo un verdadero acontecimiento.

La noción freudiana de estratificación sucesiva del aparato psíquico donde el “material preexistente de huellas mnémicas (inscripciones) experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, *una retranscripción en sistemas de inscripción de complejidad diferente, en épocas sucesivas de la vida*” (Freud, 1896) es solidaria con momentos privilegiados de crisis y desfasajes, que nos aleja de la idea positivista de un ser que crece y se desarrolla con ritmos madurativos acordes a procesos de adaptación.

La teoría psicoanalítica de la sexualidad humana justamente subvierte la noción de desarrollo y maduración, no sólo al plantear la sexualidad humana desde los inicios de la vida del infans como efecto del encuentro intersubjetivo, sino al pensarla como no reductible a los modos genitales, articulados por la diferencia de los sexos, con los cuales se han establecido lógicas binarias masculino-femenino. Este aporte fundamental, consiste en considerar como sexual todo aquello que siendo del orden del placer implica un plus que no se reduce a las actividades autoconservativas, en una propuesta de sexualidad en dos tiempos.

Sexualidad y temporalidad retroactiva en un proceso abierto de constitución. Diferido el despertar sexual, que interrumpe la latencia entonces, favorecerá los desplazamientos en la temporalidad que implica el fenómeno de la retroacción, permitiendo un trabajo de simbolización mediatizados por un tiempo entre una y otra situación:

La sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la asunción de la identidad, pasando por el estadio fálico y el edipo como mojones de su recorrido, sino que se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica y de la cultura, de las incidencias de la ideología y de las mociones deseantes, y es necesario entonces darle a cada elemento su peso específico. (Bleichmar, 1999)

En la trama compleja de sucesos y acontecimientos de la historia subjetiva, subrayamos lo específico de los procesos psíquicos en la pubertad, que nos remite a los procesos de constitución y reformulación, donde los tiempos madurativos, la lógica del proceso primario y la actividad del yo en busca de sentido inauguran otro momento del devenir.

Condición necesaria pero no suficiente, *la impertinencia de lo biológico* crea el efecto de algo sorpresivo, que sobreviene sobre la vivencia infantil, pero que no pertenece a ella, produciendo un sentimiento de extrañeza en un cuerpo que le demanda al sujeto reapropiarse de su historia. Poniendo en jaque su estructura narcisista, reeditando el Edipo y cuestionando los enunciados identificatorios que una vez posibilitaron el advenimiento de su "yo".

Las Metamorfosis de la pubertad

“Mauricio: ¿Las has sentido ya?

Melchor: ¿El qué?

Mauricio: ¿Cómo decías antes?

Melchor: ¿Las excitaciones sexuales?

¡Ciertamente!

Mauricio: Yo también

Melchor: Hace poco que conozco eso

Mauricio: ¡Para mí fue como si me hubiera caído un rayo!

Melchor: ¿Soñaste?

Mauricio: Un sueño muy rápido. Unas piernas, con mallas azul celeste... Las vi un solo momento...”

F. Wedekind, Despertar de primavera

Veamos que Freud se refiere a la pubertad con el término de **advenimiento**, y algunas de sus acepciones son: *Llegad* de un *acontecimiento* o de *una época*, pero también esperar algo que tarda mucho en realizarse o que no ha de realizarse. Pensemos que hace referencia no sólo a lo temporal, sino a aquello que queda en suspenso, hasta un momento de conclusión (no de clausura). Referencia a la noción de perplejidad en la pubertad, suspensión de una lógica por aparición de lo nuevo, ajeno, que puede devenir exceso, desborde; poniendo en juego las posibilidades de la estructura psíquica y la labor de un sujeto que está compelido a hacer algo con ello.

Impacto, al modo de carga y tensión, como dice el personaje de la obra de Wedekin con la caída del rayo, que apela a lo singular y requiere un armado de redes asociativas, y para no quedar paralizados, apelan a ensoñaciones, restos, figurabilidad siempre parcial pero necesaria para subjetivar aquello que aún no tiene significación.

Tomando desde Freud el concepto de Metamorfosis de la pubertad, en su trabajo de 1905, vemos que, con el advenimiento de la pubertad, se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación definitiva. Así comienza su trabajo, y continúa: La pulsión sexual que hasta entonces se satisfacía autoeróticamente halla ahora al objeto sexual, poniéndose al servicio de la función de reproducción, dirá, y para alcanzarla las pulsiones parciales cooperan, a la par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital (Freud, 1905). Exigencias pulsionales nuevas, de otra intensidad se manifiestan, y se inscriben como una nueva tensión, por primera vez con todas sus fuerzas. El apuntalamiento de toda esta fuerza pulsional, la genitalidad posible, con la maduración de los caracteres sexuales primarios y secundarios, provoca un embate pulsional que revoluciona el principio del placer, ya que la pulsión encuentra su fin, y la dinámica económica del psiquismo reordena el capital libidinal: un nuevo placer (el placer final) como punto de bifurcación que requerirá de nuevos enlaces y nuevas composiciones en mecanismos complejos, recorrido que al decir de

Freud pueden volverse perturbado. Ya que se inaugura la paradoja del papel que el autor circunscribe al placer previo: la tensión sexual del placer preliminar produce displacer si exagera su dimensión parcial, pero contribuye al placer en la meta bajo el primado genital y la satisfacción final.

El acceso a la genitalidad plantea al sujeto una novedad. Señalemos que la genitalidad, como proceso psíquico, instaura un nuevo orden y un quiebre con un orden previo: establece su posición en relación al goce, reeditando las experiencias sexuales infantiles, pero yendo al encuentro de nuevas investiduras objetales: renuncia a la satisfacción autoerótica, halla un objeto con el complejo proceso de hacer coincidir las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la corriente tierna y la corriente sensual. Esta transformación en la lógica del placer conlleva desde el *lado psíquico* dice Freud “el hallazgo de objeto, preparado desde la más tierna infancia” (Freud, 1905:202).

Esta dimensión que señala Freud nos remarca que el hallazgo de objeto, la reunificación de las pulsiones parciales, su subordinación al primado de lo genital y la orientación a una nueva meta con un impacto en la economía del placer, no son consecuencia de la maduración del cuerpo, como efecto del crecimiento en relación a un esquema de reproducción de la especie, sino efecto de un reordenamiento psíquico, de gran movimiento representacional y afectivo, que tiene destino incierto, en tanto la trayectoria pulsional y erógena, como los avatares del narcisismo y la historia libidinal se rearmen en una trayectoria abierta y complejizante.

Como segundo despertar sexual, la pubertad cuestiona al sujeto que, durante la latencia, organizaba su capital libidinal y sus referencias identificatorias infantiles al servicio del proceso secundario, descubriendo y explorando, conociendo y aprendiendo las cosas del mundo, simbolizando a modo de categorías, lo real viviente. También vislumbrando nuevos modelos que permiten contextualizar el saber parental, donde la sublimación y el establecimiento de los diques anímicos permiten redireccionar la libido, estableciendo nuevas metas, afianzando también los recursos del Yo en las negociaciones con el principio de realidad.

A la salida de la encrucijada edípica organizan los tiempos de la infancia el atravesamiento por la castración (diferencia de los sexos), junto con prohibición del incesto, sexualidad genital (primacía fálica), identificación de género (femenino, masculino). La operatoria de la represión y la desexualización de los padres, difiere como promesa superyoica un placer y una posición a futuro.¹ No todo está preparado, dirá Freud, falta lo madurativo (demasiado temprano) (Freud,1923). La operación diferenciadora en un momento en que la libido se inhibe en cuanto a su meta, rechazando la investidura sexualizada de los padres inaugura otro momento de reestructuración psíquica. Hay que esperar, diferimiento, espera, desplazamiento hacia otras metas. Latenzzeit, tiempo de latencia.

Otro momento, la pubertad, inaugura otra escena²: ahora sí, pero, a destiempo *con sólo crecer no alcanza* (antes demasiado temprano, y ahora demasiado tarde). Y el desfase de la sexualidad humana marca tiempos lógicos que recomponen huellas y marcas previas. Entre

¹ Un conocido juego infantil lo recuerda: Arroz con leche me quiero casar... (alude a genitalidad) con esta sí, con esta no... (referencia a la elección de objeto exogámica) con esta señorita me caso yo. (elección del objeto de amor).

² Un tiempo para existir (al nacer) y un tiempo para vivir (los tiempos de lo puberal adolescente) refiere Rousseau J.J. en el *Emilio* (1798)

tiempo y tiempo, en el entretiem po de la sexuación (Grassi, 2010) se ha ganado tiempo para erigir la barrera del incesto y la promesa de goce futuro del superyó internalizado se vuelve mandato de goce, anudado a un conjunto de premisas de prescripciones y prohibiciones que posicionarán al yo en el camino de la exogamia.

Freud plantea que es a través de la fantasía que el sujeto puede, en la escena psíquica, inaugurar y simbolizar ese encuentro reencuentro con ese objeto exogámico. Persiste la masturbación, pero aparece el otro en escena, ensambla y recompone ahora en clave genital las excitaciones del propio cuerpo y fantaseadas con un *parteneire* que aún no tiene inscripción de otro sujeto en un vínculo amoroso

la elección de objeto se consuma primero en la esfera de la representación (...) es difícil que la vida sexual del joven que madura pueda desplegarse en otro espacio de juego que el de las fantasías, o sea, representaciones no destinadas a ejecutarse. (...) Las fantasías del periodo de la pubertad prosiguen la investigación sexual abandonada en la infancia (Freud, 1905:206).

La consecución de lo que Freud plantea como la unificación de las dos corrientes (la sensual y la tierna) en un objeto no incestuoso, permite a la pulsión volverse altruista, ponerse al servicio de la reproducción. Dimensión que retoma del superyó no sólo la prohibición sino también la habilitación. Re ordenamiento y posibilidades de nuevos sentidos en la reinscripción de las marcas que hacen a la construcción del cuerpo genital, y también en el registro de la genitalidad presente en el objeto, que se reactualiza, planteando la exigencia de ir en su búsqueda dirigida por el mandato a la exogamia: hallazgo, reencuentro con el objeto: cómo, con qué, qué es lo permitido, qué es lo prohibido.

Freud lo plantea: "Así ha quedado listo un aparato en extremo complicado que aguarda el momento en que habrá de utilizárselo" (op.cit). Resaltamos que este segundo momento nunca podría ser una mera transferencia o desplazamiento automático, represión mediante, de libido desde los objetos incestuosos, de lo familiar hacia el afuera. Con la aparición del deseo genital, tanto fuente, como objeto y meta de la pulsión requieren de nuevas inscripciones, de nuevas organizaciones psíquicas (Grassi, op.cit).

La entidad de *lo puberal*, (Gutton, 1993) como un adjetivo neutro que señala la particularidad cualitativa de la novedad, lo da justamente ese poner en escena las representaciones parentales genitalizadas edípicas, donde la resexualización de lo infantil bajo otra lógica de lo posible (cae la sensación de impotencia con respecto a la posición sexual infantil) instaaura otra dimensión del conflicto psíquico entre las pulsiones genitales y el superyó. Erotización y hostilidad, fantasías resignificadas y nuevas inscripciones al modo de nuevos efectos de lo pictográfico, que crean y reinscriben las tensiones erógenas en una nueva economía del placer (y nueva zona como efecto de los encuentros y exploraciones con el otro, pero aún bajo la egida de la escena fantaseada incestuosa). Al decir de Gutton, el superyó se vuelve más competente en tanto la fantasía edípica se volvería posible, y requiere entonces de

un nuevo circuito para redireccionar la tensión. Como una herida al Yo, herida narcisista, que la adolescencia repara mediante un proceso de ligar al Ideal el Yo.

Todo un desafío para lograr imponer las pulsiones de fin inhibido a las pulsiones de fin no inhibido; las pulsiones se tienen que poner no sólo bajo el mando de lo genital, sino que también tienen que ponerse bajo el mando de Eros, bajo el mando de las pulsiones de fin inhibido, predominando la ternura y la conservación de la catectización del Yo y sus referencias no parentales (obsolescencia de los padres dice el autor).

Nuevo orden dice Freud y Gutton subraya como proceso de idealización y de separación (nuevas metas y nuevos fines, nueva trama de enlaces entre lo histórico infantil y las inscripciones de la novedad). Pero en desfase, diferencia entre un tiempo madurativo y un tiempo lógico, de elaboración psíquica, de metabolización, que inaugura el trabajo de simbolización adolescente.

Destitución del discurso infantil: pubertad y exigencia de simbolización

Mauricio: “Yo he hojeado la enciclopedia Meyer, de la A a la Z, sin encontrar nada. ¡Palabras... nada más que palabras! ¡Oh esta preocupación del pudor! ¿De qué me sirve un diccionario de la conversación si no me aclara los problemas más inmediatos de la vida?”

La posibilidad de reorganizar una escena y otorgar un nuevo sentido será efecto de un proceso de creación y alteración, donde el lenguaje no alcanza a representar acabadamente la realidad, la bordea y en esa búsqueda el sujeto construye respuestas siempre parciales, por aproximación, pero va tejiendo una trama significativa que lo sostiene en la tarea de escribiente como aprendiz de historiador (Aulagnier, 2003).

Moreno (1999) en *Acerca de la pubertad* dirá

Estos emergentes superan con creces las secuencias razonables que él (el sujeto) es capaz de argüir desde su sexualidad y su discurso infantiles. Este frente genera un vacío de significación y excesos que, como el cauce desbordado de un río, buscan algún nuevo curso, alguna alocación diferente.

Alicia, el personaje de Lewis Carroll, inventa palabras jugando con el sentido y el sinsentido, al expresarse frente a su cambio brusco e impensado de tamaño en una lógica que aún le resulta enigmática “¡Curiosífico, curiosífico³!” y el autor señala que la muchacha estaba tan sorprendida que hasta había olvidado las reglas de su idioma.

³ “‘Curiouser and curiouser!’ Cried Alice (she was so much surprised, that for the moment she quite forgot how to speak good English).” en su idioma original, Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*.

Rodolfo plantea que la adolescencia no se puede inaugurar sin una aparición del extraño allí, de una imagen que cuesta reconocer, sin ese desacomodo que tiene que ver con un *desamparo puberal*, como dejar de estar protegido por la imagen y la identidad construida en la niñez junto a sus padres.

Transformación de ese objeto familiar en objeto de deseo no-familiar, hetero-familiar (en tanto no parental, pero también ajeno, diferente, desconocido) es la lógica de la genitalidad que atraviesa a otro como par, también lo hace extraño y coadyuva a la inscripción de una alteridad del objeto (Grassi, op.cit).

Nueva meta social, nuevo encuentro con las leyes de la cultura, regulación simbólica. Nuevos requerimientos que lo exigen, a enfrentarse a resolver a la par que desprenderse de las conductas y las representaciones previas. Hundimiento del narcisismo infantil: lógica del no todo. Por tanto posicionamiento masculino o femenino. *Lógica de la diferencia, que desde la singularidad y la diversidad podrá dar sentido a un recorrido y una elección posible: construirse un proyecto, buscar un objeto, entre lo real y lo posible. (Lógica de la castración en el plano objetal y también identificador).*

Cuando este reconocimiento sea posible, el acatamiento de la diferencia dará significado también a la complementariedad, siempre relativa y el malestar presente. Tensión que aleja al sujeto de su imagen idealizada, como a la imagen idealizada del otro (el ideal: ni el otro, ni yo).

Paralelamente y concomitante con esto, conciencia de finitud. Que liga y pone en relación los opuestos Sexualidad = Muerte, en tanto posibilidad de resignificar la posición simbólica del Yo, en tanto mosexuado y finito (ser uno/a más, entre los/las otros /otras mortales).

Freud resalta **“ese otro logro psíquico a consumarse, quizá el más doloroso de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores”**. Operación simbólica en el trabajo adolescente ya, con contenido de “asesinato” de las figuras parentales, (Winnicott, 1986) con autoridad que emanaba de su emplazamiento en el lugar del Ideal. Diferencia generacional en una ardua labor en lo intra, inter y transubjetivo. La adolescencia involucrará no sólo al sujeto, sino también su espacio familiar y social, al “amenazar de por sí con crear conflicto de generaciones”.

Entonces renunciar y liquidar (lógica y discurso infantil) y también construir sus propias formas (que tomarán su forma en la reescritura y simbolización adolescente). Moreno plantea cuando con la novedad puede comenzar a escribir (la historia de un historiador absorbido en su tarea), *estamos hablando de los trabajos propios de la adolescencia*.

Si esto sucede es porque lo nuevo perturbador ha encontrado marcas efectivas capaces de transformar las cosas en un antes y un después de... lo que configurará un quiebre, una discontinuidad en su historia. La adolescencia implica entonces un acontecimiento, un cambio suplementario de la estructura que determina al sujeto, un cambio de discurso y de lugares donde transcurre la sexualidad, llamada desde entonces “adulta”. Condiciones simbólicas en plus, marcas en más, excedentarias, y una lógica heterogénea respecto a las previas que quedan estructuradas de modo radicalmente diferente (no suprimidas: es decir aún cuando haya posición y

sexualidad infantil en un adulto, por haber atravesado el acontecimiento adolescente, éstas ocuparán lugares y tendrán significaciones diversas a la infantil). La verdad puberal hace agujero en el saber infantil, y la nominación de esa verdad es el acontecimiento adolescente, acontecimiento que sólo se constata por su producción.

Esta nueva legalidad, implica una crisis que requiere resolución, y confrontan al yo tanto con los riesgos del desborde pulsional, como su inhibición (agresividad, acting, pasividad).

Rescatemos las herramientas, los logros de la latencia, que en el mejor de los casos, podrán ofrecer a la estructura la posibilidad de conjugar los dos principios: el de permanencia y el de cambio: Piera Aulagnier (1989) llama *fondo de memoria* a los puntos de certidumbre del Yo, puntos certeros, que a modo de hilo conductor permite al Yo reconocerse en los cambios, y *posible relacionales*: que delimitan lo no posible, en cuanto a lugar o posición identificatoria que no puede ocupar. Capitalización fantasmática que conjuga pulsión y fantasma, otro tiempo lógico donde se reactualizan los elementos primeros en relación al goce y la experiencia de placer, que orientan a nuevas búsquedas de lo que el Yo legitima como su derecho y su sentido (un nuevo recorrido deseante). “Hay una relación del sentido con el goce” dice Lacan en *El despertar de la primavera* (1991:109)

La pubertad, con la lógica de genitalidad propia de este segundo momento de la sexualidad crea un material a elaborar, y por retroacción será ocasión para una reorganización psíquica.

Conclusiones

A modo de conclusión podemos pensar el advenimiento de la pubertad, como la confrontación del sujeto con su propio cuerpo, al tiempo que con su propio yo. Frente a lo cual en un tiempo que aquí se despliega y es la adolescencia deberá asumir sus propias conclusiones, construir y sostener su posición como sujeto sexuado dentro de una serie que lo incluyen (un género, una generación).

Serie de transformaciones, nuevo desafío a la plasticidad de su organización psíquica. Condición de posibilidad necesaria pero no suficiente, ya que la dimensión subjetiva no es intrínseca a lo biológico, y lo biológico en sí no postula significación alguna, “...sino, más bien absorbe y excede cualquier significación que se le ofrezca...” (Lewkowicz, 1999) Si el sujeto no se ve “apelado” por su realidad compleja a inscribir aquello que ha cambiado, no hablaremos de elaboración.

Exigencias que desde lo pulsional (2º oleada), lo intersubjetivo (el deseo y la mirada del otro) y la realidad (significaciones del discurso del conjunto), de inscribirse y elaborarse, no sólo lo harán como pérdidas sino transformaciones. Idea que podemos asociar al concepto de la *Metamorfosis*.⁴ Freud cuando plantea que el ordenamiento genital se realiza como *supremacía*, indica que lo autoerótico infantil se re ordena como placer previo en la sexualidad adulta.

⁴ Concepto que vienen de la biología, y refiere al hecho de con los elementos que se cuenta, hacer otra cosa.

Recursos psíquicos que apuntan a transformar lo perturbador, lo que sorprende -que es la pubertad- en un acontecimiento como es la adolescencia.

Pubertad como anticipación biológica respecto de un tiempo que es de espera, que solo a posteriori tendrá sentido, y habrá producido un salto cualitativo.

Al decir de Moreno,

generando un *plus* de sentido, un exceso suplementario capaz de albergar los sentidos emergentes del nuevo sujeto adolescente. O sea que el elemento nuevo debe pertenecer y no pertenecer a lo histórico. Ser capaz de generar los antecedentes que lo determinan y no quedar atrapado en ellos, ser un corte que no anule la posibilidad de construir una historia (1999)

Y arribamos entonces a poder plantear la adolescencia como ese tiempo de tramitación simbólica, en tanto trabajo de metabolización que exige un reordenamiento y una resignificación dentro de lo intrapsíquico, lo intersubjetivo, lo transubjetivo.

Pérdida del cuerpo infantil, de la imagen de sí mismo, de la imagen del niño ideal (para los padres y para el mismo) y de los padres como sustento del ideal del yo infantil. Destotalización de un discurso preexistente del cual se había apropiado. Y recomposición de un lugar simbólico en una trama que anuda con otros: ya que la tramitación simbólica de los cambios involucrará no sólo al sujeto, sino también su espacio familiar y social. Elaboración, *trabajo del duelo mediante*, que remite a una reestructuración narcisista y que conlleva un componente de muerte según Silvia Tubert (1986) como la otra cara del re-despertar sexual, ya que los cambios que ha sufrido en el cuerpo ponen en crisis la identidad del adolescente.

Revisión y reformulación del panorama identificador, de sus referentes en el discurso del conjunto, y del proyecto identificador. Asunción de la genitalidad como proceso de transformación en el que rige una lógica atravesada por la castración simbólica.

Cuestiones que merecerán otro despliegue en otro tiempo.

Bibliografía

Bleichmar S. (1999). La identidad sexual: entre la sexualidad, el sexo, el género. *Revista Argentina de psicoterapia para graduados*, N° 25.

--- (2000). Intervención analítica y neogénesis, Transformación, traumatismo y metábola y Traumatismo y fundación. En *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. Apartado III: Las metamorfosis de la pubertad. En *Obras Completas. Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- (1912). Contribuciones para un debate sobre el onanismo. En *Obras Completas. Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- (1923). La organización genital infantil. En *Obras Completas. Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1924). El sepultamiento del Complejo de Edipo. En *Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grassi, A. y Córdoba; N. (2010) La creación del cuerpo adolescente, La primavera del significante, *Adolescencia: reorganización y nuevos modelos de subjetividad*. En *Entre niños, adolescentes y funciones parentales*. Buenos Aires: Entreldeas.
- Gutton, P. (1993). Lo puberal en sus orígenes y Escenas en la pubertad. En *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.
- Hartman, A., Quaglia C. & Kuffer I. (2000). Retazos de historia...(político social). En *Adolescencia una ocasión para el Psicoanálisis*. Madrid: Miño y Dávila.
- Hornstein, M. C. R. de (1992). La pubertad: ¿un traumatismo? Lo traumático en la infancia. En *Diarios clínicos N° 5*.
- Hornstein, M. C. de (comp.) (2006). *Adolescencias, tiempo y cuerpo en la cultura actual*. En *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1991). El despertar de la primavera. En *Intervenciones y textos II*. Buenos Aires: Manantial.
- Lewkowicz, I. (1997). Historización en la adolescencia. En *Pubertad, historización en la adolescencia. Cuadernos de APdeBA N°1*. Buenos Aires: Asociación psicoanalítica de Buenos Aires.
- Moreno, J. (1997). Pubertad. En *Pubertad, historización en la adolescencia. Cuadernos de APdeBA N°1*. Buenos Aires: Asociación psicoanalítica de Buenos Aires.
- Rodulfo, R. (1992). La relación de desconocido del cuerpo con el lenguaje. En *Estudios clínicos*. Buenos Aires: Paidós.
- Tubert, S. (1986). La estructura adolescente. En *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Madrid: Saltes.

CAPÍTULO 5

Resolución de la adolescencia: Transformaciones en el proyecto identificadorio

Gonzalo Barrera, Ana Laguens, Javiera Paini

Introducción

En este capítulo nos proponemos abordar la resolución de la adolescencia como un momento clave del devenir subjetivo. Momento de tramitación psíquica que le permite al sujeto elaborar y metabolizar cambios –a nivel biológico, social, discursivo y pulsional– que irrumpen con la llegada de la pubertad.

Pensamos a la *Pubertad* como punto de partida, como un tiempo de transformación a nivel madurativo y psicológico. Para Freud (1905) *Metamorfosis de la Pubertad*, concepto que da cuenta de importantes modificaciones biológicas, que no sólo alteran lo corporal, sino también lo psíquico, comportamental, individual y familiar. En este sentido, sin dejar de reconocerlo, destacamos la no reducción de la pubertad al hecho biológico.

Siguiendo los aportes de M. Viñar:

Lo biológico no es la causa que determina efectos psicosociales, intrapsíquicos y vinculares, que vendrían por añadidura; este determinismo lineal es mecanicista y simplificador. Es mejor decir y pensar que la tormenta hormonal pubertaria es el gatillo que dispara, que desata un trabajo mental inédito (inaugural quizás), que cada individuo o grupo humano deben transitar, tramitar o resolver. Y que una vez desatada la tormenta puberal, biología y cultura interactúan en un paradigma complejo sin prioridad lógica de uno sobre otro (Viñar, 2009:20).

Para que estos cambios, que suponen la irrupción novedosa de lo puberal, devengan un proceso adolescente, serán necesarios trabajos de elaboración psíquica, que sólo podrán iniciarse a partir del momento del reconocimiento de dichas transformaciones.

Si tomamos como marco de referencia el paradigma de la complejidad, un orden organizacional puede nacer a partir de un proceso que produce desorden, dando lugar a

organizaciones novedosas. Retomando a Adrián Grassi (2010), la escritura *des-orden* refiere a una meta a alcanzar mediante un esfuerzo de trabajo psíquico. No se trataría ni de mera oposición a orden, ni de negativismo o rebeldía adolescente.

Nos interesará, a los fines de este capítulo, centrarnos en lo que llamamos el *acontecimiento adolescente* como aquel decurso esperable –respuesta potencial del sujeto– que da cuenta de la posibilidad de metabolización de las transformaciones, incluyendo la incorporación de lo novedoso, la complejización y reorganización psíquica.

En los tiempos de la pubertad, según Moreno (1997), una verdad comienza a insistir por ser incluida. Se espera que a partir del encuentro entre esa verdad emergente y la inercia de la estructura, el púber atraviese una adolescencia normal y entre en una adultez neurótica.

En el tiempo adolescente el sujeto deberá ser capaz de hacer algo con aquello nuevo que surge, volviéndose necesario un proceso de historización, que le permita reescribir la historia de su vida en un trabajo que destacamos activo.

Hablamos de acontecimiento adolescente, solamente si lo nuevo perturbador logra encontrar marcas previas que permitan inscribirlo, generando al mismo tiempo una disrupción, un antes y un después en la historia subjetiva. La adolescencia como acontecimiento, es un cambio suplementario en la estructura que determina al sujeto, cambio de discurso y de lugares donde transcurre la sexualidad, desde ahora *adulta* (Moreno, 1997).

Ante la incorporación de lo nuevo, proveniente de distintas fuentes, el trabajo psíquico del púber-adolescente estará centrado en su incorporación y homogenización. Nos centraremos entonces en dar cuenta de algunos de sus aspectos:

1. Desde el aspecto *intrasubjetivo*, cambios corporales y vicisitudes de la historia personal.
2. Desde la *intersubjetividad*, las relaciones familiares y el conjunto de pares.
3. Desde lo *transubjetivo*, aquellas cuestiones ligadas a las significaciones del conjunto social (Grassi, 2010)

El conflicto identificatorio. Lo intrasubjetivo

Como mencionamos al comienzo, en este momento clave del devenir subjetivo, se producirán varias transformaciones que atraviesan al adolescente en distintos niveles. Nos proponemos abordar ahora el momento de su resolución haciendo hincapié y problematizando entonces la vertiente del proyecto identificatorio.

El Proceso Identificatorio, siguiendo los aportes de P. Aulagnier (2007), comienza mucho antes de que el Yo haya aparecido en la escena psíquica e incluso antecede al momento en que el cachorro humano llega al mundo. Existe, en el mejor de los casos, un discurso y un deseo que lo preceden por parte de la pareja parental: es ese microambiente al que Aulagnier llamará *el espacio al que el Yo puede advenir*.

Será justamente a partir de discurso y deseos proyectados sobre el niño –especie de Sombra hablada- que se irá conformando una Matriz identificatoria, compuesta por todos aquellos enunciados que la pareja reservará para ese infans y que dará bases al advenimiento de esta instancia fundamental que es el Yo. Después de su aparición en la escena psíquica, habrá posibilidad de un autoconocimiento y de un reconocimiento del otro separado de sí; así mismo y tal como nos dice la autora, la entrada en escena del Yo es la posibilidad también de la entrada en escena de un tiempo historizado. Esta posibilidad de autoconocerse y de ir convirtiéndose en redactor de su propia historia, deberá a su vez garantizar la posibilidad de proyectarse también en un futuro, enunciando su propio Proyecto identificatorio. Concepto que se define como “la autoconstrucción continua del yo por el yo, necesaria para que esta instancia pueda proyectarse en un movimiento temporal” (Aulagnier, 2007:167).

En un principio y mientras estemos en el periodo que precede a la prueba de castración, ese enunciado tendrá determinadas características y será una consecuencia de aquellos anhelos que esos Otros fundamentales anticiparon para él. Más tarde, esa formulación acerca de su devenir, deberá poder completarse de otro modo.

Se piensa el tiempo de la adolescencia como un tiempo de concluir, en el cual el sujeto deberá reformular su proyecto, ahora en su propio nombre.

El sujeto, a través de distintos mecanismos de elaboración psíquica y procesos de duelo, deberá en forma activa dar nuevos sentidos y convertirse en redactor de su pasado y su futuro.

En un trabajo que resulta muy doloroso y complejo, el joven deberá ir construyendo un discurso nuevo y propio sobre sí mismo, tomando cada uno de los anteriores enunciados para revisarlos y transformar aquellos que sean necesarios, en esta puesta a punto de su nuevo proyecto vital

La pregunta por el ser, será el interrogante que el sujeto deberá formular y responder en varios pasajes de su historia subjetiva. Sin embargo, según nos dice M. Viñar:

En el seno de ese proceso de reapropiación identitaria durante el empuje pubertario se tejen o traman las coordenadas y los itinerarios de un proyecto de vida (Viñar, 2009:26).

(...) Tal vez este proceso se reitere y reformule miles de veces a lo largo de la vida, pero esta será la experiencia de la primera vez. (Viñar 2009, p. 37)

El diseño adolescente de una definición de sí mismo es una experiencia inaugural y fundante para siempre, en su forma y vigor. En la evocación resulta un recuerdo indeleble, aunque en el –“durante” pueda parecerse ordinaria o anodina, sin toma de consciencia por parte del sujeto que adviene, de que está “inventando” su mundo e inventándose a sí mismo; de que está inventando su lugar en el mundo. Una hoja de ruta que en rigor nunca se cumplirá, pero que queda inscripta como capacidad de tener anhelos y proyectos y darse los medios para poder cumplirlos, aunque mas no sea cojeando y a tropezones (Viñar, 2009, p. 38).

¿Quién soy?, ¿Quién quiero ser?, ¿Qué puedo tener?, serán entonces los interrogantes que el adolescente tendrá ahora a su cargo, cuestionando los discursos que le daban sentido a su existencia y que ahora no bastan para nominar sus deseos.

En este momento clave del devenir, la elaboración de una respuesta a dichas preguntas, debe permitirle al sujeto reconocerse a pesar de las transformaciones, en un interjuego de lo que permanece y lo que cambia.

La relación con los otros (padres-pares) y el discurso social.

Lo inter y lo transubjetivo

En el tiempo de la Adolescencia todos aquellos enunciados que le daban al Yo un saber sobre sí mismo se alteran, se ponen en cuestión volviéndose, muchos de ellos, insuficientes.

El discurso de la infancia, ya no coincide con lo que le devuelve el espejo ni con las exigencias que desde lo social se le plantean. El yo como instancia Ideal de completud se conmociona. De este modo esos Otros primarios, que eran portadores de un discurso totalizador sobre él, las figuras parentales, ya no tienen todas las respuestas y caen también del lugar de ideal. Freud (1905) conceptualiza esta conflictiva como el “desasimiento de la autoridad parental” y lo destaca como uno de los más dolorosos y al mismo tiempo más importantes logros psíquicos de la pubertad. Desasimiento de la autoridad de los padres y caída de su lugar de ideal, apuntalado, no solo en la insuficiencia de su discurso, sino también en la prohibición y la renuncia pulsional.

La actitud desafiante por parte de los adolescentes frente a sus padres, en un período que se caracteriza popularmente por la rebeldía, implica la confrontación necesaria, que le permite al joven poder forjar sus propias decisiones e intereses mediante la discrepancia.

Siguiendo los aportes de Winnicott (1986) se destaca la necesidad por parte del adolescente de efectuar un *asesinato simbólico del padre*, concepto que refiere el autor a tomar el sujeto una actitud activa frente a un deseo de muerte edípico ya presente en la infancia y que ahora adquiere un valor central para su devenir adulto. La *confrontación* necesaria a la autoridad parental por parte del joven, se caracteriza por la aparición de cierta omnipotencia adolescente en la búsqueda de rebelarse frente a aquello que lo sostenía. Se menciona esta sublevación como una puesta a prueba, necesaria, de sus nuevos potenciales y su futuro como sujeto independiente. El autor dirá entonces que, frente a dicha tarea que emprende el hijo, los padres deberán *sobrevivir* en sus lugares, lo que implica sostener su posición, *no abdicar* para permitir, en el enfrentamiento, el desarrollo de los nuevos pensamientos, sentimientos y deseos, propios del adolescente, que el mismo irá descubriendo a partir de la posibilidad de distanciarse de las figuras parentales. En este complejo proceso donde los padres, sin abdicar, deberán resistir en su función, (ahora como soportes de la autonomía), es que se habilita y se reconoce el deseo del hijo como un deseo particular, que excederá a los anhelos e ideales proyectados sobre él.

En este momento alcanzará una importancia fundamental, como fuente de nuevas referencias identificatorias, el papel del medio y la cultura de la que forma parte el sujeto. El concepto de Contrato Narcisista que desarrolla Piera Aulagnier (2007) resulta una herramienta muy apropiada para pensar la preponderancia que adquiere, en la adolescencia, el medio social. Según lo que explica la autora, este contrato tiene como signatarios al niño y al grupo y se instaura gracias a la precatectización del Infans por parte del conjunto. De este modo la cultura se asegura una voz en el futuro que transmita y reproduzca su discurso, mientras que, por su parte, el sujeto encontrará allí una serie de enunciados que lo nombran y que le reconocen un lugar particular como uno más dentro del grupo y en la cadena generacional, garantizando su singularidad y un relato certero sobre su pasado, así como también la posibilidad de proyectarse en un futuro.

Mientras el sujeto se encuentra en el tiempo de la infancia, los padres funcionarán de intermediarios respecto a este contrato, actuando de garantes de la relación del hijo y el grupo. El momento de la adolescencia es el momento en el que el sujeto deberá por fin tomar a su cargo esas negociaciones con el medio social y su discurso, siendo ahora el *único signatario* de dicho contrato (Aulagnier 1991).

Será en ese encuentro con el entorno, de donde comenzarán a surgir enunciados novedosos que le servirán al adolescente en la construcción de este relato sobre sí mismo. Estos nuevos referentes identificatorios le permitirán al joven distanciarse del núcleo familiar y poner en cuestión aquello que ya no resulta suficiente para nominarlo. En el encuentro azaroso con estos nuevos Otros, el adolescente hará uso de *identificaciones prestadas*, en un trabajo exploratorio que tiene como fin descubrir y descubrirse.

La *exploración* surge como la imprescindible tarea adolescente frente al descubrimiento del mundo a partir de las novedades que aparecen en su vida. Estos jóvenes *condenados a explorar* (Wasserman, 2011) experimentan los límites de sus nuevos cuerpos, habitando espacios y vinculaciones novedosas, vivencian sus primeras experiencias sexuales, establecen elecciones vocacionales, amplían y problematizan sus intereses, en un proceso investigativo donde la búsqueda de nuevos enunciados de referencia es el denominador común. En este sentido, las primeras identificaciones que surgen del microambiente co-existen con estas identificaciones secundarias, que emergen con el encuentro de estos otros, por fuera del entorno familiar. O. Mannoni (1986) caracteriza este proceso a partir de la metáfora de un *plumaje* que combina diferentes identificaciones, viejas y actuales, que se interrelacionan en la construcción identificatoria adolescente. Por esta razón el discurso del conjunto cobrará en este tiempo una preponderancia fundamental, en tanto soporte. En palabras del autor:

El sujeto está obligado (...) a condenar las identificaciones pasadas. Sabe que ya no es un niño –y si no lo sabe no faltara quien se lo recuerde–, pero también sabe que no es un adulto (algo que se le recuerda aún más) (...) los pájaros que mudan de plumas son desdichados. Los seres humanos también mudan, en el momento de la adolescencia, y sus plumas son plumas prestadas; se dice a menudo que el adolescente que comienza a perder sus antiguas identificaciones, toma el aspecto de algo prestado... (Mannoni, 1986:26)

Estas *plumas prestadas* serán tomadas de la relación con el conjunto, del vínculo con los otros significativos con los que irá encontrándose a lo largo del devenir por fuera del espacio familiar.

Es la época del amigo confidente, de la barra de los pares, de las pandillas y tribus que legislan y regulan los comportamientos, comportamientos miméticos con los pares y no con los padres marcan las pautas. La tribu de pertenencia toma una jerarquía inusitada mientras lo familiar, antes atrayente, se vuelve por momentos digno de rechazos y hasta repugnante. Los gestos, actitudes y valores del mundo adulto son cuestionables y rechazables (Viñar, 2009, p. 35).

Destacamos entonces la vertiente identificatoria como escenario privilegiado del conflicto subjetivo que caracteriza al proceso adolescente. Sin embargo será necesario destacar también la reorganización pulsional como dos caras de una misma moneda. Como mencionamos al comienzo del capítulo, la pubertad, enmarcada en la segunda oleada pulsional, implica el necesario abandono de los primeros objetos de amor, las figuras parentales, ahora prohibidas. El devenir subjetivo implica que, en el tiempo que separa la infancia de este nuevo despertar sexual, se despliegue un tiempo de latencia. Tiempo activo – *latir*– en el cual se instaurará definitivamente la prohibición del incesto. De este modo, la elección de las figuras de la niñez como objetos de amor, ya no será posible y el sujeto estará obligado a realizar una resignificación no solo identificatoria sino también edípica.

La elaboración de un nuevo proyecto identificatorio deberá incluir entonces la construcción de un tiempo futuro en donde la imagen a la que el Yo espera adecuarse y sus objetos de investidura, estén marcados por el discurso de lo posible, por fuera del espacio familiar.

Para pensar, una mirada actual

Las cuestiones que venimos describiendo aportan una mirada teórica sobre la problemática de la resolución adolescente. Sin embargo, resulta interesante, además de trabajar los conceptos presentados, poder dar cuenta de cómo se observan estos procesos en los adolescentes actuales, en función de sus elaboraciones exploratorias.

Actualmente y retomando algunos autores como Wasserman (2011), encontramos que la juventud es descrita por los medios como un momento de transgresión y rebeldía cuyo tránsito es considerado como pasaje a la edad adulta. La cultura le demanda aquello al adolescente, pero al mismo tiempo lo critica y lo califica negativamente. “Alguien debe llevar a cabo el deseo de romperlo todo, momento previo a una nueva construcción” (Wasserman, 2011:55).

Desde los aportes que venimos trabajando, retomamos este momento en estrecha relación con la elección del ser para el sujeto. Se le plantea al sujeto el problema de la elección de sí mismo, campo exploratorio de gran importancia. Momento de ponerle fin a la errancia. Podría pensarse también que, en cierto modo, se deviene lo que se elige.

Sin embargo la elección en relación a una imagen de sí mismo no es sólo una cuestión interna del sujeto, se encuentra también empujada a realizarse desde el medio social, muchas veces sin brindar estos los soportes necesarios, generando mayor desorientación en el joven.

Para poder ilustrar estas cuestiones, resulta interesante recurrir a resultados obtenidos en el marco de un trabajo de extensión de la Cátedra de Psicología Evolutiva II¹, donde se trabajó con jóvenes a través de dispositivos de reflexión grupal, vinculados a la temática del futuro. De allí, se pudieron recortar algunas viñetas que dan cuenta del proceso en el que los jóvenes están inmersos y cuál es el impacto en su subjetividad. Fue posible observar así, maneras singulares de expresión de los adolescentes frente a su situación.

Recortamos, a los alcances del presente capítulo, aquellos fragmentos de discurso, donde se expresan interrogantes cuyas respuestas son aún inciertas para el sujeto, pero que sin embargo balizan el tránsito desde el espacio infantil hacia un posicionamiento adulto:

En tal sentido aparecen ideas del tipo:

- “Tengo muchas dudas sobre el porvenir”
- “Pienso que la indecisión es la base para todos los temas, porque todos nos sentimos indecisos”

Podemos pensar que, este discurso que generaliza el sentido de desconcierto en relación a la vida futura, funciona como el reconocimiento de un “no estar solo” aún en el desamparo de un sostén identificatorio conclusivo. Es quizás esta aceptación de la falta de certezas lo que permite a los adolescentes hacer frente al proceso. Asimismo, el grupo de pares aparecerá como soporte identitario, cumpliendo uno de los roles más importantes, en este momento clave del devenir.

Otro de los jóvenes decía:

- “Me parece que a todos nos van a comer crudos, que el que tiene dudas siempre las va a tener, si eligió bien o no por ejemplo”.

Aparece aquí la difícil tarea adolescente de tomar en cuenta propia sus decisiones, donde las nuevas posibilidades surgen, al mismo tiempo, con la contra-cara angustiante de lo incierto.

Por otra parte, emergen también comentarios sobre sus experiencias subjetivas y la relación con el discurso social:

- “Me gustaría encontrarme a mí mismo, saber por qué hago las cosas, por qué razones planeo lo que planeo o quiero lo que quiero; eso sería encontrarme a mí mismo”
- “El ideal también te lo formás con las personas con las que te relacionás del medio, por ahí en la facu podes pensar distinto porque te rodeas de gente distinta, nueva”

Es no sólo por la fuerza pulsional con que irrumpe lo puberal en el cuerpo y en la escena psíquica que se da inicio al proceso adolescente, sino también, como mencionamos, por la existencia de una promesa, de una esperanza futura de placer, que el sujeto acepta dejar atrás las certezas de la infancia, para embarcarse en la aventura de lo desconocido.

A modo general, encontramos que muchas de las manifestaciones de estos jóvenes, responden al intento de generar marcas y puntuaciones en el devenir subjetivo que le devuelvan un sentido. Exploran, son buscadores de experiencias, donde sentirse capaces de

¹ “Dispositivos grupales de intervención con adolescentes y jóvenes: reflexión sobre la perspectiva de futuro” Dirigido por la Prof Adjunta Lic. Gabriela Bravetti. Año 2013.

lidiar con la realidad pero estos actos o gestos, serán gestos discursivos, sólo si están dirigidos a referentes identificatorios, testigos presentes o simbólicos de su trabajo adolescente. Esta mirada nos da una pauta, sobre cómo se presentan las elaboraciones exploratorias de los adolescentes hoy. Mirada que deberemos articular con nuevas conceptualizaciones teóricas y nuevas representaciones imaginarias subjetivas en relación al futuro (Viñar, 2013).

En este sentido, una lectura de la clínica actual de la adolescencia y sus implicancias a nivel del trayecto identificatorios resulta pertinente y de gran importancia. Frente a esta etapa de tales conflictos identificatorios, temática central en el ámbito de la salud mental, podemos pensar que cualquier conflicto a lo largo de este proceso de simbolización que el sujeto tiene a cargo, podría manifestarse en la clínica a partir de diferentes modos de sufrimiento. Debemos pensar entonces que la temática de la adolescencia trasciende su estudio en sí misma en tanto se ve implicada en numerosas problemáticas actuales como el uso y abuso de drogas, violencia, embarazo adolescente, trastornos alimenticios e incluso siguiendo a Aulagnier (1988), la adolescencia como momento privilegiado para el pasaje de una potencialidad psicótica a una psicosis manifiesta. Diversas problemáticas que no deberían abordarse desconociendo los recursos con los que cada sujeto cuenta para hacer frente a tales tareas psíquicas.

Pelento (2005) hace mención a cómo los cambios socio-históricos han tenido incidencia en el modo de subjetivación adolescente actual. Se han desdibujado aquellos ritos tradicionales que acompañaban el proceso de simbolización de las transformaciones que permitían inscribir las diferencias, se han desdibujado los referentes ideales e institucionales, podríamos decir, donde las fuerzas instituyentes parecen circular sin materializarse en un instituido.

Es en este contexto que los objetos culturales, en tanto objetos materiales, ideológicos y pragmáticos, funcionan como sustitutos de este soporte imaginario. La autora sitúa que es mediante el uso de estos objetos culturales que los adolescentes buscan identidad y pertenencia. A partir de esto es posible pensar actuales prácticas culturales por parte de los adolescentes como intentos de simbolización de los cambios que involucran no sólo aspectos psíquicos sino también al cuerpo físico. De este modo la autora interpreta estas “marcas” (donde ubica el uso de tatuajes, percings, determinadas vestimentas y ornamentos), características de esta fase del devenir, como modos en los que el sujeto realiza la búsqueda de nuevas identificaciones.

No desconocemos también los avances de las nuevas tecnologías, en esta era virtual donde las modalidades de vinculación de los adolescentes se ven transformadas y atravesadas por nuevas lógicas. Las redes sociales, la comunicación instantánea, instalan lo fugaz de los encuentros, el intercambio constante de información e imágenes.

En igual sentido, es posible pensar comportamientos enmarcados en la posición adolescente, como el consumo de alcohol y drogas, donde las sustancias pueden ser pensadas desde su función como objeto cultural, que funcionan de algún modo como semblante de adultez, sostenido en imaginarios sociales que pueden concebirlo como tal. Muchas veces, funcionando también el uso de sustancias como un modo de registrar y explorar las capacidades del nuevo cuerpo. La trasgresión de las reglas y la asunción del riesgo imponen entonces el desafío que captura en este sentido a la subjetividad adolescente.

Resolución de la adolescencia. Conclusiones

Al comienzo del capítulo nos propusimos poder dar cuenta de este momento particular del devenir subjetivo que implica la adolescencia y su resolución. Hicimos referencia a los distintos avatares que realiza el sujeto para llevar a cabo la construcción de un proyecto identificador propio. Destacamos el rol activo de la instancia Yoica. El Yo aparecerá como el redactor de un nuevo discurso que constituye un cambio de posición subjetiva, tanto en relación a sí mismo como a sus vínculos con los otros. Trabajo arduo y doloroso que implica el abandono del tiempo de la infancia y la renuncia a aquellos lugares que el Yo creyó haber ocupado, a cambio de la posibilidad de invertir un tiempo futuro que incluya una promesa de placer, como fuente de una búsqueda incesante del sujeto. Pasaje del Yo ideal al Ideal del Yo diríamos, construcción de una imagen futura a la que esta instancia espera adecuarse, pero que nunca alcanzará, funcionando esa distancia, como motor necesario del devenir subjetivo.

Momento también de reorganización pulsional donde la relación libidinal con los Otros y con los otros será modificada.

El contexto cultural, las *significaciones imaginarias sociales* (Castoriadis, 1997) que circulan en el discurso del medio del sujeto, cobrarán gran importancia, brindando herramientas al joven para la construcción de esta nueva imagen, en un intercambio constante. Significaciones sociales que otorgarán sentidos, tanto a la construcción de un ser Adolescente actual, como a las imágenes valoradas de las representaciones futuras.

En palabras de Waserman (2011):

Diremos entonces que, en cuanto al final de la adolescencia, las nuevas representaciones psíquicas están muy ligadas a los ideales culturales (...) y estos ideales o logros en nuestra cultura se vinculan especialmente al área de la independencia económica y de la constitución de una pareja con un proyecto común o, simplemente, de un proyecto individual para la propia vida. Cuando el adolescente se pone bajo su propio dominio y la pelea con su padre se hace innecesaria, la adolescencia está llegando a su fin o su fin es encontrado. La sexualidad marchará al lado de ese proyecto, pero nunca estará en el centro, aun cuando se trate de las maniobras de la iniciación sexual (...) lo esencial es haber creado un motor para edificar una vida propia más allá de los mandatos familiares (Waserman; 2011:28).

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1991) Los dos principios del funcionamiento identificador: permanencia y cambio". En *Cuerpo, historia e interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castoriadis, C. (1997) *El avance de la insignificancia*. Buenos aires: Eudeba
- Delucca, N. (2006). Crisis de las significaciones sociales, el adolescente y su proyecto de futuro laboral. En *Orientación y Sociedad*, Vol. 6: pp. 85-92.
- Freud, S. (1905/1979). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas. Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grassi, A. & Córdoba, N. (2010). *Entre niños, adolescentes y funciones parentales*. Buenos Aires: Entreldeas.
- Mannoni, O. (1986). *La crisis de la adolescencia*. Barcelona: Gedisa.
- Moreno, J. (1997). *Pubertad, historización en la adolescencia*. Cuadernos de APdeBA N°1. Buenos Aires: Asociación psicoanalítica de Buenos Aires.
- Pelento, M. L (2005). *Adolescentes hoy*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Pommier G. (2002) *Los cuerpos angélicos de la postmodernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Rodulfo, R. (1992). *Estudios clínicos*. Buenos Aires: Paidós
- Rother de Hornstein, C. (comp.) (2006). *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós.
- Viñar, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Buenos Aires: Noveduc.
- Waserman, M. (2011). *Condenados a explorar. Marchas y contramarchas del crecimiento en la adolescencia*. Buenos Aires: Noveduc.
- Winnicott, D. (1986). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.

CAPÍTULO 6

Proceso y metapsicología en la vejez

Marina Canal, Gonzalo Barrera, Estefanía Garizoain

*“Las memorias nunca son
contemporáneas de los acontecimientos
que narran y su visión retrospectiva
condiciona la manera en que evocan
el tiempo, la edad... y el futuro”
Marc Augé
“El tiempo sin edad”*

Presentación

Actualmente el envejecimiento es un tema de interés que ha sido abordado por múltiples teorizaciones que provienen de campos disciplinares diversos. En las últimas cinco décadas se ha producido más material teórico del envejecimiento y la vejez que en todas las anteriores (Iacub, 2011:21).

Nuestro propósito es explorar las transformaciones psíquicas del envejecer, las elaboraciones a partir de ellas y las formas que adquiere la subjetividad según los atravesamientos socioculturales e interpretados a la luz de los paradigmas vigentes (Petritz, 2007:81).

Así centrar los aspectos psíquicos que se producen en un nuevo momento del devenir del sujeto. Momento que, como tal, significa corte, hiancia, crisis, novedad, conflicto, que requiere de un proceso de elaboración psíquica para significar e inscribir los cambios.

Asimismo, desarrollar la temática en el marco de la asignatura es encuadrarlo en la noción de *temporalidad psíquica*, concebida desde la reformulación del concepto de evolutivo, complejizando la conceptualización y saliendo del paradigma positivista de la noción de evolución como una sucesión continua de etapas de menor a mayor desarrollo. Cuestionando la vejez como antesala, último tramo (Petritz, 2007:79), con el fin de posicionarla como momento de transformación singular, diferenciándola de la perspectiva médica como sociológica y asistencial de la vejez (Rozitchner, 2010:13).

Apelando al concepto de *retroacción*, en el que un nuevo acontecimiento, hecho o suceso transforma una experiencia previa modificando y transformando el sentido otorgado, adquiriendo eficacia psíquica. Nuevas inscripciones, nuevas significaciones, nuevos sentidos abren a la comprensión de la historia del sujeto singular. La historia del sujeto envejecente, será entonces, las narrativas que cada sujeto construye con su propio material metabolizado,

procesado, e interpretado a partir de sus encuentros con otros, por un lado, y del trabajo de renuncia y elaboración de un tiempo previo por el otro. En este sentido, se propone pensar la vejez desde una temporalidad no lineal, poniendo en tensión las nociones de edad cronológica y desarrollo madurativo como parámetros exclusivos para comprender los diferentes momentos del devenir. Desde esta perspectiva, pensar el envejecimiento, es posicionarlo como un proceso de elaboración a posteriori en el que a través del yo realiza la tarea de activo historiador inscribiendo y otorgando sentido a los sucesos de su vida.

Hay que destacar la concepción de *estructura psíquica*, entendida a la luz de las ciencias de la complejidad (Morin, 1990) como compleja y abierta a nuevas inscripciones, reinscripciones y nuevas creaciones. Siguiendo a Luis Hornstein (1994), entre lo azaroso y lo determinado, el psiquismo logra organizaciones más complejas. En efecto, temporalidad psíquica en retroacción y estructura psíquica abierta y compleja, son las coordenadas conceptuales para comprender los trabajos y procesos psíquicos singulares en la vejez.

De este modo, historia y estructura se articulan en una noción de tiempo en retroacción (temporalidad psíquica). Cambios, mutaciones, transformaciones en que el sujeto continuará tejiendo los hilos de su subjetividad, hilos del tiempo y del deseo (Aulagnier, 1991), a partir de los nuevos sentidos que adquiera.

En cuanto a este capítulo, consiste en reconocer el envejecimiento como un proceso de subjetivación, como momento específico y único de la vida del sujeto (Rozitchner, 2012:13).

Conflicto psíquico. Formulación del proceso identificatorio

Para empezar y en relación con las formulaciones anteriormente expuestas, el proceso de envejecimiento es un proceso de elaboración psíquica a partir del reconocimiento de una situación de cambio que conmueve a la estructura, momento de crisis vital con la posibilidad de establecer una nueva organización psíquica. (Rozitchner, 2012:213). Apelando a la noción de crisis del griego *Krinein*, palabra entendida como “separar”, “separación”, “abismo”. Se aborda la noción de crisis como un concepto que permite describir la percepción de un cambio subjetivo. Toda crisis vital reactiva instancias elaboradas previamente. En palabras de Rozitchner (2012:305), la historia del sujeto, hasta el final de la vida, exige diferentes actualizaciones y reformulaciones. La crisis en la vejez produce una diferencia marcada por factores internos y externos, se acompaña con gran movilización de energía libidinal y, como en otros momentos vitales, el conflicto edípico se reactualiza. En articulación con el proceso identificatorio, cara oculta del proceso inconsciente de historización (Petritz 2007:82), el yo como activo historiador, inventor de una historia libidinal (Aulagnier 1984:14) dará respuestas a partir de los conflictos que resultan del encuentro del yo con los otros y sus demandas. Como en otros momentos de su trayectoria, en este caso, el envejecente estará enfrentado a un conflicto que exige su metabolización. De este modo el encuentro con la novedad marca una distancia entre “yo era” y “yo soy”. Es decir, las referencias identificatorias pierden su certeza y

buscan respuestas acerca del ser. Para Rozitchner, será un momento de angustia en la vejez como prueba de la vivencia de desamparo que busca anclar su sentido. En efecto, el trabajo psíquico de construcción y reconstrucción del pasado resulta imprescindible para que el sujeto pueda vivir un presente, y haga pensable e investible un eventual futuro (Aulagnier, 1984:15) a la vez que proyectar un futuro. El envejecente, en su trabajo representacional e identificatorio, contará finalmente con puntos de referencia estables que le brindarán un sentimiento de continuidad temporal. El yo, en su tarea de transformar y hacer síntesis, deviene en una imagen que le permite reconocerse, el yo asume las cláusulas de un compromiso identificatorio (Aulagnier 1991:224) entre lo que permanece y lo que cambia.

Hay que destacar que el proceso de envejecimiento se dará en el entrecruzamiento de tres dimensiones de la subjetividad: intrapsíquica (conjunto de representaciones inconscientes que conforman el mundo interno del sujeto), intersubjetiva–intergeneracional (intercambio vincular que se establece entre padres e hijos y pares) y transgeneracional (lazo de unión con la cadena generacional, lugar de abuelidad).

Así es que, el envejecente realizará un trabajo de revisión de un pasado vivido a cargo de un *yo historiador*. Será el proceso de historización, a través del yo en la tarea de activo historiador, otorgando e inscribiendo el sentido de los actos de su vida. En la dimensión de un proceso abierto, inacabado de la mano de un yo condenado a investir (Aulagnier, 1994). Intenso trabajo de elaboración psíquica a través del trabajo de duelo que posibilita la simbolización para colocarse en una nueva posición identificatoria.

La idea central es que la elaboración del envejecente compromete a la estructura psíquica, la sexualidad encuentra nuevos modos de satisfacción realizando la pulsión rodeos por efecto de la sublimación, en términos de Gagey (citado por Rozitchner, 2012) la sublimación constituye un salto cualitativo de la sexualidad y una transformación de la pulsión. Asimismo el proceso del envejecente, se presenta como una oportunidad de renovar la estructura superyoica a partir de la trasmisión hacia otras generaciones y conduce a la reformulación de la herencia cultural (Rozitchner 2012:215). A la par, el sujeto se abre a la reformulación con los otros en la reactualización de nuevos vínculos.

Dicho de otra forma, las transformaciones psíquicas atraviesan la dimensión tópica (predominio del yo por sobre las otras instancias), dinámica (ligación libidinal a nuevos objetos) y económica (predominio de eros por sobre thanatos).

Proceso y subjetividad

El sujeto envejecente se asume en una nueva subjetividad por efecto de un trabajo intrapsíquico con efectos en lo inter y transubjetivo. Asume el lugar de trasmisor en la cadena generacional a través de la elaboración de la conciencia de finitud. Enfrentado el envejecente a un nuevo tiempo a investir, se interroga ¿quién fui, quién soy, hacia dónde voy? Interrogantes que conducen a una revisión de las diversas posiciones que el sujeto a ocupado en sus vínculos. El tiempo del proyecto exige estar acorde a sus posibilidades y tiempos propios. El

envejecimiento, como proceso, es un hecho singular considerando la diversidad y multiplicidad que adquiere para cada sujeto. En el trabajo de balance y revisión, el yo en su función estructurante y organizadora de sentidos dará a cada fragmento de su historia un sentido resignificado. Configura así una historia historizada, historizable, e historizante; vertiente del proceso en la trayectoria identificatoria en pos de la formulación del proyecto, de este modo la historia narrada en primera persona brinda coherencia, da sentido y unidad. Iacub (2011) apela al concepto de identidad narrativa de P. Ricoeur. El autor piensa al sujeto como alguien que lee su vida como si fuera otro, al mismo tiempo que la escribe, y en este movimiento de lectura y escritura se produce una transformación de la representación que tiene de sí. Pensar al sujeto como un lector de sí mismo, implica considerar la identidad narrativa como una interpretación. Este acto de lectura se apoya en los materiales aportados por las múltiples historias y relatos que ofrece nuestra cultura. Uno de los elementos que se usan para dar cuenta de la identidad narrativa es el uso de las diversas formas de figuración, es decir los modos en que un sujeto se concibe, se ve y se comprende como tal. Así, la reconfiguración es el proceso a través del cual el sujeto modifica la lectura que tiene de sí mismo a causa de algún acontecimiento, experiencia o valor que resulten significativos para el sujeto. La noción de autoconfiguración alude a la apropiación de un personaje mediante la identificación. Este es un proceso por el cual el sujeto se ve con una representación clara y objetiva de sí mismo. Dicho personaje se encuentra en directa dependencia con un relato que brinde significados al ser y que por lo tanto permita asumir esa representación de otro u otros que lo validen. Por esta razón el relato y el otro se vuelven soportes de identidad y sólo allí el sujeto puede sentirse con una figuración de sí más clara y estable.

La identidad narrativa se vuelve un concepto significativo y articulador en el envejecimiento porque permite comprender y explicar los modos que el sujeto evalúa cambios que producen discrepancias. Pone el acento en el modo que el sujeto elabora una continuidad identitaria. El encuentro con otros (soportes) produce efectos identificatorios constitutivos de la identidad. Las relaciones entre pares (actividades, vínculos nuevos, reformulación de relaciones).

Por lo que la identidad narrativa es la resultante de las múltiples transformaciones que establece un sujeto sobre su identidad en base a formas y regulaciones objetivas que tienen las narraciones en nuestra cultura. Esto es que todo relato para que sea comprensible y verosímil, debe seguir las leyes de completud, de totalidad y de unidad de la trama, es decir que el nexo sea seguible a través de nexos narrativos claros.

Autores como Neugarten (citado por Iacub, 2011), plantea el incremento de la interioridad como la mirada introspectiva frente a alguna limitación personal subjetivamente vivida. Esta mirada implica un balance acerca de lo que uno fue, acentuándose la función de la memoria como defensa. Es por ello que aparece la reminiscencia como un proceso reflexivo (Bluck y Levine, 1998 citado por Iacub) a través del acto o hábito de pensar sobre, relatar eventos o el recuento de experiencias pasadas. A través del recuerdo el envejecente se define retrospectivamente.

Ideal y legado: el Superyó en la vejez

En 1923 Freud publica su trabajo *El Yo y el Ello*, donde postula los primeros desarrollos de lo que se conocerá como la segunda tópica: Yo, Ello y Superyó. Para Freud el superyó resultaría de la introyección de las figuras parentales. El superyó (o ideal del yo) es el heredero del complejo de Edipo y por tanto *expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello* (Freud, 1923:37).

Podríamos pensar entonces en el momento del envejecer la resignificación o reedición del superyó:

- Por un lado, en tanto heredero del complejo de Edipo: pensar cómo la estructura edípica considerada “estructura lógica organizante del deseo, de las identificaciones resultantes, que marca el lugar y la función del sujeto y de los personajes de su historia familiar” (Delucca, 2000:8), sufre una resignificación en este momento clave del devenir. Hablaremos en este punto de los conceptos de *función, transmisión y legado* en la vejez.
- Por otro lado, y en articulación con el punto anterior, le asignaremos al superyó, entre otras, la función de *formación de ideales*, y en este sentido, reflexionaremos sobre la reformulación del proyecto identificador en la vejez. Importancia de la *reminiscencia* que, mientras permite la revisión de acontecimientos pasados de la historia subjetiva del viejo, posibilita, mediante retroacción, la *confrontación rememorativa entre el que fui y el que he llegado a ser* (Iacub, 2011).

Comenzando por el primer eje de articulación, nos encontramos en este momento del devenir con funciones transformadas, cambiadas: de productor a jubilado (pasivo), de reproductor a garante, cesación o disminución de la función genitora, proveedora. Como dice Florentino Ariza “un hombre sabe cuándo empieza a envejecer porque comienza a parecerse a su padre” (Petritz, 2007:10), es decir se hace portador de sus insignias. El viejo entonces cede su lugar de sujeto productor, genitor, portador y accede (proceso de simbolización mediante) a su nueva función de donante y garante de la nueva generación a la que él precede, cumpliendo con la continuidad generacional. La vejez entonces, “constituye un momento ideal para reformular el superyó a partir de la necesidad de una transmisión cultural de la generación a la que el adulto mayor pertenece” (Rozitchner, 2012:215). Pensar la vejez como etapa vital donde es posible la reformulación del superyó implica “dar lugar a una modificación y renovación de la estructura superyoica (...), y esto conduce a la reformulación de la herencia cultural del adulto mayor a las generaciones siguientes” (Rozitchner, 2012:215). Se observa así la importancia por una parte, del par, del semejante (aquel otro de la generación a la que el viejo pertenece) con el cual el viejo pueda identificarse como viejo y configurarse como tal y, por otra parte, importancia también de aquel a quien está dirigida esa transmisión, el destinatario del legado.

Vemos entonces cómo, para reflexionar sobre la noción de funciones en la vejez, se nos hará necesario recurrir a otros dos conceptos teóricos: los mencionados términos de legado y transmisión. Osvaldo Bodni nos aporta que el hombre nace receptor y con el correr de la vida se va convirtiendo activamente en transmisor de experiencia. Para Walter Benjamin la narración es el instrumento humano por excelencia para la transmisión.

Destacamos la redundancia del hecho humano de transmitir siempre algo o instruir o por lo menos intentarlo activamente, hasta con independencia de las condiciones de una recepción que puede ser fallida. El contenido de la transmisión generacional será un legado que en su esencia sirve al transporte de la historia y a la ilusión de supervivencia (Bodni, 2013:66).

Convertido en antepasado para otros, investirá una nueva posición subjetiva que acompaña el trabajo de simbolización (plano intrasubjetivo), de duelo por los cambios y reconocimiento de la pérdida de los baluartes narcisistas: pérdida de posiciones adquiridas, jubilación, autonomía e independencia de los hijos, pérdida de pares, pérdida a nivel corporal. Se puede observar así, en el *plano intersubjetivo* nuevos lugares y funciones, tanto dentro de la sociedad, como dentro de la familia, que, en tanto se imponen con el carácter de una verdad al decir de Julio Moreno, podrán llevar al viejo a elaborar un duelo.

En el entrecruzamiento del plano inter y transubjetivo observamos que la transmisión entre generaciones ya no tiene el sentido de una linealidad unidireccional, de ancestros a padres y de padres a hijos-nietos, sino que hay que

poner énfasis en la concepción de un tiempo en torsión, en espiral, donde los hijos-nietos también transmiten sin saberlo, algo que reordena los sentidos circulantes en la familia, en los vínculos y en las lógicas de las relaciones entre sujetos (Petritz, 2007:18).

En la actualidad, vemos que desde el punto de vista inter y transubjetivo, se funda una amenaza de olvido e intrascendencia, producto de una tendencia a la descalificación de los adultos mayores, que provoca nos ser escuchados. Resulta así que

divorciados de la generación sucesora, ésta casi no escucha y declina su función receptora, por lo que el destino incierto de los legados generacionales pone en crisis el sentido de la vida del viejo, justamente en su etapa de balance final” (Bodni, 2013:57).

Podemos articular esto último con la noción de Waserman de trabajo exploratorio, en tanto proceso que implica una creación:

en el viaje exploratorio lo que está en juego es encontrar la propia vida. Que yo sea yo, signifique lo que yo signifique, éste es uno de los sentidos de ese viaje, uno de los objetivos del viaje exploratorio, encontrarse a sí mismo lejos del lugar donde uno fue (Waserman, 2012:31).

Encontramos en la actualidad que no hay soportes identitarios, no hay instituciones para transitar este proceso exploratorio con los pares, con los cuales, como ya se dijo, el yo del viejo pueda identificarse como viejo.

Retomando el segundo eje objeto de nuestra articulación, pensamos, siguiendo a Piera Aulagnier, al *proyecto identificador* como la autoconstrucción continua del yo por el yo de una

imagen ideal futura (ideal del yo); imagen ideal a la cual el Yo espera, en un tiempo futuro, adecuarse (alcanzar). En este sentido, habrá que reflexionar para este momento clave del devenir qué características tendrá y asumirá este proyecto en relación por un lado a la finitud del tiempo, y por otro lado en relación también a la deuda y la culpa que se ponen en juego en este momento de balance que es el envejecimiento.

Consideramos el momento del descubrirse viejo como un momento de metamorfosis al decir de Mario Waserman, momento en que el Yo queda inerte frente a esa novedad: “ésto le da ese tono traumático al cambio, que se hace solo y que no sabe cuándo va a parar” (Waserman, 2012:21); incertidumbre, inermidad del Yo “por una posible deformación a la que pueda llevar la metamorfosis fuera del control del Yo” (Waserman, 2012:22). Podemos decir entonces que se produce en este momento clave del devenir una crisis vital, crisis de los enunciados identificatorios que venían definiendo quién es yo. Nos encontraremos así con una *nueva* subjetividad envejecente que, ante la metamorfosis advenida (podríamos nominarla parafraseando a Julio Moreno como *verdad envejecente*) teje una nueva trama: con enunciados de la infancia, de la adolescencia, de la adultez, lo que logró y no logró de su proyecto. Adviene alguien para construir su proyecto vital: Yo condenado a invertir.

Así, a partir de un corte en la historia subjetiva, “ruptura biográfica o narrativa” (Iacub, 2011:155), se pondrán en juego movimientos de autoorganización en la estructura psíquica. Tiempo de balance y de revisión donde viejos intereses, proyectos, tendencias (que fueron construidos en articulación y según ideales, mandatos y valores de una época anterior en el devenir del sujeto), serán reconocidos (procesamiento de la renuncia mediante), como no posibles ya en este momento que es la vejez. Gracias a este proceso de revisión el sujeto reconocerá lo logrado de lo no lo logrado de su proyecto de vida adolescente y adulto. Trabajo de simbolización de la pérdida, donde, como anticipamos, juega un rol muy importante la *reminiscencia*.

Siguiendo a Iacub (2011) diremos que la reminiscencia en tanto proceso psíquico, “plantea un examen, una revisión, otra mirada, reconsideración, reevaluación, y (...) supone una retroacción, un efecto retroactivo. La reminiscencia (...) puede producirse en el envejecimiento y la vejez ante situaciones disruptivas” (Iacub, 2011:170) momentos de corte en la historia narrativa del viejo, tal como se señaló anteriormente.

Dicho modo del recuerdo, la reminiscencia, da lugar en la vejez a la “confrontación rememorativa entre el que fui y el que he llegado a ser” (Iacub, 2011:173); y en ese sentido colabora en este proceso de balance al que hicimos alusión para hablar de la revisión del proyecto identificatorio en este momento del devenir. Dicho proyecto, en la medida en que permite darle un sentido al porvenir, al futuro, se convierte en sostén para el Yo narrador-historizante.

Para complejizar aún más la cuestión, podríamos reflexionar sobre los soportes identitarios a nivel de lo inter y transubjetivo, que ofrece la cultura para que el sujeto pueda armarse para sí una imagen ideal futura a la que aspirar, es decir con qué ideal de *ser viejo* cuentan hoy en día los adultos mayores en este momento de reedición y resignificación de su proyecto identificatorio. Teniendo en cuenta que

en todo este proceso interviene el marco de las representaciones imaginarias y simbólicas con las que cada sociedad y cada tiempo significa a la vejez. Del mismo modo qué lugar y expectativas se centran sobre los sujetos. Qué imagen devuelve la mirada del otro, espejo viviente, árbitro en la calificación del ser. Cuál es el marco de ideales, valores, expectativas con que cada grupo acompaña a quienes transitan por los distintos momentos de la vejez (Petritz, 2002:13).

Para concluir diremos, siguiendo a Lacub, que las elecciones que se produzcan en torno a dicho proyecto identificador en este momento clave del devenir “pueden ser variables y quedar sujetos a demandas propias de ciertos momentos socio-históricos, a factores subjetivos o a condicionamientos físicos” (Lacub, 2011:180).

Pulsiones y sus destinos: la sublimación en el proceso de envejecimiento

Partiendo con el objetivo de pensar ahora las particularidades que el Ello en tanto instancia psíquica adquiere en la vejez, debemos primero aceptar que las instancias siempre se enlazan, se interrelacionan y no son sino en su interjuego con las demás.

Entendemos al *Ello*, siguiendo la tónica freudiana, como aquella instancia prehistórica del aparato que a partir del contacto con el exterior dará lugar a la instalación de las restantes, *Yo* y *Superyó*. Sede de las pulsiones y deseos, el ello, es entendido como motor del aparato psíquico. Por lo tanto, pensar un psiquismo no impulsado por las fuerzas provenientes de dicha instancia sería pensar en un aparato inerte.

Por su parte, la vejez, ha sido quizás el momento de la vida que se ha visto más vapuleada por estigmatizaciones y prejuicios a lo largo de la historia. Descrita a partir de las declinaciones de los sujetos en sus funciones activas, ha quedado caricaturizada por la imagen de un viejo pasivo, aburrido, triste y abatido por el paso del tiempo. Encorvado y canoso, cuando no totalmente calvo, arrugado, decrepito y con dificultades en la visión. Estos estereotipos, que privilegian las pérdidas de funciones y atributos valorados, parecen despojar al sujeto de los aspectos vitales y placenteros a la par que no resultan representativos de todos los envejecentes.

Retomando los fundamentos freudianos posicionamos la sexualidad anudada a los efectos de la vivencia de satisfacción pulsional en su actividad psíquica de ligazón. En este sentido, el término sexualidad no aparece limitado ni homologado a genitalidad, sino más bien como a todo tipo de placer en tanto modos de ligazón de la pulsión.

Consideramos entonces como modo interesante de pensar las expresiones del Ello en la vejez partiendo del concepto *sublimación*. Si entendemos a este mecanismo defensivo como uno de los modos en que se exteriorizan las pulsiones sexuales de meta inhibida -que por regla general pugnan por expresarse- mediante la creación y/o valoración de objetos culturales, entenderemos que la vejez no puede excluirse de su vertiente sexual. La capacidad

sublimatoria, indicador incluso de salud mental, supone la posibilidad de descarga de la energía libidinal a partir de habilidades e intereses. ¿Por qué no pensar la vejez, en tanto momento clave del devenir, como posibilidad para el encuentro con nuevas salidas sublimatorias?

Entender la sublimación como uno de los mecanismos que favorecen la complejización psíquica nos permite pensar en el encuentro con nuevos destinos pulsionales, que al mismo tiempo constituyen nuevos envejecentes.

Surge entonces la oportunidad para pensar al viejo, no desde la concepción negativa de sus pérdidas sino frente al encuentro de nuevos posibles. ¿No se asocian acaso popularmente algunas tareas lúdicas, de entretenimientos y recreación como actividades de la ancianidad? Resulta necesario apuntar aquí al carácter activo de estas tareas que no son más que la dimensión fenoménica de la satisfacción pulsional inagotable que encontrará en este momento del devenir nuevos recorridos y enlaces objetales.

Esta lectura, que desde las concepciones negativistas de la vejez quedan desestimadas, permiten echar luz a la dimensión particular del ello en este momento de la vida. Pensar la sublimación como salida creativa visibiliza la necesidad inevitable del psiquismo de catectizar, en tanto es mediante la actividad representacional que el aparato psíquico se complejiza.

Efectos de las representaciones sociales

La idea del viejo deserotizado, donde el sexo y el deseo parecerían ser ya dimensiones que se deben delegar en este destino inevitable de pérdidas, también forman parte del imaginario social, sostenidos en los ideales de estética y sensualidad de la juventud.

Si bien es un hecho que, frente a los cambios del cuerpo, en tanto transformaciones biológicas resultantes de un tiempo cronológico y madurativo irreversibles, se evidencia en la vejez una primacía de la corriente tierna, no debe caerse en el prejuicio de la vejez como etapa desexualizada.

Resulta interesante poder pensar este entramado del viejo con su cuerpo, en tanto fuente de placeres y displaceres, en relación al conjunto de significaciones sociales que semantizan el ser de los envejecentes.

Si las primeras imágenes que aparecen cuando referimos al cuerpo de los ancianos remiten a enfermedad, podemos anticipar que no es sin consecuencias en las subjetividades. A propósito de esto Salvarezza y Lacub en *El viejo y su viejo cuerpo* (1998), establecen una lectura posible de las presentaciones psicósomáticas en la vejez, considerando que, frente a la deslibinización del cuerpo de los viejos por parte de los Otros la enfermedad se vuelve una de las salidas posibles para incluirse en la vía del deseo; es decir, *ofrecerse como objeto negativizado*.

(...) pensamos que en nuestra cultura, al alterarse la composición del sujeto, fragmentando su subjetividad al deslibidinizar su cuerpo como objeto de deseo, esto genera vías facilitadoras para la enfermedad psicosomática y aquí sí, de una manera casi paradigmática. En este sentido podemos pensar al viejo ofreciendo un cuerpo enfermo como una forma de tramitación sacrificial de aquello que ha perdido valor. Al perderse la demanda del Otro sobre sí mismo como objeto deseable retorna a través de la enfermedad buscando la posibilidad de ligarse a los demás. (Salvarezza; Icuab, 1998:266)

Esta lectura nos permite invertir la asociación lineal del anciano como poseedor irremediable de un cuerpo enfermo, como resultado de un destino insoslayable definido por la edad, para pensar en un entramado mucho más complejo donde los modos de interrelación de la sociedad para con sus viejos, los excluye y delimita roles. Estos autores destacan el lugar al que sobreviene este *viejo cuerpo* descuidado por el otro en estímulos, sin contactos deseables con su piel -en tanto fuente sensorial erotizada en intercambio con el exterior- ahora no mirados ni deseados. A partir de esto es que es posible reinterpretar la particular alternativa de devenir cuerpo que goza como resto, que es oído y cuidado por su estatuto de enfermo.

Por su parte, Terán (Ferrero, 1998) plantea la clínica actual de la vejez, como una *clínica del desamparo* definida por las pérdidas intra e intersubjetivas, donde el exterior se desvanece como soporte afectivo y lo interno queda ligado a la organicidad, replegado en los órganos. Esta *vejez orgánica* suprime con ella la historicidad y subjetividad, despojado de toda individualidad frente al diagnóstico de sus padeceres de viejo, como único modo posible de vinculación interpersonal. En palabras de la autora: “el sujeto de edad mayor termina siendo obediente de una cultura que lo imagina como un resto más y pone en el mercado lo único que le consideran rentable: Su cuerpo” (Ferrero, 1998:74).

Frente a este paisaje desolador, Salvarezza y Icuab en *Erótica y vejez* (2006), a partir de un amplio recorrido histórico, dan cuenta de los cambios que las sociedades postmodernas están produciendo en relación a estas problemáticas, transformaciones donde lo etario es cada vez menos el criterio hegemónico para la construcción de los modelos identificatorios correspondientes a cada etapa. Surgen en su lugar cambios en la posición de los viejos frente a estos antiguos mandatos, dando paso a *nuevos posibles*.

La actual flexibilización de los límites también provoca una creciente similitud en los modos de presentación de los actores sociales: los gestos y las posturas, las modas y las formas de las búsquedas de placer son similares para padres e hijos, y se observa una tendencia hacia un estilo más informal y *uni-age*” (Salvarezza & Icuab. 2006:135)

Conclusiones

Para concluir, creemos que es interesante pensar un trabajo de duelo que va mucho más allá de las pérdidas de esta *clínica del desamparo* (Terán, 1998). Seguramente será necesario duelar lo que ya no se es, pero no como un trabajo mortificante de añoranza eterna frente a lo perdido destinado a la nostalgia de todo tiempo pasado fue mejor, sino como trabajo elaborativo necesario, pieza por pieza, de descatectización de los antiguos objetos. Es a partir de este trabajo instrapsíquico que supone retrotraer la libido al yo, que el aparato podrá complejizarse, historizarse y relanzarse en la catectización de nuevos objetos. En términos de lo que plantea Aulagnier “el área de los posibles relacionales” (Aulagnier, 1994:222) a la serie de posiciones identificatorias que puede ocupar el yo, conservando siempre algo que de él mismo se preservará y podrá ser reencontrado en ese yo modificado en el cual se va transformando a lo largo de la vida (Aulagnier, 1994).

Frente a este conflicto psíquico, de fuertes transformaciones, etapa de balances donde se repiensen los proyectos vitales, el sujeto envejecente volverá a *explorar* (Wasserman, 2012), como lo hizo en su adolescencia, en búsqueda de aquellos nuevos enunciados que le brindarán sostén y definición como signatario de sus enunciados. Exploración que supone la existencia de pares que referencien lo que les sucede y puedan ofrecerse como otros identificatorios. “Es por la historia de la relación con sus objetos que el yo se construye la suya propia” (Aulagnier, 1994:262). “El envejecimiento requiere abandonar viejas identificaciones y viejos objetos o rescatar de estos lo que sirva para la nueva etapa” (Rozitchner, 2012:92).

Estos referentes identificatorios van más allá de sujetos encarnados, sino que suponen instituciones y construcciones histórico-culturales donde reconocerse. En tal sentido, actualmente el abanico de propuestas y ofertas turísticas, recreativas y artísticas se han ampliado a la tercera edad, ofreciendo nuevas modalidades de goce y espacios de encuentro.

Estas propuestas con gran contenido social, no sólo suponen el desarrollo de nuevos lazos intersubjetivos sino que al mismo tiempo favorecen a la construcción de redes vinculares con pares, sostenidos en intereses y realidades compartidas. Este agrupamiento por vías de lo placentero abre camino a actividades donde el erotismo no queda por fuera. Los viajes, bailes, fiestas, torneos y campeonatos, entre otros, surgen como espacios donde se favorecen las formaciones de parejas, encuentros amorosos y eróticos en sus diversas concepciones, a la par que ofrecen un sostén a la reformulación de la autoestima.

El incremento de estos nuevos programas aparece, cada vez más, dando lugar a modalidades diversas de vivir la ancianidad. La vejez se descubre entonces como momento de posibilidades, la construcción continua de un proceso y proyecto identificatorio.

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1994). Los dos principios del Funcionamiento Identificatorio: Permanencia y Cambio. En *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Delucca, N. & Petriz, G. (1997). Cuerpo y devenir: recorrido de su significación. En J. Barrionuevo (coord.). *Acto y cuerpo en psicoanálisis con niños y adolescentes*. Buenos Aires: JVE Psique.
- Fajn, S. (2002). El cuerpo en la vejez: una mirada psicogerontológica. En *Actualidad psicológica*, Año XXVII N° 301.
- Fericgla, J. (1992). Cap I. La cultura de la ancianidad. Cap II. El marco de los conceptos analíticos y la teoría. En *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Anthropos.
- Ferrero, G. A. (1998). Cap. 1, 2, 3 y 4. *Envejecimiento y vejez, nuevos aportes*. Buenos Aires: Atuel.
- Freud (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas. Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Iacub, R. (2006). *Erótica y vejez Perspectivas de occidente*. Buenos Aires: Paidós.
- (2009). Estéticas de la existencia: ¿la vida es bella en la vejez? En *Desafíos y logros frente al bienestar en el envejecimiento: VII Jornadas de Psicología de la Tercera edad y Vejez*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2011). La identidad social en el envejecimiento. En *Identidad y Envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.
- Petriz, Graciela (2007). El envejecente en el mundo actual; nuevos interrogantes, viejos problemas. Una mirada desde la psicología. En *Ver y vivir la ancianidad. Hacia un cambio cultural*. Buenos Aires: Hurtis, Sonia.
- Rozitchner, E. (2012). *La Vejez No pensada. Clínica y teoría psicoanalítica*. Buenos aires: PsicoLibros.
- Salvarezza, L.; Iacub (1998). El viejo y su viejo cuerpo. En Salvarezza, L (comp.) *La Vejez. Una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Waserman, M. (2014). La Errancia y la Exploración. En *Condenados a Explorar*. Buenos Aires: Noveduc.

Los autores

Coordinadora

Bravetti, Gabriela

Licenciada en Psicología (UNLP). Profesora Adjunta Ordinaria a cargo de la Cátedra Psicología Evolutiva II, Facultad de Psicología. Profesora Adjunta Interina a cargo de la Cátedra Psicología Evolutiva II, para la carrera de profesorado en Educación Física, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Prosecretaria Académica de Facultad de Psicología UNLP. Profesora Titular Psicología Clínica Gerontológica, UCALP. Investigadora Categorizada. Integrante de diversos proyectos acreditados de investigación en temáticas relacionadas con la familia y la pareja, el proceso adolescente y de envejecimiento. Extensionista en calidad de directora, co directora y participante en varios proyectos de extensión en temáticas de adolescencia, familia y envejecimiento. Autora y coautora de producciones escritas en actas y libros. Directora del Proyecto de Investigación: "Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales". Ejercicio profesional como Psicóloga clínica de adolescentes, adultos y adultos mayores.

Autores

Amiconi, Alejandro

Licenciado y Profesor en Psicología. Ayudante diplomado ordinario Psicología Evolutiva II en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. Participante e integrante en investigaciones relacionadas a la diversidad, la pareja y el ejercicio de la parentalidad. Participante como psicólogo de dispositivos grupales de intervención con adolescentes en la Facultad de periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata

Ayciriex, Josefina

Licenciada en Psicología UNLP. Fue auxiliar alumna en Cátedra Psicología Evolutiva II, Facultad de Psicología UNLP. Integrante del Proyecto de Investigación "Función de abuelidad en las configuraciones familiares actuales", Facultad de Psicología UNLP y participante de Proyectos de Extensión en temáticas de envejecimiento. Secretaría de Extensión UNLP. Becaria en Residencia para Psicología del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires.

Barrera, Gonzalo

Licenciado en Psicología UNLP. Adscripto a la Cátedra Psicología Clínica de niños y adolescentes y Psicología Evolutiva II, Facultad de Psicología UNLP. Es integrante del

Proyecto de Investigación "Función de abuelidad en las configuraciones familiares actuales", Facultad de Psicología UNLP y del Proyecto de Extensión "Espacios de encuentro para adultos mayores", Prosecretaría de Políticas Sociales, Secretaría de Extensión UNLP.

Beltramone, José Martín

Estudiante de las carreras Licenciatura en Psicología y Profesorado en Psicología, Facultad de Psicología, UNLP. Adscripto Alumno desde el año 2016 en la cátedra Psicología Evolutiva II, Facultad de Psicología, UNLP. Colaborador en el Proyecto de Investigación "Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales", coordinado por la Lic. Gabriela Bravetti.

Canal, Marina

Especialista en Gerontología (UNMDP), Licenciada en Psicología. (UNLP), Doctoranda de la Facultad de Psicología (UNLP). Profesora Adjunta Interina del Seminario optativo "Psicología de la Vejez y el Envejecimiento". Jefa de Trabajos Prácticos de la Cátedra Psicología Evolutiva II. Prosecretaría de Extensión. Facultad de Psicología UNLP. Directora del Programa PROSAM (Programa de Promoción de la Salud de Adultos Mayores). Coordinadora de UPAMI (Universidad para Adultos Mayores Integrados). Co Directora del Proyecto de Investigación: "Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales". Integrante de la Mesa de trabajo de Adultos Mayores (UNLP). Es autora de trabajos presentados y publicados en libros y actas.

Cangrán, Paula

Licenciada en Psicología (UNLP). Auxiliar alumno en la Cátedra Psicología Evolutiva II (UNLP). Cursando la carrera de Especialización en Orientación Educativa y Ocupacional (UNLP).

Costantino, Marcela

Docente de la cátedra de Psicología Evolutiva II desde 1995, docente investigadora con categoría V. Cursando la Especialización en Docencia Universitaria. Psicóloga en la Secretaría de Niñez y Adolescencia de la Provincia de Buenos Aires.

Del Giorgio, Aluminé

Licenciada. en Psicología, UNLP. Fue adscripta alumna y graduada en Cátedra Psicología Evolutiva II, Facultad de Psicología UNLP. Participante en diversos proyectos de extensión en temáticas de adolescencia y envejecimiento (Facultad de Psicología, UNLP).

Fernández Tombessi, Sofía

Estudiante avanzada de las carreras Licenciatura en Psicología y Profesorado en Psicología, Facultad de Psicología (UNLP). Adscripta Alumna desde el año 2016 en la cátedra Psicología Evolutiva II, Facultad de Psicología (UNLP). Colaboradora en el Proyecto de Investigación

“Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales”, coordinado por la Lic. Gabriela Bravetti.

Garizoain, Estefanía

Licenciada en Psicología. Ayudante diplomado interina en Psicología Evolutiva II en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. Participante e integrante en investigaciones relacionadas a la diversidad, familia y el ejercicio de la parentalidad. Colaboradora en el Proyecto de investigación “Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales”, dirigido por la Lic. Gabriela Bravetti. Participante como psicóloga en diversos proyectos de extensión en temáticas de adolescencia y envejecimiento (Facultad de Psicología, UNLP).

Giorno, Norma

Docente de la facultad de Psicología UNLP, en la asignatura Psicología Evolutiva II. Docente investigadora, con participación en diferentes proyectos de investigación de la Cátedra de Psicología Evolutiva II en relación a las temáticas de diversidad, adolescencia, familia y vejez. Integrante en proyectos de extensión con adolescentes y adultos mayores (Facultad de Psicología, UNLP). Integrante de la Mesa de Género de la Facultad de Psicología (UNLP). Integrante de equipos de capacitación y supervisión en relación a la problemática de violencia vincular y de género en la Pcia. de Bs As. dirigido a docentes y profesionales. Psicoterapeuta de adolescentes y adultos.

Laguens, Ana

Licenciada y Profesora de Psicología. Fue auxiliar alumna en la Cátedra Psicología Evolutiva II. Integrante en equipos de extensión y de investigación en temáticas relacionadas con la familia y la pareja, el proceso adolescente y de envejecimiento. Becaria investigadora, Facultad de Psicología (UNLP).

León, María Florencia

Licenciada en Psicología (UNLP). Fue adscripta alumna y graduada en Cátedra Psicología Evolutiva II, Facultad de Psicología UNLP. Becaria en Residencia para Psicología del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires.

Longás, Carolina

Licenciada y Profesora de Psicología. Docente investigadora de la UNLP. Ayudante diplomada ordinaria de la Cátedra Psicología Evolutiva II. Categorizada. Ejercicio docente y profesional desarrollando actividades de extensión y de investigación en temáticas relacionadas con la familia y la pareja, el proceso adolescente y de envejecimiento. Autora y coautora de producciones escritas atinentes a dichas temáticas. Con antecedente de Residencia llevada a cabo en el HIGA San Martín de La Plata. Ejercicio profesional en psicoterapia psicoanalítica individual y vincular.

Martínez, Ariel

Doctor en Psicología (UNLP). Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades (UNLP). Docente de la cátedra Psicología Evolutiva II en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y en la Facultad de Psicología (UNLP). Becario Posdoctoral CONICET. Director del proyecto de investigación "Identidad de género y cuerpo. Entrecruzamientos conceptuales en el feminismo psicoanalítico norteamericano de finales de siglo XX" (PPID/H017). Miembro del proyecto de investigación "Cuerpo, afecto y performatividad en prácticas artísticas contemporáneas", dirigido por la Dra. Ana Sabrina Mora. Ha publicado artículos sobre estudios de género y teoría *Queer* en revistas nacionales y extranjeras.

Muñoz Castiñeira, Mariana

Estudiante avanzada en el Profesorado y Licenciatura en Psicología. Auxiliar alumna en la cátedra de Psicología Evolutiva II. Integrante del Proyecto de Investigación. "Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales".

Paini, Javiera

Licenciada en Psicología. Ayudante diplomado ordinaria en Psicología Evolutiva II en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. Participante e integrante en investigaciones relacionadas a la diversidad, familia y el ejercicio de la parentalidad. Colaboradora en el Proyectos de investigación "Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales", dirigido por la Lic. Gabriela Bravetti.

Participante como psicóloga en diversos proyectos de extensión en temáticas de adolescencia y envejecimiento (Facultad de Psicología, UNLP). Psicóloga clínica en consultorio privado, adolescentes y adultos.

Reitovich, Valentina

Licenciada en Psicología. Fue auxiliar alumna en la Cátedra Psicología Evolutiva II. Psicóloga en equipo de asesores Cámara de Diputados.

Suzzi, Guillermo

Licenciado y Profesor en psicología (UNLP). Integrante desde el año 2014, bajo distintas figuras, de la cátedra de Psicología Evolutiva II de la Facultad de psicología de la UNLP. Docente de la Cátedra de Psicología Evolutiva II de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Colaborador en los proyectos de investigación "Función de abuelidad y transmisión intergeneracional en las configuraciones familiares actuales", dirigido por la Lic. Gabriela Bravetti, e "Identidad de género y cuerpo. Entrecruzamientos conceptuales en el feminismo psicoanalítico norteamericano de finales de siglo XX", dirigido por el Dr. Ariel Martínez. Ha sido autor y coautor de trabajos enmarcados en dichos proyectos de investigación.

Tack, Lucía

Estudiante avanzada en Licenciatura en Psicología. Auxiliar alumna en la cátedra de Psicología Evolutiva II. Integrante del Proyecto de Investigación en la cátedra.

Momentos claves del devenir : movimientos de auto-organización psíquica / Gabriela Bravetti ... [et al.]; coordinación general de Gabriela Bravetti. - 1a ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata; La Plata: EDULP, 2018.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-1724-9

1. Psicología. I. Bravetti, Gabriela II. Bravetti, Gabriela, coord.
CDD 150

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina
+54 221 427 3992 / 427 4898
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2019

© 2019 - Edulp

S
sociales



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA